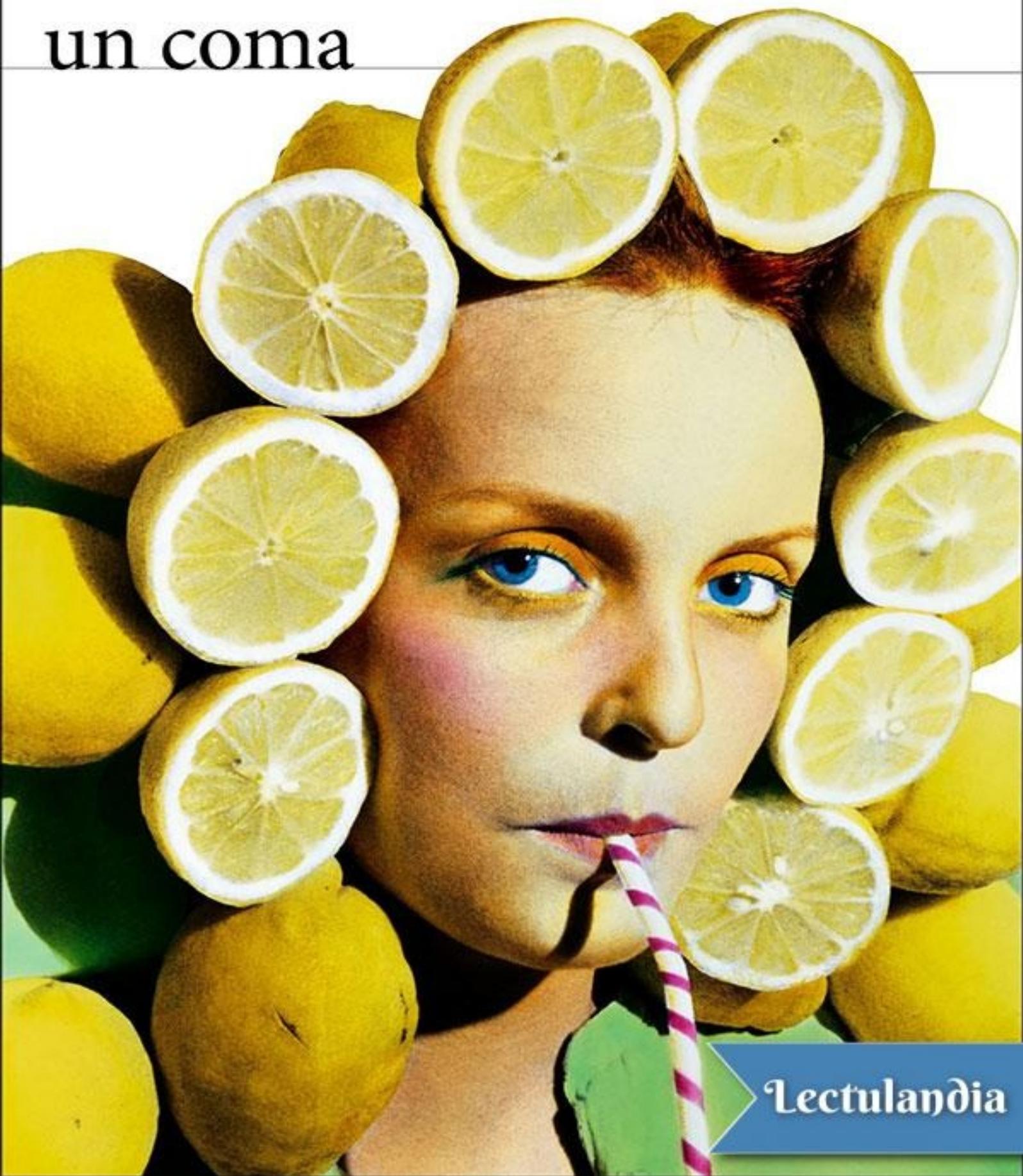


Alba Carballal



Tres maneras de inducir
un coma



Lectulandia

La enigmática llamada de teléfono que recibe Federico en la piscina municipal de Chamberí y una extraña oferta de trabajo son el punto de inicio de una aventura indagatoria protagonizada por un cuarentón con estudios universitarios y sin perspectiva alguna de futuro. Este, obligado por las circunstancias a convertirse en una suerte de espía mercenario, se verá envuelto sin remedio por una realidad turbia en la que nada es lo que parece, y en la que el odio, la venganza y la hipocresía terminarán por contagiarlo. Un Madrid contemporáneo y «underground» sirve como escenario para una historia en la que los personajes, todos ellos perdedores a su manera, luchan por sobrevivir en un entorno hostil y tratan de escapar de su marginalidad, pero terminan por chocarse con aquello de lo que tratan de huir: con lo que en el fondo son. La ópera prima de Alba Carballal, que bebe de referentes literarios como Eduardo Mendoza, Juan Marsé, J. K. Toole, David Foster Wallace o Michel Houellebecq, pero también de cineastas como Pedro Almodóvar, Álex de la Iglesia, José Luis Cuerda o Woody Allen, toma el estereotipo del bufón y lo pervierte para transformar una aparente comedia ligera en un amargo ejercicio de empatía con todos sus personajes.

Lectulandia

Alba Carballal

**Tres maneras de inducir un
coma**

ePub r1.0
Titivillus 25.03.2019

Alba Carballal, 2019

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Tres maneras de inducir un coma

PRIMERA PARTE

PRIMERA SECUENCIA De cómo Federico conoció a Natalia, y de las cosas que ella le contó

I

II

III

IV

01.53 A. M.

V

SEGUNDA SECUENCIA De cómo Federico salió en busca de Joaquín, y de las cosas que hicieron juntos

VI

VII

VIII

11.43 P. M.

IX

X

TERCERA SECUENCIA De cómo Natalia fue en busca de Federico, y de la cita que tuvieron después

XI

XII

XIII

11.32 A. M.

XIV

ESCENA 1

SEGUNDA PARTE

CUARTA SECUENCIA De cómo Federico y Joaquín se vieron en Navidad, y de los presentes que unos y otros recibieron

XV

XVI

XVII

XVIII

09.07 A. M.

XIX

QUINTA SECUENCIA De cómo algo parecido al amor cambió a Federico, y de lo poco que a Natalia pareció importarle

XX

XXI

XXII

05.11 A. M.

XXIII

XXIV

SEXTA SECUENCIA De cómo Joaquín se sinceró con Federico, y de cómo Federico hizo lo propio con Natalia

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

08.07 P. M.

XXIX

SÉPTIMA SECUENCIA De cómo Federico trató de ocultarle a Natalia su secreto, y de cómo la Loli se terminó de sincerar

XXX

XXXI

XXXII

06.01 P. M.

XXXIII

ESCENA 2

TERCERA PARTE

OCTAVA SECUENCIA De cómo Federico trató de buscar apoyo en alguna parte, y de cómo una vieja amiga le ayudó a decidir

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

03.19 A. M.

EL PARTIDO Un desenlace como otro cualquiera

PRIMERA PARTE

DESCANSO

SEGUNDA PARTE

ESCENA 3

EPÍLOGO

TRES COSAS HAY EN LA VIDA
SALUD,
DINERO
Y AMOR.

TRES MANERAS DE INDUCIR UN COMA
PALABRA,
OBRA
Y OMISIÓN.

Sobre el autor

Notas

Al Chami y la Fundación Gala,
los viejos sitios donde amé la vida.
A Octavio, por su amor sereno,
que tantas veces me ha salvado de mí misma.
A Dimas, por ser un destello de alegría
en un mundo que no le merece.
Y a san Antonio, que se empeña una
y otra vez en echarme un cable por medio
de sus tocayos en la Tierra.

El idealismo de la corrección política nos particulariza mediante el respeto por la diferencia del otro, mientras que el materialismo del humor debe aspirar a disolver esa frontera para hallar lo universal en **el fracaso de todas las diferencias.**

DARÍO ADANTI, *Disparen al humorista*

PRIMERA PARTE

PRIMERA SECUENCIA De cómo Federico conoció a Natalia, y de las cosas que ella le contó

*Seremos otros, seremos más viejos,
y cuando por fin me observe en tu espejo
espero al menos que me reconozca,
me recuerde al que soy ahora.*

ISMAEL SERRANO, *Vértigo*

*Bueno, lo que les estaba diciendo: que cuesta
mucho ser auténtica, señoras, y en estas cosas
no hay que ser rúcana, porque una es más
auténtica cuanto más se parece a lo que ha
soñado de sí misma.*

LA AGRADO, *Todo sobre mi madre*

I

Aquella vez iba a ser la definitiva, de eso estaba seguro. Dadas las circunstancias, y en gran parte debido a los diversos infortunios que se habían ido encadenando en mis anteriores tentativas, no me quedaba más remedio que saltar de una vez por todas. Los reflejos plateados del sol sobre la superficie de la piscina municipal de Chamberí me evocaban, entonces de un modo más nítido que nunca, la larga lista de motivos que tenía para tratar de mantenerme con vida, al menos por unos cuantos años más. Se oyó entonces un jaleo de ánimo desde el graderío norte: una especie de graznido, similar al que emitiría un ganso atragantado por un trozo de pan demasiado grande, me hizo recordar de golpe que el hecho de vivir con mi madre a los cuarenta y tantos no era una de esas poderosas razones para preservar a toda costa mi integridad física.

Mis dos mayores fobias se reunían en lo alto de aquel trampolín. Por un lado, estaba el irracional miedo a las alturas: en realidad era por esta razón, y no por nuestra precaria situación económica, por lo que mi madre y yo nos alojábamos en uno de esos espeluznantes bajos con rejas que proliferan en Madrid. Por otra parte, la poca simpatía que profesaba hacia el líquido elemento hacía que mis sesiones de higiene personal no fuesen ni muy largas ni muy frecuentes, lo que siempre implicó un ahorro considerable en la factura del agua corriente. Decidido a enfrentarme a todo y a poner mi vida en manos de quién sabe qué, levanté el pie derecho del trampolín y me dispuse a dar un paso al frente. Fue en el instante en el que comenzaba a coger impulso cuando una voz femenina me hizo perder de golpe todas las fuerzas que había ido reuniendo hasta el momento.

—Te llaman.

—¿Cómo?

—Hay un tipo al teléfono, en la recepción, esperando a que te pongas. ¿A quién se supone que le has dado el número de la piscina?

Desconcertado por la información que Susana, la despampanante socorrista de la calle dos (nado lento), acababa de proporcionarme, descendí a trompicones los pocos escalones que me separaban del bordillo y me apresuré hacia el vestuario de caballeros, con intención de adecentarme antes de mantener contacto alguno con aquel individuo. Solo después de un rato tratando de calzarme el pantalón sobre la piel aún húmeda me percaté de que

el teléfono tiene la peculiar virtud de no ser un medio de comunicación en el que la apariencia de los interlocutores sea especialmente relevante. Sin más indumentaria que una toalla a los hombros y un chándal talla doce que dejaba entrever mis tobillos, corrí hacia la recepción. A diferencia de Susana, la recepcionista —nunca me molesté en conocer su nombre— era una mujer arrugada como una pasa y ácida como un limón. Nada más verme extendió el teléfono a través de la ventanilla, con una expresión en la cara con la que parecía pretender desintegrarme y convertirme en ceniza. Por suerte, los esfuerzos que invirtió en esta última tarea fueron del todo infructuosos y pude al fin, no sin que hubiesen pasado al menos diez minutos desde el aviso de la socorrista, contestar a la llamada de teléfono que, por todas las figuraciones que inundaban mi imaginación, me tenía hartado intriguado.

—¿Diga?

—¿Es usted Federico Ramírez Leal?

—Efectivamente.

—Me ha dicho su compañera que estaba llamando a una piscina municipal. Supongo que se tratará de una cuestión de privacidad. —Evité entonces mencionar el detalle de que no tengo teléfono propio, aunque se trate más, por supuesto, de una cuestión de principios que de medios—. Le llamo por el anuncio por palabras que puso usted en el periódico hará cosa de un par de semanas.

—¡Ah! —No pude evitar un titubeo al constatar que alguien se decidía a ofrecer trabajo a quien se confesaba, en el mismo lugar donde debía publicitarse, un completo inútil sin ambiciones—. Mire, yo publiqué aquello porque mi madre insistió mucho en que buscase un trabajo, pero en realidad no tengo ningún interés en servir cafés ni en fregar suelos a estas alturas del partido.

—Esa es justo la actitud que estoy buscando. La desfachatez está infravalorada, pero en el mundo real hay tareas que solo alguien que haya perdido todos sus principios puede llevar a cabo con éxito. Tareas, por cierto, muy bien pagadas. ¿Nos vemos mañana a las doce en el Libertad 8?

Por aquel entonces hacía tiempo que los misterios habían dejado de suscitar mi curiosidad, pero la perspectiva de tener a mi madre de morros lo que quedaba de semana —y aún estábamos a martes— hizo que mi último intento por librarme de aquel marrón fuese bastante pobre.

—¿A las doce? Hace siglos que no me levanto tan pronto.

—No esperaba menos de usted. Me refería, por supuesto, a medianoche. Segunda mesa a la izquierda. Venga solo.

Sin permitirme siquiera reaccionar, mi interlocutor cortó la comunicación. Le devolví el aparato a la recepcionista y, no entendiéndolo aún apenas nada de lo que acababa de suceder, volví al vestuario a terminar de vestirme y a recoger mi bolsa de deporte.

Aquel martes 13 de noviembre, al cruzar la puerta del polideportivo municipal de Chamberí con mi madre colgada del brazo, no tenía ni idea de cuán extraños eran los acontecimientos que se cernían sobre mi nuca, como una espada de Damocles imperceptible para el tipo que entonces era yo, y que hoy, más por mi desgracia que por mi ventura, ya no existe ni volverá a existir jamás.

II

En mi casa, que yo recuerde, siempre ha habido un televisor. Este hecho me ha proporcionado desde niño una gran libertad para hacer y deshacer a mi antojo, ya que mi madre, durante el horario en el que emitían sus programas predilectos —esto es, la mayor parte del día— me consideraba un muchacho bueno y responsable. Solo durante los minutos que duraba el informativo —que no atraía ni un ápice de su atención— debía yo rendirle cuentas de mi comportamiento a lo largo de la jornada. En mis ya sobrepasadas cuatro décadas de vida, con pocos objetos estoy tan en deuda como con la vieja televisión de nuestra sala de estar. Tengo la fundada sospecha de que, cuando mi padre nos abandonó, fue la fuerza atractiva del televisor y no el amor que pudiera sentir por su hijo lo que hizo que mi madre no se fuese tras él y se quedase en casa, conmigo. Mi padre se dio a la bebida y eso le llevó a alejarse de mí lo antes que pudo. Mi madre, sin embargo, se dio a la caja tonta, y esto fue lo que la encadenó a su vida de siempre, a su barrio y a su retoño. Con el paso de los años, obedeciendo a ese fenómeno tan humano y tan curioso que suele convertir las costumbres familiares en tradiciones casi inquebrantables, la de la televisión se convirtió en la única luz de la casa que mi madre y yo nos permitíamos tener encendida prácticamente las veinticuatro horas del día.

Esa misma noche, tras el episodio de la extraña llamada telefónica de cuyo contenido mi progenitora se había enterado —por fortuna— solo a medias, un adivino de tres al cuarto leía el futuro de una sagitario de sesenta y tres años con intensos problemas sentimentales. Mi madre, como de costumbre, estaba concentrada en discernir las verdaderas predicciones de las palabras vacías del vidente. Sus propias conclusiones expresadas en voz alta tuvieron, al igual que cada noche, un cariz de verdad universal.

—Esa pobre mujer tiene más cuernos que un Miura.

Por mi parte, las veladas que pasaba frente al televisor solían consistir más en un mordaz divertimento que en un ejercicio de empatía con los bufones que, sin saberlo, me proporcionaban unas cuantas horas de entretenimiento gratuito al día. Hacía ya bastante tiempo que la vergüenza ajena era para mí un sentimiento olvidado. De hecho, la carencia de sentido del ridículo que había ido desarrollando a lo largo de los anteriores tres lustros, durante los que llevé a cabo tareas de lo más indigno por un sueldo de miseria, hacía que incluso la vergüenza propia me resultase una emoción difícil de experimentar.

Aquella vez, no obstante, lo que estaba sucediendo en la pequeña pantalla me traía sin cuidado. Algo me decía que quienquiera que hubiese tratado de contactar conmigo a través de aquel anuncio que coloqué en la esquina más recóndita de la prensa local se estaba riendo de mí; y que en algún momento las tornas se habían girado para convertirme a mí en el bufón de otro. No me malinterpreten: durante mi larga y variopinta trayectoria profesional había hecho cosas mucho peores que amenizar el tiempo de otros simulando ser un perfecto idiota. Sin embargo, la promesa de un sueldo elevado que aquel tipo me había hecho vaticinaba, a mi juicio, que todo sería una broma de mal gusto; y que si lloviesen millones en alguna parte yo sería el último en mojarme. En esas condiciones, y sin saber nada del supuesto encargo que se me iba a encomendar, mover un solo dedo del sofá con intención de acudir a la cita no denotaba más que una profunda estupidez.

Cuando todos estos argumentos comenzaban a sonar como incontestables en mi cabeza, un farfallo entre dientes de mi madre, que ya dormitaba, hizo retumbar por el salón la única palabra que siempre se le escapa cuando sueña con el día en el que su marido —mi padre— nos dejó solos en el mundo.

—Cobarde.

En los numerosos libros de autoayuda que mi progenitora ha ido recopilando a lo largo de los años, es un lugar común el hecho de que las mejores decisiones se toman, habitualmente, sin que en ellas medie una reflexión ni demasiado larga ni profunda en exceso. Mi historia no solo demuestra que el instinto del ser humano es una herramienta imprecisa y que más nos valdría, como especie, alejarnos lo más posible de su uso y disfrute; sino también que los escritoruelos de literatura cursi de bolsillo no son más que un manojito de farsantes: verdaderos maestros en el noble arte de plagiar historias unos a otros para desplumar a viudos sin consuelo, mujeres aún esperanzadas tras un divorcio y algún que otro incauto adolescente.

Protegí a mi madre del frío otoñal de Madrid con la única manta de la casa —obsequio del supermercado del barrio— y, a pesar de que el insomnio ya se había apoderado de mí, hice un esfuerzo por retirarme a descansar: en el fondo sabía que acostarme lo antes posible sería la única decisión sensata que tomase aquella noche.

El reloj digital de la parte superior derecha del televisor marcaba las 02.54 cuando lo apagué con violencia —ya que sin violencia nunca se había apagado— mientras el vidente se despedía de la audiencia con su fórmula habitual:

—Queridos amigos, bendiciones y buenas noches.

III

A pesar de que era miércoles —día por lo común no asociado a demasiados excesos— y de que había caído el sol varias horas atrás, aquella noche las calles de Chueca estaban concurridas. La ausencia de lluvia permitía a los más aguerridos beber cerveza en las terrazas de la plaza. En la mayoría de los negocios de restauración se habían colocado, entre las mesas del exterior del local, unos calefactores alargados que contribuían al confort de los consumidores. Los bares estaban abarrotados de gente muy elegante y de elevado poder adquisitivo. Esto último lo deduje no solo a raíz del atuendo de los clientes, sino también de los abusivos precios que, sin ningún pudor, se exhibían a la entrada de los establecimientos. Mi impresión en aquel momento, después de casi veinte años sin frecuentar el barrio en el que transcurrió buena parte de mi juventud, fue que la sordidez que reinaba en Chueca entonces había dejado paso, durante mi ausencia, a la más absoluta frivolidad.

Tras permitirme una pequeña bocanada de nostalgia me dirigí hacia el lugar acordado. Al doblar la esquina —Augusto Figueroa con Libertad— y volver a ver aquel umbral de madera que tantas veces había traspasado, un torbellino de sensaciones me abrumó. Me detuve un instante, casi con reverencia, ante las paredes granates del local. Esto me sirvió para percatarme de que el torbellino antes mencionado no era tal y de que, como mucho, dos emociones se daban cita en mi cabeza: de un lado, el alivio que me causaba constatar que no todo el universo de mi lozanía se había desmoronado aún; de otro, el antojo irrefrenable de zamparme una ración de croquetas de jamón. Faltaban cinco minutos para medianoche. Miré a mi alrededor buscando un establecimiento capaz de satisfacer mis ansias de comida grasienta a bajo precio. Encontré cócteles caribeños, espectáculos de estriptis masculino, estudios de fotografía y restaurantes vietnamitas: ni rastro de mis croquetas. Resignado a hacer oídos sordos del rugido de mis tripas —cuestión a la que, de todos modos, ya estaba acostumbrado— me adentré en el local justo cuando mi reloj de pulsera marcaba las doce en punto.

Casi nada había cambiado en el Libertad 8. La penumbra ocultaba las marcas que las copas de cerveza habían ido dejando en las mesas. El mobiliario se mimetizaba con los pórticos de madera que cruzaban de lado a lado la sala y que le otorgaban un aspecto de sabia vetustez. Los tabiques

continuaban amarillentos, más por causa de una reciente mano de pintura que a consecuencia del humo que en otros tiempos teñía de ocre paredes y techo. Sobre el limitado escenario de la esquina reposaba una guitarra, como si alguien la hubiese dejado olvidada tras el último espectáculo. Incluso Ricardo, el dueño y artífice de todo aquel embrollo, tenía el mismo aspecto que veinte años atrás. Solo una cosa era diferente con respecto a mi recuerdo, pero no era una cuestión menor: en mi época, el local habría estado lleno hasta la bandera de poetas de medio pelo, muchachos con coleta comprometidos con algún país tercermundista, viejas glorias del comunismo clandestino y jóvenes músicos, pertenecientes a lo que luego se conoció como Nueva Canción, entonando un contundente «no a la guerra». Aquel día, sin embargo, la única clienta de todo el establecimiento —además de un servidor— era una mujer castaña, bastante atractiva, que bebía un *gin- tonic* en copa de balón en una de las últimas mesas de la sala. La ebullición de los noventa había sido sustituida por el recuerdo amargo de las mil revoluciones que un día allí se gestaron y que nunca llegaron a buen puerto.

Tomé asiento al fondo del local y pedí una cerveza. Pasaban ya más de diez minutos de la hora acordada y solo yo había acudido a la cita. Convencido de haber sido víctima de una cruel inocentada, apuré el vaso e hice ademán de levantarme, dispuesto a irme por donde había venido y a olvidar de una vez por todas la absurda idea de que alguien quisiese contratarme solo por poseer la dudosa virtud de la desidia. Mi sorpresa fue mayúscula cuando la mujer de la mesa del fondo se puso en pie y caminó hacia la mía. Sentada ya sugería un encanto personal que con el movimiento de sus piernas se convirtió en una sensualidad íntima y perturbadora. Era corpulenta y sus rasgos rotundos acentuaban una belleza extraña, y por alguna razón que se escapaba a mi intelecto, la fascinación que producía en mí iba en aumento con cada paso que daba.

—Buenas noches, Federico. ¿No pensaba saludarme?

El embrujo, como tan a menudo sucede, se rompió con la palabra.

IV

La voz grave de Natalia me contó muchas cosas. Me dijo que su padre antes lo quería. Su infancia transcurrió en aparente normalidad, entre balones de fútbol, bicicletas y miniaturas en madera de coches de policía. Las historias sobre triunfadores, héroes y grandes hombres le forjaron el carácter y, a diferencia de lo que me sucedió a mí —que había entrado en la primera adolescencia escuchando el relato apagado, por boca de mi madre, de una juventud plagada de persecuciones y excesos—, la ambición y el coraje tiñeron sus anhelos.

No me dijo su edad, pero de sus palabras y sus facciones, ya angulosas y tensadas por el paso de los años, deduje que habíamos crecido casi a la par. Y yo, que había tenido una insignificante tasa de éxito en el terreno sexual, me asombré no solo de su precocidad, sino también de la pasmosa naturalidad con la que narraba sus primeros escauceos con las mujeres. El día de su decimoctavo cumpleaños fue la primera vez que su padre lo invitó a un burdel, y por aquel entonces sus experiencias eróticas ya superaban con mucho —en número y en intensidad— todos mis parcos tanteos amorosos a lo largo de tres décadas de ascetismo involuntario.

Tampoco habría sabido determinar, a partir de su crónica, en qué momento Natalia se impuso sobre su *alter ego* masculino. Si me hubieran preguntado aquella noche, habría considerado imposible que ella no estuviese ahí desde el principio, que no hubiera nacido al mismo tiempo que su cuerpo de hombre, ese que tanto me costaba encontrar en su aspecto y reconocer en su actitud. No solo su primer cuerpo y su primer nombre, que no quiso pronunciar, se asociaban de inmediato con unos atributos que ella no sentía como propios, sino que también sus intereses, su orientación sexual y su manera de estar en el mundo concordaban con la norma social que establecía lo que él debía ser. Sin embargo, Natalia siempre fue Natalia.

En un momento dado, mientras sujetaba su copa con una innegable delicadeza que contrastaba con el tamaño de sus manos, sus explicaciones derivaron hacia un análisis de las nuevas masculinidades y feminidades, de los movimientos alternativos dentro del colectivo LGTB y de cómo la estética *queer* había transformado la percepción colectiva de las más que diversas identidades de género. Mi notable memoria, sometida a un exigente entrenamiento durante mis años universitarios y conservada gracias a los

múltiples trabajos que desarrollé en el sector de la restauración, me permite ahora reproducir todas estas expresiones con una exactitud casi científica, mas he de reconocer que los conocimientos que atesoraba entonces no fueron suficientes para comprender ni media palabra de su discurso. Todo lo que salía de sus labios constituía para mí un misterio tan grande como aquel otro que traté de resolver, en vano, desde el comienzo de la entrevista: la apariencia palpable que presentaría la desnudez de su entrepierna. Una lectura entre líneas de la conversación, por otra parte, me dejó entrever que se sentía cansada y sola, y que el tránsito en el que su cuerpo se encontraba inmerso había culminado mucho antes por dentro que por fuera.

Su padre fue el último en percatarse y el primero en abandonarla. Su amor por las mujeres nunca fue un rasgo distintivo de su carácter, y esto desembocó, a la postre, en una pronta ruptura con su esposa, la madre de Natalia. Esta, tras la crisis familiar, se fue a vivir a Chile, por lo que su hija se vio privada de su afecto maternal y del apoyo de unos potenciales hermanos que nunca llegaron a nacer. No pude evitar empatizar con aquella mujer que, como yo, era hija única, y cuyo núcleo familiar, como el mío, se reducía a un solo progenitor. Con una salvedad: mientras que el cariño de mi madre siempre fue incondicional —o eso pensaba entonces—, su padre había pasado de manifestar un aprecio en apariencia sincero por su hijo a retirarle la palabra y echar de casa a su hija. Él nunca pudo perdonarle que se hubiera convertido en aquello que más detestaba y, según me contó Natalia, encubría su misoginia con una pátina de honorabilidad. Si bien es verdad que, cuando se trataba de una persona de la condición social y económica de su padre, hasta el menor lío de faldas terminaba por trascender más allá de las paredes de su alcoba, tampoco es menos cierto que el interés decaía si la cuestión incumbía a miembros de su familia diferentes a sí mismo. Cuando la historia de Natalia salió a la luz, el escándalo fue minúsculo, apenas una columna en alguna revista de medio pelo y un par de semanas de habladurías entre las señoras bien del barrio de Salamanca. Sin embargo, su padre se aferró a los chismes como a un clavo ardiendo para justificar la aversión que le producía la nueva realidad de su hija. Su educación católica influyó profundamente en la formación de su ideología, liberal en lo económico pero conservadora en todo lo demás. A estas cuestiones religiosas y políticas se añadía un machismo tan explícito que hasta a mí, que nunca había mostrado el más mínimo interés por revertir la situación de inferioridad en la que la mujer se encuentra sumida en el mundo, me provocó desazón. Estos dos rasgos de su carácter

condicionaron, sin duda, la opinión que el padre de Natalia tenía sobre el abanico de posibilidades que ofrece la diversidad sexual.

No es que Natalia me contase todo esto porque hubiese desarrollado, en las escasas dos horas que estuvimos conversando, una especial simpatía por mí, sino porque hasta el detalle más nimio de su relato podría ser trascendental para llevar a cabo con éxito mi cometido en todo este embrollo, que seguidamente me dispongo a exponer. Lo que Natalia buscaba era una persona que consiguiese trabar una falsa pero convincente amistad con su padre, sobre el que tenía ciertas sospechas, para conseguir información al respecto de un asunto que le preocupaba sobremanera. A saber: su recién estrenada intuición femenina, combinada con una serie de rumores no del todo fiables, le hacía prever que, en nombre del ya manido honor familiar, él querría, en algún momento, modificar su testamento para que su hija no continuase siendo su heredera universal. El encargo era sencillo: solo debía acercarme a su padre, hacerme merecedor de su confianza y averiguar si las conjeturas de Natalia estaban fundadas, si de veras pensaba excluirla de su legado. Ahí se terminaría mi labor.

Como ven, a pesar de los evidentes paralelismos que unían nuestras vidas, las preocupaciones de Natalia y las mías no eran en absoluto equivalentes. Estaba más que justificado su interés en preservar esa posición privilegiada en el documento que daba cuenta de la última voluntad de un padre millonario. Sin embargo, dudo mucho que mi madre se hubiera interesado alguna vez en su vida por redactar testamento y elevarlo a escritura pública ante notario. Por mi parte, casi prefería que lo hiciese y designase a otro como heredero: lo único que mi progenitora podía legarme entonces eran una colección de casetes de gasolinera, una manta de Ultramarinos Pili y las letras restantes de una televisión que todavía estaba a medio pagar.

No querría dar a entender en estas líneas que la compasión y la empatía que en aquel momento sentí por Natalia no fuesen un incentivo suficiente para aceptar su propuesta, pero es cuestión de honradez admitir que aquella cifra de tres ceros, estampada en un talonario que sacó de su bolso color beis, terminó de persuadirme para trabajar junto a ella por el restablecimiento del equilibrio moral y la justicia.

01.53 A. M.

Joder, Natalia, de verdad, cómo las lías. Pero ¿tú has visto bien al *pringao* ese al que le acabas de contar tu puta vida en verso? ¿Lo has mirado dos veces? Es que ni buscándolo lo encuentras. Como si no supieras de primera mano que a la pécora de la Loli no hay que hacerle caso, que le falta un hervor... Pues nada, tú síguele la corriente, bonita, que así te va. Solo a ella se le podría haber ocurrido contestar a ese anuncio, que daba un mal rollo que no veas. Y claro, no hay otra boba en Madrid mejor dispuesta que tú para hacer gilipolleces por amor. Y quien dice amor dice un revolcón, vamos, que tampoco es que la Loli beba los vientos por ti. Y encima tú, con todo tu coño, no contenta con quedar con un desconocido del que solo sabes que es un rarito que te cagas, vas y le cuentas el plan. Sí, el plan, colega, o por lo menos la primera parte; le has largado el plan y le has dado detalles de tu pasado que no le interesan a nadie, querida, ni a la Loli, ni a tu padre, ni por descontado al imbécil ese. Es que no te importan ni a ti misma, joder. Mira que era fácil, solo tenías que acercarte a él, dejarle que alucinase un rato con el pedazo de tía que tenía delante y pirarte sin hablar de más, y todos contentos. La Loli contenta porque le habrías consentido el capricho, y con decirle luego que el tío era un colgao y que no servía ni para hacer la o con un canuto, todo arreglado; tú contenta de haberte librado de él y él contento de haberse alegrado un poco la vista, porque Natalia, hija mía, siendo objetivos, tú es que te has quedado de muy buen ver, de eso es que se da cuenta cualquiera con ojos en la cara. Pero nada, chica, no vaya a ser que hagas una a derechas, como te decía siempre el señor don Joaquín Mendoza. «Eduardo, tú en esta vida tienes que tratar de hacer siempre las cosas a derechas». Valiente gilipollas.

En fin, qué le vas a hacer, ahora te toca apechugar, porque ese capullo ya sabe demasiado como para hacerle el encargo a otro. Podría aprovecharse de saber quién eres, de saber quién es tu padre, y tratar de extorsionarte. Aunque, la verdad, no parece tan espabilado. ¿Cómo has podido confiarle a semejante esperpento de tío un asunto tan delicado? Algo en él debió de hacer que bajases la guardia. O eso, o llevabas demasiado tiempo sin hablar de ti misma con alguien dispuesto a escucharte. Bueno, no le des más vueltas, nena, lo hecho, hecho está. Habrá que confiar en que no sea tan patán como parece y vigilarlo muy de cerca. No puede cagarla con papá. Solo tenías una bala, Nati,

coño, y por alguna razón que ni tú comprendes —mierda—, le has dado la pipa cargada a un sicario medio manco.

Y por si tuviera poco con lo suyo, ¿no va el muy mamón y se tira toda la cita mirándote el paquete? Chica, de verdad, con el par de tetas tan bien puestas que te ha colocado el cirujano —el mejor de Madrid, que tus buenos duros te costó—, y el baboso ese tratando de saber más de la cuenta en lugar de disfrutar de las vistas. Cuando me advirtieron de que la transición sería dura pensé que los doctores se referían a otras cosas, chica, qué quieres que te diga. Un desorden hormonal, una depresión moderada, una complicación en alguna de las operaciones... no sé, niña, una cosa normal, predecible. Pero nadie me dijo que lo más difícil de llevar sería la curiosidad mal disimulada de los hombres heterosexuales. Que sí, mujer, ya sé que a ti ni siquiera te interesan los muchachos, pero una también necesita de vez en cuando sentirse deseada, tú ya me entiendes, y encender algún fuego que en ningún caso pretendiese sofocar luego. Una cosa convencional: nena, no sé, pero yo creo que por lo menos, al encontrarte en un garito con un tipo que no te ha visto nunca e ir embutida en un vestido de una talla menos, con tus tetas recién estrenadas bien a la vista, habría sido un detalle que mostrase más interés por ellas que curiosidad científica por el punto exacto de la transición en el que te encuentras, ¿no? Ay, mira, ni caso: tú entre las piernas tendrás lo que quieras, mona, pero nadie en sus cabales puede negar que eres un mujerón de los pies a la cabeza. ¿O es que acaso lo eras menos cuando aún no habías dado el paso?

Bueno, venga, niña, deja de comerte el tarro y date vida. Acábate esa copa y lárgate de una vez de este antro, que aquí ya no se te ha perdido nada.

V

El trajín que llenaba Chueca cuando llegué al Libertad 8 se había disipado en su mayor parte cuando dejé a Natalia terminándose su tercera copa y salí del local. La estrecha acera de la calle Libertad me condujo, de un modo casi automático, hasta la esquina del Mercado de San Antón. Aunque ya había echado el cierre, en sus alrededores todavía se podía respirar un opulento aroma *gourmet* que llenó mis entrañas vacías de ansias por una pitanza que no terminaba de llegar. Pasar por allí tuvo un efecto curioso sobre mis apetencias. El persistente antojo de una ración de croquetas de taberna castiza pasó a un segundo plano, y su lugar se vio ocupado por una serie de fantasías hiperrealistas y simultáneas por las que desfilaban todos los olores que se daban cita ante mí: jamón de bellota ibérico, tostas de salmón ahumado con queso brie y cebolla caramelizada, bolsitas de almendras garrapiñadas, un entrecot sangrante y un par de porciones de tarta San Marcos casera. Para alejarme de tentaciones terrenales fuera de mi alcance hice el ejercicio mental de imaginar que Galdós levantaba la cabeza y veía —o, más bien, olisqueaba— en qué se había convertido aquel mercado de abastos, ya descrito en *Fortunata y Jacinta*. Es probable que, con los carrillos llenos de denominaciones de origen, tuviese a bien criticar la reconversión de un lugar de carácter popular en algo tan selecto que no solo se había transformado a sí mismo sino que, con sus *delicatessen*, había contribuido a acelerar la deriva del barrio, ya proclive al esnobismo y a los precios desorbitados. Yo, sin duda, volvería a enviarle a la tumba a cambio de que se me permitiese llevarme a casa las exquisitas viandas sobrantes en su mesa.

Dejé atrás la esquina de la gula y llegué, vía Augusto Figueroa, a la calle de la codicia. Fuencarral apareció ante mí como hacía muchos años que no la veía, desde que dejé de frecuentar las noches eternas y físicamente enfrentadas de Chueca y Malasaña. Por aquel entonces consideraba esta calle como un mal necesario, un elemento de tránsito neutral que articulaba, sin pretenderlo, los dos mundos más interesantes del Madrid que siguió a la Movida. Sin embargo, pocas veces la había recorrido como lo hice esa madrugada: de manera pausada y longitudinal. Las cajas de cartón vacías y plegadas se amontonaban delante de los comercios cerrados, cuyos escaparates, a pesar de todo, continuaban iluminados. Una retahíla de productos, colocados siguiendo una cuidada estrategia para fomentar el

consumo irresponsable, se posaban por turnos ante mis ojos. El festival de colores, luces y tejidos nobles que, incluso con las llaves echadas, inundaban la calle, me hicieron reflexionar sobre el absurdo, rayano en la enfermedad, que supone la existencia de una sociedad basada en la continua demostración del estatus social a través de la posesión de ciertos bienes materiales innecesarios, pero capaces de reproducir, a pequeña y gran escala, el sistema desigual que rige el mundo. Estos pensamientos se vieron interrumpidos, en un momento dado, por la aparición ante mis ojos de una cazadora de cuero negra y brillante, con un caballo plateado sobre la pechera que delataba, de manera intencional, su elevado precio. Por la suma de dinero que costaba aquella preciosidad habría vendido entonces, de haberlos tenido, todos mis principios.

Apuré el paso para alejarme de aquella calle, que tenía una capacidad inherente para despertar mis pasiones más bajas, y cuando me quise dar cuenta me hallaba inmerso en la mejor zona del señorial distrito de Chamberí. No me resultó difícil imaginarme la vida de la aristocracia de siglos pasados entre los lujosos edificios modernistas, neogóticos y neomudéjares que pueblan su exacta retícula urbana. No es que yo frecuentase el barrio, pero mis incursiones semanales para tratar de superar mis temores y sumergirme en las profundidades de la piscina municipal eran suficientes para saber que continuaba siendo un área residencial reservada a los bolsillos más pudientes. Sabía también —como se encargaba mi madre de recordarme siempre que se le presentaba la ocasión— que varios de mis compañeros de la universidad, a quienes la vida les había tratado mejor que a un servidor, habían conseguido establecerse y formar una familia, en apariencia perfecta, entre los muros de alguno de los exclusivos bloques de viviendas de la calle de Santa Engracia. Durante aquella expedición nocturna por territorio comanche me dio tiempo a aventurar que quizás la exclusiva localización y la abrumadora calidad de sus moradas no habrían logrado hacer felices a mis antiguos colegas de carrera, y que tal vez hoy se vieran encerrados en una vida que no deseaban para sí por haber sido, en su juventud, tan necios como para haber pretendido medir su tasa de éxito en función de la posición económica que hubiesen logrado alcanzar. Esta posibilidad, por supuesto existente y de un peso teórico innegable, no fue óbice para envidiar a quienes podían procurar para sus respectivas madres una jubilación proporcional a los enormes esfuerzos que habían realizado por sacarlos adelante.

Sumido en estos anhelos alcancé, por fin, la glorieta de Cuatro Caminos. Este hito marcaba, en mi cabeza, el umbral simbólico que separaba dos

universos encontrados. A mi espalda quedaba Chamberí, espacio de hidalguía y triunfo; mientras que ante mí se extendía una vasta superficie reservada para los vencidos en la guerra de clases. Me adentré en Tetuán con la seguridad de quien se sabe en casa. Mi barrio, a diferencia de todas las demás zonas de Madrid por las que pasé en aquella velada de otoño, presentaba una relativa actividad. Unos chavales con gorra y cadenas fumaban en un portal mientras en uno de sus teléfonos móviles sonaba un ritmo cargante. Un asiático que vestía, no sin estilo, un chándal muy similar al mío, trataba de venderle a un borracho autóctono más cerveza de la que su hígado podía asumir. Dos mujeres achaparradas, de acento y rasgos latinoamericanos, ataviadas con sendas faldas de cuero que mostraban más de lo que cubrían, conversaban con una inapetencia que terminaba de disuadir a los pocos clientes potenciales que rondaban por la zona. Mi —por lo general— ardiente conciencia obrera mostraba, más por culpa de mi reciente itinerario por las bagatelas del libre comercio que debido a una cuestión espiritual, cierto decaimiento, sin duda temporal. Al girar la llave en el octavo portal de la calle Goiri, donde la tenue luz de un televisor que manaba de la planta baja me advirtió de que mi madre todavía estaba despierta, no pude evitar experimentar una emoción bastante parecida a la pesadumbre.

—Mamá, ya estoy en casa. Me ha salido un curro.

—No seas tonta, mujer. Deja a ese cabrón, que va a acabar por matarte.

SEGUNDA SECUENCIA De cómo Federico salió en busca de Joaquín, y de las cosas que hicieron juntos

*La cuestión es: ¿he aprendido algo sobre la vida?
Solo esto: los seres humanos están divididos
entre mente y cuerpo. La mente abarca todas
las aspiraciones nobles, como la poesía y la filosofía,
pero el cuerpo se lleva toda la diversión.*

WOODY ALLEN,
La última noche de Boris Grushenko

*España y yo somos así, Mercedes,
qué le vamos a hacer.*

DON PABLO RAMÍREZ SAÑUDO,
Cuéntame cómo pasó

VI

La servilleta del Libertad 8 en la que Natalia me apuntó los detalles del lugar donde debía esperar a su padre había pasado, por cuenta y riesgo de mi madre, un par de horas dando vueltas en una de las lavadoras de la comunidad, dentro del bolsillo de mi pantalón de chándal. Para cuando conseguí recuperarla se había convertido en una suerte de pasta blanca sin forma definida. Pensé en llamarla, pero su número de teléfono era uno de los datos importantes que había escrito, con un lápiz de labios color carmesí, en aquel trozo de papel entonces ya inaprovechable. Cuando ya me había resignado a la pérdida de toda esa información, imprescindible para tener éxito en la tarea que se me había confiado, mi madre salió de la cocina con un barreño repleto de ropa húmeda en los brazos y pronunció una frase que — por una cuestión de pragmatismo— no olvidaría en mucho tiempo:

—Bar Saiz. Calle Jorge Juan 27. 609987564. Joaquín. ¿Quién es Joaquín?

—Un amigo, mamá.

Me pareció innecesario aclararle a mi madre que aquel número no pertenecía a ningún Joaquín, sino a una mujer transexual que me había ofrecido un trabajo con un innegable fundamento ético, pero con ciertas lagunas al ser analizado desde el punto de vista de la legalidad. Joaquín, por supuesto, era el nombre del padre de Natalia; y el bar Saiz su local de esparcimiento preferido, a donde, según me dijo, acudía a diario desde que ella tenía uso de razón. La fugaz servilleta, en un comienzo, se vio complementada por una leve documentación gráfica: dos recortes de prensa del corazón en los que aparecía, en sendos robados, el señor Joaquín Mendoza, acompañado, también, por sendas querindongas. Supuse que el papel cuché no habría tenido una resistencia suficiente como para soportar las embestidas del agua y el detergente, y di por desaparecidas las fotografías. Este hecho, sin embargo, no me preocupó en demasía, ya que, a pesar de no haber estado nunca interesado por los dimes y diretes concernientes a la farándula española, más de cuarenta años con mi madre eran una preparación más que suficiente para ser capaz de reconocer al menos un centenar de rostros, incluso en las condiciones visuales más adversas. Es evidente que la cara del padre de Natalia, por su condición de magnate del sector textil nacional, era una de las fijadas en mis recuerdos.

Me apunté en la mano todos los datos que pude recuperar gracias a la prodigiosa memoria de mi madre, facultad que se había saltado al menos una generación en la línea hereditaria directa descendiente. Salí de casa y mis pasos se encaminaron, de un modo casi inconsciente, hacia el bar Saiz. Mi deambular distraído me impidió reparar, durante el trayecto, en el pijerío monacal que puebla las pomposas avenidas del barrio de Salamanca. Serrano se diluyó ante mí en cuanto comencé a recorrerla, y gracias a mi desarrollado instinto de supervivencia emocional pude transitar, incólume, sin inmutarme ni por dentro ni por fuera, por el pasillo de desprecio —cristalizado en minuciosas inspecciones visuales— en el que se convirtió la calle desde el momento que puse un pie en ella.

El toldo verde de perfil curvilíneo, con una tipografía blanca y medieval que anunciaba ese apellido insigne, Saiz, escrito así, sin tilde, me invitó a traspasar el umbral. Era un local angosto con tan solo tres mesas de madera. Frente a ellas, ocupando prácticamente todo el espacio disponible, se situaba una gran barra achaflanada, alrededor de la que se habían dispuesto al menos una decena de banquetas tapizadas con escay rojo. Detrás, un tabernero no muy alto, no muy viejo, no muy feo, no muy calvo, pero sí muy del Atlético de Madrid —se sabía por sus banderines, por una camiseta firmada sobre los grifos de cerveza y por un pin que llevaba en el tirante del delantal, pero también se deducía de una determinada forma de mirar al adversario; de un modo particular, en definitiva, de estar en el mundo—, servía cañas y copas de vino a una clientela estrictamente masculina y poco numerosa. Frente a él sentí enseguida una extraña empatía, parecida a esa que une a los vencidos en una guerra perdida de antemano, que tardó en desaparecer los escasos cinco minutos que el presunto señor Saiz consintió el analítico deambular de mi mirada por su establecimiento.

—A ver, tú, gilipollas. ¿Tomas algo o tengo que sacarte de aquí a hostias?

VII

Les juro que no fue algo premeditado. No es que me pillara de nuevas —sabía de antemano que el gremio de la hostelería es uno de los más propensos a espolear la recuperación económica por la vía keynesiana— la intención del regente del bar Saiz de que consumiese, aunque no fuera más que un triste chato de vino. Iba preparado para esa eventualidad: las monedas que me había echado al bolsillo eran suficientes para cubrir ese gasto, aun teniendo en cuenta la hinchazón de los precios que se manejan en el barrio de Salamanca. Sin embargo, sucedió. Puede que me descolocase la sensación de familiaridad que me embargó nada más ver al tabernero; o quizás la impresión que me produjo encontrarme al señor Joaquín Mendoza en la barra, con sus ilustres posaderas apoyadas sobre uno de aquellos taburetes forrados de falso cuero, fue mayor de lo que esperaba. No lo sé. El caso es que, ante aquella pregunta esperable y esperada, mis ensayos mentales —que equilibraban las pretensiones de mi réplica con mis posibilidades pecuniarias reales— naufragaron, y la improvisación le dio voz al vacío de mis tripas.

—Un doble de cerveza y una de croquetas. De jamón.

El hombre arqueó una ceja, en una mueca de incredulidad muy poco elegante, pero enseguida le cantó en voz alta mi comanda a la cocinera. Tomé asiento en la banqueta contigua a la del señor Mendoza y me llevé a los labios la jarra, helada y rebosante, mientras le daba vueltas a cuál sería el mejor modo de salir de aquel entuerto en el que me había metido por no ser capaz de controlar un inconsciente demasiado tragaldabas. A falta de un plan mejor, decidí ganar tiempo empleando una táctica milenaria, pero difícil de ejecutar en la práctica: en lugar de engullir las croquetas, traté de paladearlas, como si las hubiese preparado Ferran Adrià y no aquella mujer rolliza con el delantal manchado de sangre y aceite de girasol. Esta determinación me dio, no obstante su complicación técnica, la posibilidad de sumergirme sin demasiado decoro en la profunda conversación de Joaquín Mendoza con su interlocutor, que no era otro que quien, tras la barra, acababa de dejar frente a nosotros una generosa tapa de patatas bravas.

—Joder, Javi, es que... no me jodas.

—A ver, Joaquín, cálmate, que tampoco vamos a montar aquí un Cristo por una gilipollez.

—¿Gilipollez?

—Sí, gilipollez, Joaquín, coño, que tú te calientas y no veas. La chiquilla no ha hecho nada que no nos esperásemos todos, ¿o no?

—No le digas «chiquilla». No se merece tanta consideración. Y no, yo no me esperaba algo así. Y menos de alguien a quien le he dado todo, coño, todo.

—Parece mentira que no lo comprendas precisamente tú, con el historial que arrastras. Anda que...

—Anda que... ¿qué?

—Pues eso, Joaquín, joder, que más sinvergüenza que tú no lo ha habido en este país en muchos años. Y eso que no se sabe ni la mitad. El día que yo hable...

—Es diferente.

—Claro que es diferente. Ella es joven y está para mojar pan, y tú eres un viejo verde. Es que es un caso de manual, macho, que parece mentira que no te des cuenta.

—Vamos, que según tú me ha dejado por viejo y por gilipollas.

—No, no. No te equivoques. Por eso no te ha dejado: por eso te cazó. Te ha dejado por pasta, y seguramente porque ya iba necesitando un polvo en condiciones.

—Manda huevos, Javi. Desde luego, con amigos como tú no me hacen falta enemigos.

—Es lo que hay. Las cosas claras y el chocolate espeso, chaval.

Para cuando me percaté de que ni los lamentos de uno ni las certezas del otro tenían por objeto a Natalia, sino a la última de las conquistas románticas de su padre, la inquietud ya había conseguido que me terminase las bravas, las croquetas y la cerveza. Y, aunque tener el vaso vacío y poco dinero invitaba a tratar de pasar desapercibido, la debilidad y el dolor que creí reconocer en el rostro y las palabras de Joaquín, producidos por la pérdida de aquella lolita, me hicieron presentir que aquel podría ser un momento apropiado para mostrar mi oxidada solidaridad masculina a través de algún tópico, tan sexista como efectivo, que comenzase a hacerme digno de su confianza.

—Todas las mujeres son iguales.

Ambos me miraron a la vez, sin duda desconcertados por la repentina interrupción de su plática a manos de un extraño. El gesto pensativo de Joaquín permaneció intacto unos instantes, pero la confusión desapareció del rostro del tabernero en un tiempo récord. Pude observar en primera línea de fuego cómo, en su lugar, iban apareciendo de manera paulatina la ira y la suspicacia. Para atajar su posible reacción violenta —y dado que de todos es sabido que un hombre precavido vale por dos— decidí tomar cartas en el

asunto, y pronuncié una frase que contribuyó notoriamente a que Javi, como el padre de Natalia había dado en llamar a su confidente, no me expulsase de su bar por el método —un tanto primitivo— que sus ojos y sus puños cerrados prometían aplicar contra mí en caso de necesidad.

—Aúpa Atleti.

—Aúpa.

El señor Mendoza, que había permanecido callado a lo largo de este breve intercambio de ensalzamientos deportivos en perfecta sincronía, rompió su silencio para compartir con nosotros su corazonada acerca del sexo femenino.

—Todas no, macho. Todas no.

—Va, Joaquín, no jodas, no te pongas moñas ahora, que tengo que chapar.

La amenaza inminente del cierre del local hizo que la preocupación por el pago de mis consumiciones, que había conseguido olvidar por un rato gracias a la agradable charla con mis dos nuevas amistades, volviese a manifestarse dentro de mí. El cambio de paradigma emocional interior debió de traspasar de algún modo hacia fuera, ya que, en esta ocasión, la alerta del gerente del bar Saiz no se plasmó solo en su expresión facial, sino también en la corporal. Cuando pude exponer mi situación financiera ya estaba asido por la pechera y mis pies se elevaban un par de palmos por encima del plano del suelo. Pero Joaquín, que hasta entonces había seguido absorto en algún tipo de reflexión taciturna, decidió sellar nuestra recién inaugurada amistad con un gesto de buena voluntad.

—Va, Javi, tío, no te pases. Da igual, ya pago yo las putas croquetas.

—No, Joaquín, es que esto no va así. Es el quinto tío que se quiere ir de listo conmigo en lo que va de mes.

—Venga, suéltalo. El chaval es majo. Además, habrá que celebrarlo.

—¿Lo qué?

—Hoy cumplo sesenta y ocho.

En cuanto logré librarme de las garras de Javi, gracias a la oportuna mediación del padre de Natalia, eché un vistazo al calendario de mi Casio de pulsera. Sábado, 17 de noviembre. Aún no me había percatado, en lo que iba de jornada, de que también era mi cumpleaños.

VIII

Javi cerró el bar y se fue a su casa, según dijo, a que le aguantase un rato su santa señora. También nos dijo que a nosotros nos podían aguantar nuestras respectivas madres. Me abstuve de responderle, por el bien de la integridad de mis huesos, que la mía llevaba treinta años sin hacerle caso a nada que no saliese por la televisión. Por otra parte, yo sabía de buena tinta —la del *Hola*— que hacía años que la madre del señor Mendoza había pasado a mejor vida. Nos quedamos solos en medio de Jorge Juan, por donde en aquel momento no pasaba ni un alma —ni siquiera un triste coche—, y Joaquín, borracho de cerveza y abandono, me miró como si fuese un milagro que nuestras respectivas soledades se hubiesen extendido hasta encontrarse en aquella calle de Madrid.

—Perdona, no sé si nos hemos llegado a presentar ahí dentro.

—Fede —le tendí la mano.

—Fede. Encantado, yo soy Joaquín. Fede, me acordaré.

El señor Mendoza vaciló un instante antes de proponerme continuar la fiesta en otra parte. La inmediatez de mi respuesta afirmativa —en parte debida a mis ansias de intimar con aquel desconocido y llevar a cabo mi labor de la manera más diligente posible, en parte por la seducción que en mí producía la idea de una noche a gastos pagados— le complació, y tras los tres minutos que tardó en pedir un taxi con su teléfono móvil de última generación, un Mercedes negro con los cristales tintados, con la señal luminosa encendida en rojo, estacionó frente a la puerta del bar Saiz en un tiempo récord. El padre de Natalia abrió la puerta trasera del coche y me invitó a entrar con un gesto y una palmada en la espalda. Acto seguido, la cerró tras de mí y subió delante, fachendoso, como si el hecho de sentarse en el asiento del copiloto le otorgase una superioridad deontológica indiscutible.

—Buenas noches. A San Bernardo 27. Sí, por Gran Vía. No, no coja Alcalá, que seguro que hay un atasco de mil pares de cojones. Ya le indico yo. Así que Fede, ¿eh? De Federico, ¿no? Comprendo. No, no, gire aquí mismo a la derecha. ¿Y a qué dices que te dedicas? Vaya por Dios. Sí, sí, tienes razón, la cosa está un poco delicada. Sí, aquí, aquí, otra vez a la derecha. Aun así, el que no encuentra es porque no quiere. Exacto, al final algo siempre sale. Lo que pasa es que hay mucho cantamañanas por ahí suelto, que con la excusa de la crisis lleva años sin dar un palo al agua. Siga,

siga, hasta salir a Recoletos. Y baje un poco la radio, por favor. Y dime, ¿tu mujer a qué se dedica? Claro, claro, me parece estupendo, ahora parece que todas las mujeres tienen que trabajar fuera de casa. Ah, que nada de nada, o sea, que eres soltero. Acelere, hombre, no sea pardillo. Este semáforo nos lo habríamos ahorrado. Bueno, pues da gracias a Dios. Yo estuve casado, y para lo que me sirvió... Siga, siga, pase el museo. Entonces, ¿vives solo? Ah, que vives con tu madre. Di que sí, que en ningún sitio se está como en la casa de uno. Gire aquí a la izquierda. La familia, si se tiene la suerte de tener una, es una bendición. ¿Tu padre murió? Vaya por Dios. Eso es peor que si se hubiera muerto, te lo digo yo, mucho peor. ¡Mira mi diosa Cibeles, qué bien iluminada que la tiene el Ayuntamiento! Es que la Espe es del Madrid, eso lo sé yo de primera mano. Como yo. ¡Hala Madrid! Lo grito aquí porque si se lo digo al Javi en el bar me echa. Sí, sí, perdone, claro, por Alcalá, este tramo es inevitable. ¿De qué estábamos hablando? Bueno, da igual. ¿Y cuántos años dices que tienes? Cuidado, hombre, coja la Gran Vía, que luego es un Cristo dar toda la vuelta. Eso, eso, por aquí. Pareces más viejo, macho. Ya, ya, tienes razón, la verdad es que esa ropa tampoco ayuda. En fin. ¿Otro semáforo? Joder, es que tenemos la negra. Sí, siga todo recto, yo le aviso. Pues yo tengo, bueno, tenía un hijo más o menos de tu edad. Eduardo se llamaba. Nada, nada, ya sabes, cosas de la vida. Sí, aquí a la derecha, y en cuanto pueda, pare. Las desgracias, que no perdonan ni a las mejores familias, ¿me entiendes? Muy bien, cóbrese de aquí. Quédese la vuelta. Muchas gracias a usted, hasta la próxima.

No sé si me descolocó más que Joaquín mencionase a Natalia, quien sin duda se escondía tras ese nombre, Eduardo, con el que se refirió a su hijo perdido; o que le dejase, sin darle ninguna importancia, una propina de casi ochenta euros al taxista. Cuando se iluminó la luz verde sobre el paso de cebra frente al que nos encontrábamos, cruzamos la calle en silencio y nos dirigimos hacia el número 27 de la calle San Bernardo. En contraste con el triste enfoscado que cubría las fachadas contiguas, el ladrillo visto y las molduras blancas de los balcones daban al edificio un aire pintoresco que invitaba a entrar. Ya en el umbral, Joaquín llamó al primero izquierda. Nada más oír el timbre, como activada por un resorte, una mujer de una edad próxima a la de jubilación, que leía un *best seller* sentada en una silla dentro del portal, se levantó para abrirnos la puerta. Su encantador acento sudamericano —habría jurado que argentino— no fue más que un dulce preámbulo de lo que nos esperaba dentro.

—Tanto gusto verle por aquí de nuevo, señor Mendoza. Está usted en su casa.

11.43 P. M.

¡No te digo, el muy maricón! ¡Se lo ha llevado de putas! Y el pelanas ese, ¡lo poco que ha tardado en acostumbrarse al ritmo del célebre señor Mendoza! Pero bueno, Natalia, hija, no te alteres tampoco antes de tiempo. Para ser fiel a la verdad, has de reconocer que el mentecato está resultando ser un esbirro de lo más diligente. Y muy efectivo, por lo que parece. Ni un día ha tardado el desgraciado de tu padre en invitarle a tomar una copa entre las pelandruscas de San Bernardo. Hay que joderse. A ver, bonita, ¿qué esperabas? ¿que tu padre no quisiese irse de juerga con el panoli y se quedase llorando en el bar por lo mucho que echa de menos a su hijito? No, mona, no. Él ha pasado página, ya ni se acuerda de quién fuiste ni de si te quiso o no, así que toma nota y a ver si se te pega algo. Por otro lado, *el plan* está saliendo justo como esperabas, exactamente como lo habías previsto, no se están saltando ni una coma. Y resulta que en lugar de alegrarte de que tu astucia esté dando resultado, vas y te pones celosa. No, guapa, no. Por ahí no vas bien.

Sí, rica, ya sé que es tarde y tú estás en un taxi, muerta de frío, esperando delante de la puerta de un puticlub, mientras tu padre y un tipo despreciable al que tú misma has contratado para espíarle se benefician a unas fulanas. Por si fuera poco dramático el asunto, en *El Larguero* dicen que el Madrid ha perdido en Copa, y el taxista lleva un banderín del Atleti colgado del espejo retrovisor. Colega, es que la estampa no puede ser más patética. Pero chica, qué quieres que te diga, esto te lo has buscado tú solita, tú y la Loli, que nunca deja de dar por culo. Y por mucho que te pongas excusas, querida, ya no tendrías por qué estar aquí, hace rato que te podrías haber ido a tu casa y aquí paz y después gloria. Ya tienes la información que necesitabas: sabes que el pelele de Federico ha congeniado con tu padre. Pero no te engañes, niña, sabes muy bien lo que estás esperando. Quieres sentirlo. Quieres ver cómo el respetable señor Mendoza trata bien a alguien a quien considera su igual, mientras que a ti, que eres su hija y que eres mucho mejor en todo que ese pedazo de imbécil, sigue sin hacerte ni puto caso. Quieres sentir en carne propia esa humillación, y qué quieres que te diga, reina, eso es mezquino y cruel. No te lo mereces, Nati, tú no: tú vales mucho más que la opinión que sobre ti pueda tener un hombre. Por mucho que ese hombre sea tu padre.

Sí, ya sé que fue aquí donde te trajo la primera vez, cuando cumpliste los dieciocho y todavía no le habías confesado a nadie cómo te sentías. También

comprendo tu nostalgia por otros tiempos, aunque también te diré que espero que no vuelvan nunca. Pero vamos a ver, bonita, tampoco seas cínica: para cuando tu padre se decidió a llevarte de putas tú ya habías hecho de todo en la cama con un millón de pibas. En el fondo él ya lo sabía, sabía que no te estaba descubriendo nada nuevo; y más en el fondo aún se enorgullecía de su hijo, Eduardo, ese macho ibérico que se las follaba de dos en dos. ¿Que no ha sabido aceptar que ese de quien tanto se jactaba es en realidad una mujer? Ay, chica, pues mira, tú no estás aquí para soportar las neuras de nadie. Ya sabes lo que dicen las viejas: el que se pica, ajos come. Además, tampoco te equivoques: debe de estar muy desesperado para llevarse a su lugar de confianza, a gastos pagados, al primer chalado que se le ha pasado por delante. En el fondo te da pena, reina, porque tú no eres como él. Tú eres buena, y eres capaz de sentir compasión por los demás, incluso por aquellos que te han hecho la vida imposible en el pasado. Pero una cosa es eso y otra que aceptes que por un capricho del todopoderoso señor Mendoza se te quite lo que es tuyo, aquello que te pertenece desde que viniste al mundo y que tienes derecho a quedarte cuando él esté criando malvas. Eso sí que no, bonita, eso sí que no, faltaba más. A otra perra con ese hueso, porque lo que es esta no se lo traga.

Bueno, se está haciendo tarde y estos dos parece que no salen. Natalia, nena, no te hagas sufrir más. Vete de aquí, que ya no hay mucho más que ver. Dile al taxista que te lleve a casa. Y, por lo que más quieras, pídele que apague la radio, que por esta noche ya no queda espacio en tu cabeza para más disgustos.

IX

Subimos por las estrechas escaleras de madera del inmueble, irregulares y abombadas por la humedad y los años, hasta alcanzar el rellano del primer piso. Sin necesidad de llamar al timbre, una mujer madura, de facciones rectangulares y figura rotunda, nos abrió la puerta.

—Buenas noches, señor Mendoza. Ya hacía tiempo que no venía usted acompañado.

Traspasar aquel umbral fue para mí como adentrarme en un mundo ajeno a mis experiencias sensoriales precedentes. Accedimos a un salón amplio y decorado en tonos granates que al señor Mendoza, a juzgar por la naturalidad de su comportamiento, no le resultaba del todo extraño. Se apresuró en ocupar el hueco que quedaba libre en un sofá de tres plazas, tapizado con cuero rojizo, entre una belleza tropical y otra de corte más neoclásico. Yo me quedé en pie, lo que me permitió girar sobre mí mismo y observar de un modo metódico y ordenado todos los rincones de la sala. Sin embargo, y por más que pongo empeño en ello, no soy capaz de recordar más que un leve telón de fondo de colores cálidos, jalonado, eso sí, por un numeroso surtido de féminas de todas las edades, tamaños y colores. Aunque poseían un nivel de atractivo variable, todas ellas subrayaban la cuota de encanto que les había caído en gracia con unos ropajes diminutos, que dejaban un campo de actuación limitado tanto para la imaginación como para el decoro. Me hallaba sumido en esta labor contemplativa cuando mis ojos se posaron sobre una de aquellas señoritas, no porque me pareciese más agraciada que todas las demás — aunque, para ser fiel a la verdad, diré que se contaba entre mis predilectas—, sino porque había algo en ella que me trasladaba a un contexto más cotidiano que el de aquella estancia, en el fondo desconocida para mí. De pronto, me percaté.

—¿Susana?

A la seductora socorrista de la calle dos (nado lento) de la piscina municipal de Chamberí se le desencajó la sonrisa a cámara lenta al percatarse de que me estaba dirigiendo a ella. El estado de estupor en el que se sumió durante algunos minutos hizo que su acompañante perdiese el interés por ella y se fuese a conversar con una muchacha de ojos rasgados. Solo al quedar liberada de su cortejo avanzó hacia mí, embutida en un vestido negro de raso que, aunque corto y sensual, resultaba mucho más elegante que los atuendos

de sus compañeras. El desafío que percibí en su mirada cuando se plantó delante de mí, con los brazos en jarras, no hizo sino acentuar su erotismo.

—No se te ocurra volver a llamarme así.

A pesar de las reiteradas veces que, a lo largo de la extensa conversación que mantuvimos, me expuso los motivos que le hacían considerar su oficio —no el de socorrista, sino el de meretriz— un modo tan digno como cualquier otro de ganarse la vida y de completar el escaso estipendio que le pagaban en la piscina; a pesar de su discurso, en apariencia revolucionario, empoderador, feminista y crítico con la hipocresía de la sociedad en la que nos había tocado vivir; a pesar de denominarse a sí misma puta —con todas las letras, y a mucha honra, me dijo—; y a pesar de la frívola normalidad con la que hablaba de todas estas cuestiones; en mi fuero interno solo caló esa primera frase, que hizo que todo lo que vino después me sonase como una retahíla de justificaciones, más que ante mí, ante sí misma. Detrás de esa férrea voluntad de ocultar su verdadero nombre, tras una infinidad de máscaras conformadas al gusto del cliente, se agazapaba toda su inocencia, a la que ya solo le restaba la protección —o eso me pareció a mí entonces— que le brindaba su identidad diurna.

Cuando la calidad de nuestra charla ya comenzaba a resentirse, el señor Mendoza, con las dos mujeres entre las que se había sentado al llegar cogidas de la cintura, me tocó el hombro para atraer mi interés, que hasta ese instante había estado puesto no solo en las palabras de Susana, sino también en las profundidades de sus curvas.

—¿Qué, te gusta la morena? No, si ya me parecía a mí que tonto no eras. Bueno, yo me voy con estas dos preciosidades al reservado. Date una alegría, hombre, que esta corre de mi cuenta.

Por primera vez desde que accedí a aquel salón, que tan impersonal me resultaba, me percaté de la existencia de una serie de puertas de madera con un número grabado, dispuestas en las esquinas de la irregular estancia. Mientras veía cómo Joaquín desaparecía tras la séptima de ellas acompañado por las dos muchachas —que habrían podido confundirse, de no haber sido por los rasgos exóticos de ellas y por las miradas lascivas de él, con hijas suyas—, la socorrista volvió a reclamar mi atención con un carraspeo y una sonrisa.

—Bueno, qué, Fede, ¿te animas?

—No sé yo... No es que no me gustes, entiéndeme, es que no estoy acostumbrado a estas cosas, ¿sabes?

—Va, hombre, que un día es un día. Además, a mí me pagan por servicio.

Aún no me explico cómo pude acceder a aquella proposición tan procaz. No es que me sienta avergonzado —ya les comenté que el pudor no es uno de mis puntos fuertes—, pero reconozco que no me produce placer ni orgullo recordar cómo, aquella noche de otoño en la que conocí a don Joaquín Mendoza, me dejé arrastrar hasta la alcoba de una cortesana contemporánea que de día trabajaba en un polideportivo del centro de Madrid.

—Joder, Susana, qué buena que estás.

—Te he dicho que no me llames así.

—¿Y entonces cómo quieres que te llame?

—Esta noche puedes llamarme como te dé la gana. Excepto Susana.

No volví a nombrarla aquella madrugada. Preferí hacer caso al dedo índice de Noelia, o de Marta, o de Sofía, que se deslizó sobre mis labios para pedirme que no dijese nada más. Después, con una delicadeza que no le conocía, su boca descendió rodando por mi torso ya desnudo y se detuvo más allá del ombligo. Fue entonces cuando, por primera vez en mi vida, comencé a advertir las múltiples virtudes del pluriempleo.

X

Eran más de las tres de la madrugada cuando el señor Mendoza y yo nos despedimos de las chicas y, previo pago en efectivo, salimos de aquel pequeño templo de la lujuria. El descenso hasta la calle, habida cuenta de la deformidad y estrechez de los escalones y de la cantidad de *whiskys* que nos habíamos pimplado —entre ambos, esta cifra superaba con creces el número de dedos de mis manos—, fue una operación delicada. Una vez fuera del inmueble, el padre de Natalia, que sin duda era quien estaba más perjudicado por el alcohol de los dos, sacó una tarjeta de visita de su cartera de piel y, con el gesto tierno y apenado en el rostro de quien tiende la mano a un niño que mendiga en la calle, me la guardó en el bolsillo del pantalón junto a unos cuantos billetes. Luego me dio un abrazo.

—Llámame cuando quieras, que para eso estamos.

Entre lo relajado que me encontraba —por razones puramente fisiológicas— y el empeño de Joaquín por pedirme un taxi, la vuelta a casa fue más plácida de lo habitual. El taxista, alentado por un más que generoso anticipo, evitó los rodeos inútiles sin necesidad de advertencia alguna por mi parte. En menos de diez minutos vislumbré, como de costumbre, la luz de la televisión reflejada en la ventana de mi casa, indicio de que mi madre, a pesar de lo intempestivo de mis nuevos horarios nocturnos, había decidido esperar a que su hijo volviese para retirarse a dormir.

—Hola, mamá. No te habrás quedado despierta hasta tan tarde por mi culpa, ¿verdad? Me parece que a partir de ahora no me va a quedar más remedio que llegar tarde alguna que otra noche. Cosas del curro que me he buscado, que tiene un horario imprevisible.

—Claro, hijo, claro, qué le vas a hacer. ¿Qué tal te ha ido el primer día?

El súbito y poco habitual interés de mi madre, que había despegado la mirada de la pantalla para observar a su hijo como si lo estuviera viendo por primera vez, me pilló desprevenido. Advertí, mientras trataba de contarle algunas vaguedades sobre mi jornada que no le diesen ninguna pista sobre la verdadera naturaleza de mi nuevo trabajo, ciertas alteraciones en su comportamiento que pasarían inadvertidas para cualquiera que no hubiese convivido con ella y con el decaimiento de su ánimo durante los más de treinta años que habían pasado desde que mi padre nos abandonó. Para empezar, se había vestido con ropa de calle: no era un asunto menor que

hubiese decidido despojarse de su bata y sus pantuflas para enfundarse una falda y una blusa en distintos tonos de azul que, aunque le quedaban un poco ceñidas de más y hacía años que habían pasado de moda, le otorgaban un aspecto rejuvenecido y pulcro. Por otra parte, el hecho de que el sonido de la televisión estuviese apagado y hubiese decidido sustituir el discurso del vidente por un libro que, sobre su regazo, prometía ayudarla a conquistar a un hombre en un mes, me pareció una señal de que su vivacidad comenzaba a medrar tras una larga temporada de aislamiento y aflicción. La estampa que ofrecía, tan guapa y atenta a lo que tuviese que contarle, me colmó de ternura, y de una manera casi inconsciente me llevé la mano al bolsillo y le tendí parte del dinero con el que Joaquín me había obsequiado.

—Para que te vayas de compras, que hace mucho que no te das una alegría.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es parte de lo que me han pagado hoy, mamá.

Me senté en el sofá junto a ella y le pasé la manta por los hombros. Quise interpretar la expresión que emergió en su rostro justo antes de caer dormida —una chocante mezcla entre una sonrisa, un arqueado de cejas y una caída de ojos— como una muestra del orgullo que le producía ver que su hijo, al fin, comenzaba a levantar cabeza después de un eterno periodo de decadencia. Al tiempo que se le descolgaba la mandíbula, el libro, que permanecía abierto sobre sus piernas, se deslizó por ellas, en un peligroso amago de derribo que la habría despertado de no haber sido por la intervención de mis portentosos reflejos. Antes de dejarlo sobre la mesa, con una doblez en la página en la que mi madre había interrumpido la lectura, no fui capaz de obviar una de las sentencias que poblaban el ejemplar y que, situadas dentro de un recuadro zigzagueante, atrapaban sin remedio la mirada de cualquier observador descuidado.

«**Consejito #10:** *La insistencia es la madre de la ciencia*».

TERCERA SECUENCIA De cómo Natalia fue en busca de Federico, y de la cita que tuvieron después

*Y te prometo que
si te vuelvo a ver
tan hundida trataré de hacer
lo imposible por ponerte una sonrisa.
Pero una vez más
desaparecerás,
y aunque alguien se pueda extrañar
yo sabré entender, miss Carrusel,
sabré entender tus prisas.*

NACHO VEGAS,
Miss Carrusel

*Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.
ANTONIO MACHADO,
Españolito*

XI

Tras una dura noche de vómitos y mareos, producidos por una ingesta de alcohol hartamente imprudente, me incorporé del sofá cama y, como pude, me enfundé unos pantalones sobre los calzoncillos y una camiseta sobre el tórax desnudo. Salí del único cuarto del piso aparte del salón —mi madre siempre prefirió dormir en la misma estancia que el televisor— y, al identificar las dos voces que conversaban en la cocina, lo primero que pensé fue que la resaca me estaba jugando una mala pasada. La primera era, claro, la de mi progenitora, que disertaba sobre la mejor forma de condimentar un caldo; la segunda acompañaba este soliloquio con una retahíla de monosílabos que denotaban un mal simulado interés, y aunque tardé un par de minutos en reconocer aquel timbre áspero y pesado, cuando lo hice no tuve dudas sobre la identidad de quien se ocultaba tras él.

—¿Natalia?

—Ah, niña, y ojo con el romero, que si lo echas con tallo y todo te amarga la sopa, ¿sabes cómo te digo?

—Buenos días, Federico.

Era evidente que la hija del señor Mendoza había empleado métodos poco lícitos para averiguar la dirección de mi casa —le habría bastado con haberme seguido, a una distancia prudencial, tras nuestro primer encuentro—, pero este hecho, lejos de molestarme, me hizo experimentar algo que tenía casi olvidado: la sensación de que, aunque fuese por una razón de índole profesional, a alguien le importase la deriva que tomaran mis pasos. La temperatura ígnea de los cafés que humeaban frente a ambas fue pretexto suficiente para que mi madre, que nunca se caracterizó por su discreción, alargase su monólogo durante treinta interminables minutos e impidiese, al tiempo, que Natalia y yo pudiésemos disponer de un mínimo de privacidad. Cuando las dos hubieron vaciado el contenido de sus tazas y al fin parecía que tendríamos la oportunidad de hablar a solas, la pregunta que había estado, a lo largo de toda la conversación, dando vueltas en la cabeza de mi progenitora terminó por cristalizar en sus labios.

—Oye, Fede, ¿es que no me vas a presentar a tu amiga?

—Si es que no me has dado ni tiempo, mamá. Se llama Natalia, y es mi jefa, así que te agradecería que...

—¡Acabáramos! Niña, por Dios, si este patán ya ha hecho algo mal en su primer día dale otra oportunidad, anda, que está la cosa muy malita.

—Descuide, señora. Por ahora estoy más que satisfecha con el trabajo de su hijo. He venido a verle por una cuestión... personal.

La angosta línea divisoria que separaba lo personal de lo profesional en el asunto que ligaba nuestros caminos era tan tenue que tuve que hacer un esfuerzo para no delatarme con una carcajada. Y es que nunca, a lo largo de todos los años que trabajé a las órdenes de otros, había llegado a conocer las particularidades de la vida privada de ninguno de mis jefes con la profundidad con la que entonces creí comprender la de Natalia, a quien había visto por primera y única vez hacía menos de una semana. Tenía la seguridad de que nada de lo que ella tuviese intención de contarme reflejaría un deseo de intimidad incondicional, sino que, de uno u otro modo, perseguiría un objetivo de carácter más utilitario. Debo reconocer, sin embargo, que mi interés por la información que ella parecía querer proporcionarme iba más allá del ámbito estrictamente laboral, y que al verla de nuevo mis ansias por desentrañar los recovecos de su historia se habían vuelto a disparar.

Dado que mi madre no había mostrado ningún indicio de que pretendiese abandonar el piso —me acabé de hacer a la idea cuando se puso a limpiar el polvo mientras canturreaba una de Perales—, le indiqué a Natalia con un gesto que me siguiese hacia el exterior de la vivienda para charlar con más tranquilidad. Pero ella, que tenía una especial habilidad para estar ya de vuelta cuando yo aún iba, se colocó sobre los hombros la bufanda a cuadros que descansaba en el respaldo de la silla, cogió su bolso y se levantó. Apenas pude fijarme en el azul eléctrico de su minifalda antes de que cruzase el umbral de la puerta de mi casa y la cerrase tras de sí, dejándome en el salón con dos palmos de narices.

El instante que tardé en reaccionar me pasó factura, y cuando por fin salí a la acera de la calle Goiri me costó localizarla, de tan lejos como la habían llevado sus largas zancadas y de tan bien como se había camuflado entre la muchedumbre de adolescentes que, a esa hora, salían del que un día había sido mi instituto. Cuando al fin la vi, a punto de torcer a la izquierda por la calle San Raimundo, traté de alcanzarla con un recurso que, a esas alturas de mi existencia, yacía oxidado en el fondo de mis recuerdos de juventud: la velocidad. Corrí tan rápido como me lo permitieron mis pies y, aun poniendo en ello todo mi empeño, no fui capaz de situarme a su altura hasta llegar a una de las múltiples paradas de metro que pueblan Bravo Murillo. La agarré del brazo y Natalia, con una elegancia impropia de una persona desconcertada, se

libró de mi asedio, giró sobre sus enormes zapatos de tacón de aguja y me dedicó una media sonrisa.

—Nos vemos mañana por la mañana en la estatua de Velázquez. Sobre las diez. No hables con mi padre hasta entonces.

La dulzura del beso que depositó con suavidad sobre mi mejilla derecha fue suficiente para bloquear en mi mente, durante unos segundos, todas las preguntas que quería hacerle; y cuando salí de mi embelesamiento solo alcancé a observar cómo su silueta desaparecía, al tiempo que descendía con garbo por las escaleras de una de las bocas del metro de Estrecho.

Llevaba medias negras, bufanda a cuadros, minifalda azul.

XII

Hacía años que no madrugaba y, sin embargo, aquella mañana no necesité oír el soniquete metálico del despertador para levantarme. En menos de media hora había ingerido un ligero desayuno, consistente en media bolsa de patatas fritas y un yogur de limón caducado hacía un par de días; me había obligado, pese a mis reticencias de partida, a tomar una escueta ducha; había buceado en mi armario en busca de unos pantalones vaqueros sin roturas que amplificasen el poder de sugestión de mi camiseta de la Expo de Sevilla — nunca he tenido dudas acerca del indómito magnetismo del hocico de Curro —; me había asegurado de dejar a mi madre entretenida tratando de atar los cabos sueltos en los entresijos de una crónica de sucesos especialmente macabra, y había salido a la calle.

Aunque en Madrid ya empezaba a hacer frío y el cielo de aquel día amenazaba con llover, el camino hasta la estación 152 del servicio urbano de préstamo de bicicletas fue agradable. Pensar en la perceptible mejoría anímica experimentada por mi progenitora me ayudaba a afrontar mi cita desde cierto relativismo afectivo, lo que me proporcionaba un sano distanciamiento de quien, tras la visita de la mañana anterior, había protagonizado todos mis desvelos. Sin embargo —y siguiendo ese curioso fenómeno según el cual el esfuerzo físico deriva en una repentina clarividencia que arroja luz sobre los problemas propios—, empezar a pedalear y revivir el desdén con el que Natalia me había tratado en la última ocasión fue todo la misma cosa. Recorrí el corto tramo de la avenida del General Perón que une la calle Dulcinea —cruel metáfora para el inicio de mi camino— con el paseo de la Castellana, sin pensar más que en lo nervioso que me ponían sus ínfulas de diva trasnochada. Hasta que dejé atrás la plaza de Joan Miró y el Bernabéu, altivo, apareció ante mis ojos para desafiar esa injerencia catalana en la capital, no me percaté de que una llovizna fina y persistente había empezado a escurrirse por la goma del cubre manillar raído de la bicicleta.

Giré a la derecha y me incorporé a la caótica circulación rodada de la principal arteria de Madrid. Mi cuerpo, que a pesar de su indudable buen estado de forma adolecía de una cierta carencia de musculatura en el tren inferior, comenzó a flaquear cuando le pedí que siguiera el ritmo de un vehículo color verde inglés, conducido por un hombre de mediana edad y escasa pelambrera que, por lo visto, no había encontrado un modo más

adecuado de canalizar su testosterona que el acelerador. Al no poder continuar sin recurrir a otra fuente de energía aparte del movimiento circular de mis piernas, presioné el botón que debía poner en marcha el pequeño motor eléctrico del moderno velocípedo. El descanso que me proporcionó aquella ayuda adicional era el equivalente corporal al alivio que uno siente cuando, por la razón que sea —o incluso de la mano del azar—, se deshace de una preocupación. Mis pensamientos volvieron entonces a Natalia, cuya intromisión en mi vida había caído como una losa sobre mi cómoda rutina de antaño, y había convertido todo lo que era fácil en una carga emocional comparable a la piedra de Sísifo. Cuando me di cuenta de que el motor había dejado de funcionar, ya llevaba unos minutos con la sensación de estar arrastrando no solo su presencia metafórica, sino también su propio cuerpo amarrado al cuadro de la bici. Tras varios intentos de volver a accionarlo, desistí. El chaparrón, por su parte, arreció. Mi ropa empezaba a estar calada y, por si eso no supusiese un contratiempo suficiente, mis pies también comenzaron a resbalarse de los pedales.

La primera ocasión en que tuve que frenar con brusquedad fue en la glorieta de Emilio Castelar. La imponente figura del presidente republicano, inmóvil sobre la estructura piramidal que sirve de basamento para el conjunto escultórico, me hizo adoptar una absurda actitud contemplativa. Esta temeridad me habría costado la vida de no haber sido, otra vez, por mi fabulosa velocidad de reacción. Cuando la distancia que me separaba de un furgón detenido ante la luz roja del semáforo se había reducido a su mínima expresión, mis manos se reactivaron solas y, como por arte de birlibirloque, comprimieron a la vez el freno de detrás y el de delante. Oí un sonido chirriante y después un chasquido, al que no le di la menor importancia: en aquel momento tuve bastante con tratar de contrarrestar la inercia de mi cuerpo, que por poco se estampa contra la matrícula de la furgoneta, y recuperar el equilibrio perdido. Al arrancar de nuevo, aún con el corazón en la garganta, me dio por razonar que debería afanarme por tener los mismos reflejos para esquivar las balas de Natalia que para evitar los peligros de la carretera, ya que sospechaba que las primeras —y no iba del todo desencaminado— podrían tener consecuencias, a la larga, más dolorosas que los segundos. En estas cavilaciones andaba sumergido cuando volví a necesitar que mi vehículo se detuviese con rudeza: el inconmensurable tamaño de la bandera rojigualda que preside la plaza de Colón había captado mi interés durante el tiempo suficiente como para haber provocado, de no haberme parado a tiempo, un accidente múltiple. Sin embargo, y a pesar de

que el sistema de frenada respondió casi tan bien como en la primera ocasión, tanta brusquedad acabó por pasarle factura a la bicicleta. Oí un estallido muy similar al de unos minutos atrás, pero de mayor intensidad, y pude notar, en la repentina disminución de la fuerza requerida para completar cada pedalada, que la cadena se había soltado. La protección de plástico que la rodeaba impedía cualquier reparación improvisada, así que me apeé y, como pude — sorteando coches, pitidos, improperios y el diluvio universal—, alcancé la acera donde descansa el edificio medio enterrado del teatro Fernán Gómez.

No me quedó más remedio que recorrer el paseo de Recoletos a pie y, por si fuera poco, arrastrando conmigo el peso muerto de un servicio de transporte urbano deteriorado y mermado en sus funciones básicas —menuda novedad—. La lluvia solo quiso amainar cuando la blancura icónica del Palacio de Comunicaciones refulgió ante mis ojos y al fin pude, no sin antes dar gracias a la diosa Cibele, a su carro y a su pareja de leones, aparcar la bicicleta en la parada número 86 del sistema conocido como BiciMAD, emplazada frente a la construcción de estilo neoplateresco que, por aquel entonces, era ya el ayuntamiento de la Villa.

Desde que empecé a caminar por el tramo del Paseo del Prado que me separaba del lugar de la cita, todo fue mejor. Los tímidos rayos de sol que se atrevían a salir secaron casi por completo mi vestimenta. La sensación de ligereza que me brindó el hecho de haberme desembarazado de aquel trasto inútil fue fantástica. Mi Casio me indicó que todavía quedaban diecinueve minutos para la hora acordada, tiempo más que suficiente para llegar al museo de un modo desahogado. Y conforme me iba acercando a la estatua de Velázquez, todo el rencor que había almacenado en las últimas horas se fue disipando y, en su lugar, los rasgos angulosos de Natalia se perfilaron en mi mente y el recuerdo frágil de su voz, a cuyas reminiscencias de virilidad hacía tiempo que me había acostumbrado, hizo aparecer una expresión poco inteligente en mi rostro. Aunque todo esto suene como una retahíla de tópicos, no es otra cosa que mi verdad de entonces, desnuda de todo artificio literario: el corazón me latía cada vez más deprisa, y cuando alcancé a distinguir su majestuosa figura, que se iba perfilando sobre el colosal fondo de la arquitectura neoclásica del Prado, apuré el paso. A medida que avanzaba hacia ella, su cuerpo se me antojaba más y más grande. Yo, por el contrario, cada vez me sentía más pequeño.

XIII

Hasta que entramos en la sala 67 del Museo del Prado, una estancia octogonal situada en el ala norte del edificio Villanueva, Natalia no pronunció palabra. En cuanto vio cómo me acercaba a la estatua del genio de Sevilla echó a andar, sin darme tiempo a alcanzarla, sin mirarme siquiera, hacia la entrada de la calle Felipe IV. Tras guardar una pequeña cola en completo silencio, le tendió al revisor dos páginas impresas —que resultaron ser dos entradas, adquiridas por internet, para ver la colección permanente—, pasamos el preceptivo control de seguridad y accedimos al museo. La seguí a través de un laberíntico entramado de escaleras y salas que ella parecía conocer a la perfección, hasta que, al fin, llegamos al que semejaba ser el destino de nuestro mudo recorrido.

Tengo que reconocer que la euforia que sentí al vislumbrar que Natalia había acudido a la cita comenzó a transformarse en irritación en cuanto me hizo perseguirla durante más de media hora, en un absurdo juego de sumisión implícita, sin recibir por su parte ni un triste saludo de cortesía. Sin embargo, la primera mirada a las oscuras imágenes que se exponían en aquella sala hizo desaparecer esa pátina de ira de mis ánimos, y me sumió sin previo aviso en un singular estado emocional, compuesto a partes iguales por pánico, tristeza y desdén. Las pinturas negras de Goya, que tan bien conocía de mis tiempos en la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense, tenían y aún tienen para mí un efecto sombrío más allá de sus propias tinieblas: catalizan la memoria atrapada en el siglo, ya menos real pero sin duda más feliz, en el que transcurrieron mis años de universidad.

Desconozco si Natalia estaría al tanto de mi sólida formación en historia del arte, ni si sabría algo al respecto de la deriva profesional que habría tomado si los acontecimientos subsiguientes a mi etapa académica no se hubieran encargado de cercenarla de un modo irreversible. Desde luego, el interés con el que observaba cada rincón de la sala parecía sincero, y la mirada reprobatoria que dirigió al grupo de turistas asiáticos que se fotografiaban frente al *Aquelarre*, con un teléfono móvil amarrado a un palo metálico, evocaba un respeto hacia la genialidad que es ya una *rara avis* entre las hordas de visitantes que invaden las instituciones museísticas. Tras echar un vistazo rápido a todo el conjunto pictórico, y sin duda complacida por la fiereza con la que uno de los vigilantes reprendió a los citados orientales por

el indiscreto fogonazo de un *flash*, Natalia se plantó frente al célebre cuadro, situado en la pared del fondo de la estancia, que representa a un perro semihundido en una duna. Lo miró desde muy cerca, durante unos segundos que se me antojaron eternos, antes de comenzar a hablar.

—¿A ti te parece que está agobiado, atento o solo triste?

—Natalia, por favor, déjate de misterios que me tienes atacado. ¿Se puede saber por qué me has traído hasta aquí?

—Ya no quedan muchos sitios en Madrid que te dejen un poco de intimidad para charlar tranquilamente, ¿no?

La verdad es que yo jamás habría descrito el ambiente que se respiraba en aquella sala como íntimo. A nuestro alrededor alcancé a distinguir, en una veloz ojeada, un par de grupos de turistas chinos y otros tres de japoneses; una pareja de argentinos que le explicaban una de aquellas imágenes a un matrimonio de acento cordobés; unos padres de mediana edad que trataban de evitar que su hijo llorase al mirar una figura especialmente macabra; una excursión del IMSERSO albaceteño plagada de señoras que pronunciaban sus nada modestas opiniones sobre las pinturas en voz bien alta —¡qué cosa más fea, Dios santo!—; jubilados *freelance* que comentaban los cuadros como quien comenta las obras de un edificio —pues un poco más de blanco por esta parte no le habría caído mal—; un guía disfrazado de Velázquez que intentaba mantener la atención de una clase de niños alborotados y también algunos versos sueltos con gafas de pasta y cuadernos de cuero sintético negro; así como un mar de cabezas indistinguibles, apelonadas delante de los lienzos más conocidos, que probablemente pertenecían a quienes, desde su inalterable incógnito, más contribuían a la aparición de ese olor tan característico: una mezcla explosiva en la que se reconocían rastros de café, sudor y tortilla de patatas. Sin embargo, y a pesar de todo el jaleo en el que nos hallábamos inmersos, comprendí de inmediato a lo que Natalia se refería cuando hablaba de intimidad: la multitud, en definitiva, no hacía más que esconder nuestras palabras. Deduje que, justamente porque la indiferencia de los demás le había llegado a provocar verdadero dolor, había aprendido a buscar la soledad entre sus semejantes, y había logrado encontrar en estos lugares teñidos de anonimato una ocasión para recuperar la privacidad que, por el carácter mediático de su familia, hacía tiempo que se le negaba en la calle.

—Natalia, de verdad, no tengo todo el día.

—No quiero que te encariñes con mi padre.

—Así que era eso.

—¿Y qué otra cosa pensabas que te iba a decir?

—Nada.

—Mira, Federico, esto es muy sencillo: yo te pago para que tú averigües una información. Entiendo que para conseguirla tengas que acercarte a él y fingir una cierta camaradería, pero no quiero que pase de ahí. Primero, porque no me puedo permitir que decidas cambiarte de bando. Segundo, porque cuando todo esto acabe tú tendrás que desaparecer. No volverás a vernos, ni a mi padre ni a mí. Tienes que entenderlo.

—Claro.

Permanecemos un rato en silencio, contemplando cada uno de nosotros una pintura diferente. Ella no le quitaba ojo a la desagradable imagen que representa cómo un dios romano un poco antropófago se come a su propio hijo; mientras, yo observaba a aquellos dos palurdos, enterrados hasta las rodillas y congelados en el tiempo, que se preparaban para asestar un golpe definitivo a su adversario. Mirando aquella escena, me pregunté si tendrían razón aquellos versos de Machado, si lo de las dos Españas seguiría siendo tan cierto como cuando Goya pintó el *Duelo a garrotazos* o si, por el contrario, la globalización también habría conseguido hacer tabula rasa de siglos y siglos de prejuicios acumulados y transmitidos de generación en generación, tanto por vía mitológica como pecuniaria. Era evidente que no. Siempre ha habido clases, y mi relación con Natalia no era una excepción a la ley no escrita que regula las posibilidades e imposibilidades de las relaciones humanas. Al girarme hacia mi izquierda y ver que ella ya había desaparecido, me di cuenta de cuál era el verdadero problema: que a mí, que soy un cretino, me había helado el corazón la España equivocada.

11.32 A. M.

De verdad, chica, la gente cómo es. Es que ya no se respeta nada. Ya, ya sé que cada vez que entras aquí acabas con una mala hostia que no veas, y hoy con más razón si cabe, pero trata de serenarte. Al fin y al cabo, monada, has sido tú la que te has empeñado en traerle al museo. Mira que estaba claro que no sería una buena idea, que esto siempre está lleno de chinos chillones y japoneses irrespetuosos, con el dichoso palo de las fotitos para arriba y para abajo, que ya podrían metérselo por donde les cupiese. Y luego están los *enteraos*, esos son los peores: una manada de sabelotodos que chillan y hacen aspavientos exagerados para explicarles un cuadro a su mujer, a su cuñada o a cualquiera que ose cruzarse en su camino. Y siempre son tíos, ¿eh? Siempre. No falla, nena, no falla. Pero no te preocupes, Nati, que esto es temporal. Cuando tú tengas parné, reina, que lo tendrás, podrás pedirle al mismísimo ministro de Cultura si se tercia que te deje visitar el museo en privado cuando te dé la santa gana. Y no me vengas con eso de que la pasta gansa no lo puede comprar todo, porque sabes de sobra que en este país, yendo con los billetes bien por delante, se puede conseguir casi cualquier cosa, rica. ¡Poderoso caballero es Don Dinero, que te decía siempre tu padre! Y poderosa señora vas a ser tú, bonita, cuando el muy cerdo la espiche...

La verdad es que cuando te da por algo es que no hay quien te lo quite de la cabeza, mona. ¿Hace cuántos años que vienes al Museo del Prado cada mes? No sé, ¿quince? ¿veinte? Desde que eras una cría, chica, que no levantabas más de cuatro o cinco palmos del suelo y ya estabas loca por que tu padre te trajese a ver a los bichos raros estos. Y con la cantidad de museos que hay en Madrid..., pero no, tú siempre al mismo, y casi siempre a las mismas salas. Entonces eras muy rica con el caprichito, pero papá ya no está aquí para consentírtelo todo, churri, ahora eres tú la que tienes que mover el culo para venir aquí todos los meses, y la que tienes que financiarte el capricho de venir en horas de pago. Porque a la niña bonita no le sirve entrar el día de puertas abiertas, como hace todo el mundo, igual que se va al cine el día del espectador, ¿no? Pues no. El día caro y madrugando, no vaya a ser que haya muchos chinorris que molesten a su majestad. Que sí, guapa, que sí, que ya sé que los turistas son un coñazo y que no te dejan disfrutar de la pintura, como tú dices, que debe de ser lo que vienes a hacer tú aquí desde hace un porrón de años cada mes, a veces incluso varias veces, pero es que esto, niña,

ya empieza a ser patológico. A ver, reina mora, tú, que no has necesitado depender nunca de nada, que no te has drogado, que no te has casado, que has estudiado, que has podido sobrevivir sin el sobresueldo que te pasaba tu padre, que, por cierto, no era moco de pavo, nena..., ¿ahora resulta que precisamente tú te pones nerviosa cuando llevas un tiempo sin pasarte por aquí? No me hagas reír.

Y por el asunto que te ha traído aquí esta mañana, niña, no te rayes ni un poco. Has hecho lo que tenías que hacer, y punto en boca. Ya sé que su madre te contó esa historia de que ha crecido sin padre y de que nada le ha salido bien en la vida, y puedo llegar a comprender incluso que sientas un poco de compasión por él, pero, hija, tú no eres una hermanita de la caridad, aunque a veces lo parezcas; y no estás aquí para hacerle favores a nadie, así que espabila y déjate de cursilerías. ¿Que ha sido difícil decirle lo que le has dicho? Eso es porque eres demasiado generosa, querida, porque cualquier otra en tu situación le habría mandado a la mierda por mucho menos. Que este va de mosquita muerta pero se te sube al carro, te lo digo yo, como no le ates bien en corto se te sube al carro y luego a ver quién es la guapa que consigue que se baje. Ya está bien, coño, ya está bien de tener que ir por ahí advirtiendo a la gente de que lo tuyo es tuyo para que no te lo levanten: tu padre, tu dinero..., hasta tu derecho a decidir te quieren quitar, y eso que tú nunca has querido ni que España se rompa, ni que deje de romperse. Lo único que querías era ejercer tu sagrado derecho a ponerte tetas, joder, a sentirte en tu cuerpo, y hasta para conseguir eso, que no puede hacer daño a nadie más que a ti, has tenido que dejarte la piel, mona, hasta para eso. Pues ya vale con la copla. Se acabó, reina, hasta aquí han llegado las tonterías, ¿me oyes? Por mis muertos que no voy a permitir que hagas el panoli ni una sola vez más.

Has estado divina, tía, divina, no te ha temblado la voz ni un poco y le has dicho exactamente lo que debías. Se lo has dejado todo clarinete. Ya sé que te ha dado un poco de pena el chaval, pero eso ha sido por su reacción, porque el muy pusilánime se ha quedado callado, mirando el cuadro ese de los dos gañanes que se dan cera, y por su cara de pánfilo te ha dado la sensación de que le falta alguna que otra primavera, ¿me entiendes? Que te digo yo que ese tipo normal del todo no es. Alguna tara tiene, niña, eso es evidente. Pero bueno, a lo que vamos, que tú ya has hecho lo que tenías que hacer y le ha quedado claro, cristalino, rica, cristalino, y ahora cómo quiera o pueda digerirlo ya es cosa suya, eso no te tiene que importar nada, nena, pero ni una pizca, vamos. Solo faltaría que, por si fuera poco lo que ya tienes encima, tuvieras que estar preocupándote también por los sentimientos de semejante

payaso. Que no, bonita, que no. Que ya vale de hacer el gilipollas, coño ya, toda la puta vida igual y así te va como te va.

Y a ver si te quitas de la cabeza de una vez al bicho horroroso ese, coño, Nati, que da un mal rollo que no veas. De todos los cuadros que hay en el dichoso museo no te podías haber obsesionado, qué sé yo, chica, con uno de esos reyes a caballo, por ejemplo; o sin cambiar ni siquiera de pintor, no sé, con la *Maja desnuda*, con lo que te gusta a ti una piba enseñando carne. Pues no. Tú a lo tuyo, bonita, tú quédate mirando el más feo, el que más miedo da de todos, para que se te quede bien grabado en la retina y luego no puedas dormir por las noches de puro pánico. Es que de verdad, mona, hay que ver. Serás muy lista para algunas cosas, pero lo que es para otras... Que sí, que me da igual que el monstruo ese se llame Saturno o Júpiter, qué quieres que te diga. Qué pesada eres a veces, Nati, de verdad, que ya sé que se está comiendo a su hijo, coño, que sé leer, y en el cartel lo pone bien clarito: Saturno devorando a un hijo. Pues qué quieres que te diga, yo de las costumbres culinarias de los dioses no sé nada de nada, pero por la cara que está poniendo su padre, vamos, lo tengo claro: ese pobre crío o nació con vagina o le salió maricón.

XIV

La vuelta a Tetuán no fue, contra todos los pronósticos que mi pésimo estado de ánimo podía vaticinar, un trayecto accidentado. Tras comprobar que, como esperaba, ya no quedaba ni rastro de Natalia, salí del museo y la lluvia me sorprendió de nuevo, esta vez con inusitada violencia. Teniendo en cuenta los acontecimientos más recientes, decidí renunciar a la bicicleta por un tiempo e invertir un par de monedas en llegar a casa tan seco como fuese posible. Crucé el Paseo del Prado y subí, de una carrera, la estrecha calle de Moratín; y antes de entrar a toda prisa por una de las bocas del metro de Antón Martín apenas me dio tiempo a echarle un vistazo al monumento dedicado a los abogados laboristas asesinados en el número 55 de la calle Atocha. Su abrazo conjunto tuvo a bien recordarme que, mientras el «sí de las niñas» de buena familia se me seguía resistiendo, siempre existiría un colectivo al que rendir pleitesía y demostrar lealtad: los parias —los parias de la Tierra—, más desclasados a cada segundo, seguirían necesitando, durante toda la eternidad, un ejército de hombres objeto con los que comparar sus miserias para, por contraste, sentirse un poquito menos desgraciados.

A pesar de hallarme ya bajo techo, seguí corriendo escaleras abajo — descubrí entonces que algunas viejas costumbres, como la de apurar el paso para no perder un tren que suele acompañar a las personas ocupadas, son capaces de perdurar incluso años después de que los tiempos de trabajo y urgencia se hayan terminado— hasta alcanzar el andén de la línea 1, dirección norte, cuyo discurrir color celeste me llevaría hasta la estación de Estrecho, la más cercana a mi casa. Tras diez minutos de espera, a lo largo de los cuales el andén se fue llenando de seres humanos de todos los tamaños enterrados bajo un sinfín de bufandas, abrigos, gorros y paraguas, el metro se detuvo ante nosotros. Cuando se abrieron las puertas, cada miembro de la improvisada manada trató de hacerse un hueco propio en el interior, de preferencia en posición sedente. Yo, por mi parte, opté por quedarme de pie, con la espalda apoyada en el respaldo de un asiento y la mano izquierda aferrada a una de las agarraderas amarillas que jalonan, de suelo a techo, los trenes más nuevos de la EMT.

Para tratar de quitarme a Natalia de la cabeza, permití que mis ojos deambulasen por el angosto espacio del vagón hasta que se posaron en un cartel, poco más grande que un folio, que lucía justo frente a mí. En él, sobre

un fondo oscuro proporcionado por el color negro del vestido de una mujer dibujada que, boca abajo, sujetaba un ramo de flores, se agolpaban un montón de letras blancas —una detrás de otra, organizadas en una exactísima fila india— para reproducir un magnífico poema que Leopoldo María Panero le dedicaba a su madre. El poeta hablaba en él de la belleza y de la muerte, y su manera de reivindicar la hermosura de aquello que, en definitiva, estaba condenado a la fugacidad me sumió en una extraña nostalgia que tardó en desaparecer. Sin embargo, y a diferencia del tipo de melancolía que me producía pensar en Natalia, había algo de gratificante en saber que la vida de mi progenitora también prescribiría, al igual que lo hay en el carácter pasajero, efímero, de toda felicidad. Vuelvo a pedirles que no me malinterpreten: espero y deseo que a mi madre le resten muchos años, pero su ausencia futura es un hecho necesario, y aún soy capaz de encontrar algo bello en lo que de sublime tienen las fatalidades inevitables; mientras que los constantes menosprecios que Natalia me dedicaba entonces tenían, más bien, una naturaleza contingente, y su falta de conmiseración con respecto a nuestros vínculos —tanto los laborales como los afectivos— comenzaba a resultar algo casi cruel, un verdadero despropósito para mi ya de por sí débil equilibrio emocional.

No sé si fue porque el texto despertó en mí la necesidad de conversar acerca de mis sentimientos con una figura paternal, que contase con más experiencia y sabiduría; o si, por el contrario, mis crudas ansias de venganza tomaron el control sobre mis actos. Cabe la posibilidad de que se conjugasen ambas cosas. El caso es que, desafiando mis intenciones de partida, me apeé en la estación de Alvarado —una parada antes de mi destino— y salí a la calle de Bravo Murillo. El cielo seguía encapotado y los sumideros urbanos aún no habían terminado de absorber los últimos hilos de agua, y aunque ya no llovía me di prisa en alcanzar el teléfono público más cercano, situado a poco más de diez pasos de la salida. Llamar cabina a aquel trasto viejo y rancio, pintado de azul, cuya única deferencia en lo que a privacidad se refería eran unos salientes metálicos verdes que cubrían al aparato de las inclemencias del tiempo y lo protegían, en la medida de sus modestas posibilidades, de las miradas indiscretas, era otorgarle una categoría inmerecida. Saqué del bolsillo la tarjeta de Joaquín y, haciendo un notable esfuerzo de interpretación, descifré el número que se escondía tras aquella mancha de tinta emborronada por la humedad.

—¿Diga?

—¿Joaquín?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Federico, ¿te acuerdas de mí? Me diste tu tarjeta la otra noche.

—¡Hombre, Federico! Claro que me acuerdo. Oye, ahora mismo estoy un poco liado. Me pillas despidiéndome de una amiga en su portal, tú ya me entiendes... En fin, te tengo que dejar. Pero pásate mañana por donde Javi, ¿vale? Probablemente vaya por allí sobre las siete. Nos tomamos unas copas y te pongo al día, porque no veas qué movida con esta gachí. Bueno, lo dicho. Hasta mañana, chaval.

Colgó el teléfono sin dejarme apenas articular palabra —y mucho menos aburrirle con mis problemas con las mujeres—, pero la sola promesa de que al día siguiente nos encontraríamos en el bar Saiz ya me resultó reconfortante. Mucho más tranquilo, recorrí a pie los escasos cuatrocientos metros que me separaban de mi portal y entré, casi a tientas, en la penumbra de un salón que me costó reconocer bajo la tenue luz de una farola, la única de todas las de la calle que se vislumbraba desde detrás de las rejas de nuestra ventana.

Accioné el interruptor que encendía la pequeña lámpara suspendida del techo de la estancia. Mi madre, cuya presencia ni siquiera había adivinado, estaba tumbada en el sofá con los pies en alto. Me percaté de que llevaba puestos sus zapatos nuevos de charol granate —se los había comprado con parte del dinero que el señor Mendoza me había dado la última vez que nos vimos— y de que había tratado de combinarlos, sin mucho éxito, con el color de su barra de labios. Una rápida y silenciosa aproximación a su cuerpo me confirmó, por la manera acompasada en que su pecho se hinchaba y se deshinchaba, que se había quedado dormida. En aquel momento, con las palabras del poeta todavía rondando en mi recuerdo, la perspectiva de que mi madre fuese a faltar algún día me angustió, y deseé de corazón que el delicado atractivo de las tragedias ineludibles tardase siglos en entrar en mi vida.

ESCENA 1

Imagen 1:

En un plano general del plató, se ve al vidente sentado ante su mesa, vestido de negro, conversando con su ayudante mientras se oye la sintonía del programa, en un *decrecendo* continuo.

(La cámara 1 enfoca al vidente, primer plano, *zoom* lento, sonrisa prolongada, fórmula habitual de saludo a la audiencia).

La sintonía se desvanece. Silencio corto. Suena el teléfono. (Al momento, la cámara 3 enfoca al vidente en *close up*, un segundo antes de que este conteste a la llamada).

Diálogo 1:

VIDENTE. —Buenas noches, ¿con quién hablo?

ESCORPIO. —Soy un Escorpio de cincuenta y dos años. Preferiría no desvelar mi nombre, si a usted no le importa.

(Cámara 1, imagen panorámica. Pausa corta, dramática. La cámara 3 recupera el primer plano del vidente).

VIDENTE. —Dígame, querido Escorpio, ¿qué le preocupa?

ESCORPIO. —La economía. Me han echado del trabajo, ¿sabe usted? Y mi mujer no trabaja, y claro, no sé cómo nos vamos a apañar para terminar de pagar las letras del piso.

VIDENTE. —Mire, vamos a hacer una cosa, ¿sí? Mañana cuando usted se levante, antes de desayunar y, muy importante, antes de bajar al bar, porque yo estoy viendo que usted baja al bar muy a menudo, ¿sí?

ESCORPIO. —La verdad es que sí.

VIDENTE. —Bueno, pues mañana antes de nada usted va a bajar a la calle, ¿sí? Va a coger su calle hacia la derecha y en el segundo cruce va a girar a la derecha de nuevo, por una avenida más ancha, ¿sí? Si sigue caminando por esa avenida se va a encontrar con uno de la ONCE, ¿sí? Con un ciego, vamos, para entendernos. Le va a comprar usted el número 24 601 para el sorteo de Navidad, ¿sí?

ESCORPIO. —Sí, claro, lo que usted diga, señor, muchas gracias, ya le...

VIDENTE. —Bendiciones y buenas noches.

La llamada se corta. (Silencio, acercamiento de cámara 1, vista panorámica aérea del plató. Cámara 2, *close up* a los rostros del vidente y de su ayudante, de manera alternativa).

AYUDANTE. —Con este número de la suerte nos vamos un instante a publicidad, pero no se vayan. Durante la pausa seguiremos recibiendo sus llamadas, y en unos minutos todas sus preocupaciones podrán ser resueltas gracias al extraordinario don adivinatorio de nuestro arúspice contemporáneo.

Se introduce música de fondo (*Intro - The XX*). 00:00: 00-00:00:43.

(Cámara 1, imagen panorámica). Los dos protagonistas continúan charlando, micro cerrado.

(Desvanecimiento progresivo del plano, fundido a negro). Salida simultánea de la música de fondo, con *fade out*.

Corte de escena.

SEGUNDA PARTE

CUARTA SECUENCIA De cómo Federico y Joaquín se vieron en Navidad, y de los presentes que unos y otros recibieron

*Cada uno da lo que recibe,
luego recibe lo que da.
Nada es más simple,
no hay otra norma.
Nada se pierde,
todo se transforma.*

JORGE DREXLER,
Todo se transforma

*Gran parte de nuestra moral y de nuestra
propia vida permanece en esa misma atmósfera
donde se mezclan el don, la obligación
y la libertad.*

MARCEL MAUSS,
Ensayo sobre el don

XV

No me duelen prendas en reconocer que las pocas semanas que restaban para las fiestas pasaron, en compañía de Joaquín, risueñas y veloces. Fue en esa época cuando descubrí que sus temas de conversación no se reducían a las mujeres y los negocios. También me resultó grato comprobar, tras una larga temporada en la que encadené desprecio tras desprecio, que mi presencia no solo no le incomodaba, sino que incluso la prefería a la soledad. Los días se sucedieron entre copas nocturnas en el bar de Javi —quien, a regañadientes, estaba empezando a soportarme— y paseos a plena luz del día por mi barrio, en el que Joaquín se dejaba ver cada vez más a menudo. Por vergüenza, no le llevé a mi casa, y supongo que también fue el pudor lo que hizo que él, hasta la víspera de Navidad, no me invitase a la suya. El día 24 amaneció frío, pero luminoso, y las mujeres que poblaban las calles del barrio de Salamanca combinaban sus abrigos de pieles con enormes gafas de sol. Como cada mañana, caminé hasta el toldo del Saiz. Sin embargo, aquella vez Joaquín no me estaba esperando dentro del bar, sino fuera; y al acercarme a la puerta me estrechó la mano con una solemnidad poco frecuente en él.

—¿Cómo estás, macho?

—Bien, Joaquín, como siempre. ¿Y tú? Pareces un lagarto.

—¿Un lagarto?

—Sí, aquí fuera, tomando el sol, como una lagartija. ¿Vamos dentro o qué? Javi debe estar deseando hacernos la crónica del partido de ayer.

—¿Una lagartija? Qué cosas más raras tienes a veces, chaval. En fin, que hoy no estoy de humor para aguantar las tonterías del Javi. Mejor vamos a dar un paseo, anda.

Dado el gusto por las bebidas espirituosas que siempre había demostrado poseer, me extrañó que Joaquín prefiriese una caminata antes que un trago, pero no me equivoqué al atribuir su decisión a cierta búsqueda de un clima de confianza. Su gesto me conmovió y, a pesar de tener el estómago vacío y la boca seca, marché a su lado y en silencio, a paso lento, a lo largo del tramo de Jorge Juan que nos separaba de la calle de Alcalá. Caí en la cuenta de que era la primera vez que nos dejábamos ver juntos, fuera de la barra del bar de Javi, por su barrio. A pesar de los murmullos que oí a mi alrededor, no sé hasta qué punto fui, en aquel momento, consciente de lo mucho que mi ya de por sí andrajoso atuendo salía perdiendo al compararse con el aspecto del señor

Mendoza. Lo que sí recuerdo es que aquel día mis ojos lo miraron bajo una luz diferente. Peinaba canas en el cabello y en la incipiente barba, y combinaba una americana azul marino con una corbata y un pañuelo hechos del mismo paño de seda roja que destacaba sobre la camisa, impecablemente blanca y con sus iniciales bordadas sobre la pechera. Sin dejar de observarlo, admirando su buen gusto y sus maneras de marqués, pensé que quizás un día yo también podría compensar mis carencias genéticas genuinas con un tipo de atractivo mucho más interesante, producto directo de la elegancia de mis ropas y de lo abultado de mis bolsillos. Al llegar al cruce desde el que se vislumbra el Nuevo Teatro Alcalá, Joaquín rompió el silencio y me sacó de mis reflexiones sobre la relación, sin duda existente, entre la fortuna en lo económico y la tasa de acierto en el vestir.

—¿Dónde cenas hoy, macho?

—En casa.

—A mí me toca cenar solo en Nochebuena. La primera vez que me pasa, colega, la primera vez. Qué triste. Antes estaban mi mujer y mi hijo. Ya se fueron hace tiempo, y aun así, hasta ahora siempre había pasado las fiestas con algún amigo o alguna chavalilla.

—¿Y tu novia?

—Con ella todo es diferente, tío. Tiene familia a la que cuidar.

—¿Y cómo es que no te invita a su casa?

—No quiere que nadie se entere de lo nuestro, ni siquiera los suyos. Tiene pavor a los reportajes en las revistas, los robados, los *paparazzis* a su alrededor... Se nota que no está conmigo por la fama, ni por el dinero.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien.

—Bueno, macho, vamos a dejarnos de mariconadas. A las mujeres hay que saber llevarlas, y yo sé que con esta, si quiero conservarla, tengo que ir despacio. En fin, ¿te apetece que cenemos juntos? No sé cómo lo ves.

—¿Nosotros dos?

—Sí. En mi casa. Encargamos la cena en el Horno de Juan, descorcho un par de botellas que tengo reservadas para ocasiones especiales y luego salimos a tomar una copa.

—No puedo dejar a mi madre sola en Nochebuena, Joaquín. Y menos ahora, que está empezando a levantar cabeza.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Te invitaría a cenar con nosotros, pero mi casa es un espanto. Además, si me presento en casa con don Joaquín Mendoza en persona, a la pobre le da algo.

—No pasa nada. ¿Qué cenaréis?

—Ni idea. Supongo que haré una tortilla de patatas grande, así ya nos queda para el desayuno. Y creo que mi madre estaba preparando ahora mismo un arroz con leche, que le sale de muerte.

—Sácala a cenar por ahí. Pero que escoja ella, no seas capullo. —Joaquín me tendió un billete enorme y rosado—. Esta vez os invito yo.

—Joaquín, joder, cómo te pasas.

—No te preocupes por nada. Yo no lo necesito.

—Gracias.

—Eres un buen tipo, Fede. Seguro que pronto encuentras un trabajo y me puedes invitar tú a mí. Y si no, otra forma encontraremos de que me devuelvas el favor.

Por aquellos días aún no había llegado a acostumbrarme a la consideración —muchos habrían dado en llamarla caridad— que el señor Mendoza tenía conmigo y con mi precaria situación; pero sí había aprendido rápido a aceptar sus donativos sin rechistar, y los juzgaba, para mis adentros, como una novedosa y revolucionaria fórmula de redistribución de la riqueza que el curso de la Historia había decidido concentrar en unos pocos. Me guardé los quinientos euros en el bolsillo del chándal y cerré la cremallera. De nuevo en silencio, como si hablar y pasear fueran dos actividades incompatibles, deshicimos el camino por la otra acera y volvimos a cruzar la calle. Con una mano a punto de empujar la puerta del bar Saiz —Javi ya nos había tirado dos cañas, y las había dejado en la barra en cuanto nos atisbó a través del cristal—, Joaquín se giró hacia atrás y me habló con una voz más cálida que aquella que acostumbraba a usar, y con un tono más bajo del que yo le conocía.

—Oye, macho, ya que no puedes cenar conmigo, pásate mañana a verme.

—Claro.

—He quedado con mi churri a las doce, para tomar el vermú, y supongo que luego comeremos juntos. Así que si te parece quedamos por la tarde, a eso de las seis.

—Vale, a las seis estaré por aquí.

—¿Aquí? No, no, me refería a que te vinieras a mi casa.

—¿A tu casa?

—¿Qué te sorprende tanto? No quiero pasar el día de Navidad en un bar. Además, seguro que Javi cierra el chiringuito. Calle Goya, 29. Timbra al 4.º C y ya bajo a por ti. Venga, vamos dentro, que aquí fuera en cuanto una nube te tapa el sol hace un frío de cojones.

XVI

Pensé en el olor del arroz con leche recién hecho, aún sin enfriar, que inundaba toda la casa cuando entré; y en la cara que puso mi madre cuando le dije que lo íbamos a tener que dejar reposar hasta el desayuno, que la invitaba a cenar, que iríamos al restaurante que ella quisiese. Recreé su falta de imaginación para los vicios caros que nunca había podido permitirse, que quedó retratada en su modesta elección: el chino de la plaza de la Luna, ese que hace esquina con la calle de la Estrella. Volví a proyectar en mi mente, una y otra vez, el mismo cortometraje: ella diciéndome que por la tarde iba a salir, preguntándome que si se tenía que poner guapa —tú siempre estás guapa, mamá—, sonriendo antes de indicarme que a las nueve me esperaría delante de la comisaría. Pero fui yo quien la tuvo que esperar; y mientras, al tiempo que sentía cierta preocupación por sus incipientes manías y por su extraño comportamiento de las últimas semanas, observé aquella plaza fea e incómoda, llena, sin embargo, de una insólita vivacidad. Reparé también en la placa de calle, que desafiaba a quien quisiera leerla con su nombre oficial: Plaza de Santa María Soledad Torres Acosta. Me dio tiempo a reflexionar sobre lo pertinente que ese horrible nombre de señora habría resultado si ese espacio tan inhóspito hubiera permanecido vacío, y de lo adecuado que resulta que haya sido la gente que lo habita, la ciudadanía que lo colma de actividad, quien le ha borrado la aridez rancia de un plumazo al renombrarla como Plaza de la Luna: a día de hoy todavía no he sido capaz de encontrar un solo nombre más exquisito que ese para un lugar de existencia en común.

En estas divagaciones andaba sumido cuando, con más de treinta minutos de retraso, atisé la extravagante silueta de mi madre doblando la esquina de la calle Tudescos. Vestía un conjunto rojo de falda y americana que yo no le había visto nunca, y que refulgía con un brillo excesivo para poder ser catalogado como refinado. Me cuesta recordar la última vez que me había dado un beso, pero esa noche me saludó con dos, y enganchados del brazo recorrimos los pocos metros que nos separaban de la entrada de La Buenaventura. Nos abrió la puerta un hombre chino de mediana edad, quien nos indicó, con un gesto de la mano, que nos acomodásemos en la mesa que quisiésemos. El local, que en su día había sido un bar de raciones grasientas y fútbol los domingos, conservaba, en lo esencial, el aspecto de entonces. No obstante, las pequeñas figuras doradas de Buda y los motivos caligráficos que

decoraban las paredes, así como la pulcritud extrema de la barra, las mesas y el suelo, eran indicios inequívocos de que la cultura oriental había calado hondo entre sus muros. El restaurante estaba vacío cuando entramos, y así permaneció a lo largo de toda la velada. Nos sentamos junto a una de las ventanas que daban a la calle, por la que se colaba una ligera corriente de aire que a mi progenitora, que se había dejado la chaqueta puesta, pareció no importarle.

Tres minutos mirando la carta le bastaron para decidir qué cenaríamos: arroz frito tres delicias, tallarines con ternera y salsa de ostras, gambas en gabardina y *dumplings* de cordero y calabaza al vapor. Una muchacha flacucha nos tomó nota —no sin ciertas dificultades idiomáticas— y enseguida nos trajo una botella de Rioja reserva que yo mismo había encargado por teléfono esa tarde. A mi madre, que siempre había tenido cierta propensión a los excesos alcohólicos, los nervios le jugaron una mala pasada, y no tardó más de tres minutos en servirse y beberse, de un trago, las dos primeras copas de vino. Mentiría si dijese que a estas no las siguieron muchas más, y la verdad es que durante las semanas posteriores preferí pensar que la bebida había tenido algo que ver en el rumbo que tomó la conversación. Ella habló y habló, y en sus palabras se entremezclaron sus amoríos pasados con su soledad presente, y los hechos reales que atesoraba en la memoria con las ficciones televisadas que solía ver —recuerdo que me dijo algo sobre un adivino que, por lo visto, había acertado el número de la lotería de Navidad—; y yo, por vez primera, tuve miedo de que todas aquellas cosas que me dijo, que para ella parecían tener un sentido unívoco y que yo entonces no acerté a comprender, fuesen la antesala de una etapa de demencia senil o, aún peor, de alzhéimer. Bien mirado, mi madre ya no era una niña, y llevaba semanas comportándose de un modo muy poco propio de ella. Y aunque todos estos cambios —salir de casa, comprarse ropa, apagar la televisión o tratar de prestar una pizca de atención a su hijo— fueron, sin duda, una bendición para ambos, lo repentino de su transformación me hizo imaginar, durante aquella cena de Nochebuena en la que quedó patente su confusión, que cabía la posibilidad de que su configuración mental hubiera quedado trastocada por una fatal combinación de tiempo y melancolía.

A lo largo de la noche brindamos una y otra vez. A mi madre, a pesar de la cogorza, no hubo nada que se le quedase en el tintero: por el cabrón de tu padre, que allá donde esté la vida le trate como se merece, mal, hijo, mal, porque tu padre, por muy padre tuyo que sea, con nosotros fue un hijo de puta; por esa chica tan mona con la que sales, que Dios te la conserve, hijo,

que Dios te la conserve, que ya no quedan tantas mujeres buenas por ahí sueltas; por que en el año que entra no te falte trabajo, cariño, a ver si haces las cosas pensando un poco antes, que tú siempre has sido un poco torpe, hijo, muy buena gente, pero un poco torpe; por que nos venga del cielo algún que otro golpe de suerte, aunque esos, niño, no solo hay que pedirlos, también hay que saber buscarlos; por que podamos volver a cenar de restaurante la próxima Nochebuena, aunque sea en otro diferente, eso me da igual, pero que me puedas sacar fuera de casa, hijo, como a una señora, eso es, como a una señora.

Yo solo propuse un brindis.

—Por nosotros, mamá.

No sé si fue un efecto óptico producido por el vino, pero me pareció ver una lágrima deslizándose, bajo las gafas, por su mejilla sonrosada de alegría y embriaguez. Lo último que hizo antes de desplomarse sobre el respaldo de la silla y obligarme, así, a llamar a un taxi que nos llevase a casa, fue brindar una vez más. Por estas empanadillas tan raras, hijo mío, que están de muerte, a ver si tú que sabes idiomas puedes pedirle la receta a esa chinita tan simpática.

XVII

Aunque la noche terminó sin mayores complicaciones, me sorprendió despertarme a las dos del mediodía, tras diez horas de sueño ininterrumpido, y comprobar que mi madre ya no estaba en casa. Me imaginé que su resaca —dadas las dimensiones de la que portaba quien suscribe, veinte años más joven y más comedido en su dipsomanía— debía de estar resultando insoportable, y me pregunté qué habría ahí fuera tan urgente que pudiera hacerle declinar una jornada intensiva de manta y paracetamol. Tras renunciar a comprender los motivos que llevaron a aquella señora, a la que ya consideraba medio desequilibrada, a sufrir su dolor de cabeza bajo la lluvia, engullí un par de tazas del arroz con leche que aún me esperaba en la nevera, me tomé dos pastillas y dediqué las siguientes tres horas y media al infravalorado arte de la procrastinación.

Cuando llegó el momento de salir, consideré oportuno —dado el dineral que aún conservaba de la desmesurada partida que Joaquín me había desembolsado para pagar la cena de la noche anterior— ahorrarme el mal trago de pasear mi malestar por Madrid. Paré un taxi en Bravo Murillo y recité de un tirón la dirección de Joaquín, como si me hubiera pasado las últimas horas, de manera inconsciente, tratando de no olvidarla.

—A Goya 29, por favor.

El taxista me dejó frente a un edificio tres pisos más alto que los dos que lo flanqueaban. Su diseño pulcro y moderno, de líneas depuradas y perfil majestuoso, habría llamado la atención de cualquier lego en arquitectura que se tomase el tiempo de observarlo con un mínimo de mimo. Subí los peldaños que separaban la acera del portal y pulsé durante unos segundos el botón correspondiente al cuarto piso, letra C. No contestó nadie a través del interfono, pero Joaquín apareció enseguida tras el vidrio de la puerta, salió al rellano exterior, donde aún me encontraba, y me saludó con más efusividad de la habitual.

—¡Hombre, Fede! ¿Cómo estás, macho? Feliz Navidad. Espero que lo pasaras bien ayer con tu madre, ¿a dónde fuisteis? Bueno, ahora me cuentas. Vente, vamos por aquí, que tengo que bajar al coche a coger unas cosas.

Atravesamos el pesado portón metálico que Joaquín accionó con un pequeño mando y bajamos por una rampa, larga y ancha, adyacente a las escaleras de acceso al portal del bloque. En un momento dado, una vez que la

rampa se hubo convertido en una superficie de hormigón de una horizontalidad perfecta, la estancia se iluminó de pronto. Yo no estaba preparado para asumir todo lo que, sin previo aviso, comenzó a desfilar ante mi mirada, atónita y confundida. El amarillo reluciente del coche más cercano me cegó, pero ese deslumbramiento inicial no fue óbice, una vez que mis ojos se acostumbraron al brillo, para quedarme extasiado ante el derroche de lujo y ostentación del que cada uno de los modelos aparcados en aquel garaje hacía gala. Joaquín, que no pareció percatarse de mi estupor, se acercó a un Ferrari deportivo descapotable, de un azul metalizado especialmente hortera, y antes de abrirlo trató de articular lo que a mí, que no soy muy versado en los modales y costumbres de los hombres acaudalados, me pareció una suerte de disculpa.

—Ya sé que es horroroso. No sabes lo difícil que es tener dinero y hacerse viejo con dignidad, chaval. Lo más fácil es acabar convirtiéndote en un esperpento.

Después de que el señor Mendoza sacase cuatro voluminosas bolsas del maletero del coche, y con la retina todavía maravillada ante tal despliegue de medios, pusimos rumbo hacia la esquina del garaje donde se hallaba el núcleo de comunicaciones del edificio. Nos montamos en el ascensor, espacioso y rodeado de espejos ligeramente cóncavos que le disimulaban la incipiente tripa a Joaquín y acentuaban mi escualidez. Nuestro reflejo —al menos visto desde la perspectiva de quien sale escaldado al enfrentarse a sí mismo— resultaba, si no cruel, al menos irónico. Allí estaba el reputado señor Mendoza, de punta en blanco incluso en su versión más desenfadada —vestía un polo verde botella y unos chinos claros, además de una gabardina de piel marrón—, rodeado de abultadas bolsas de tela llenas, supuse yo entonces, de espléndidos regalos para su familia y amigos; y a su lado estaba yo, un paria en chándal a quien no le quedaba nada que ofrecerles a los pocos seres queridos que todavía conservaba.

El ascensor se detuvo con suavidad en el cuarto. Joaquín introdujo la llave en la puerta de su piso. Al girarla, la cerradura emitió un agradable chirrido grave, como ralentizado por el peso de su propia gravedad, de su propia solemnidad; como si, con ese sonido, el cerrojo estuviese tratando de anticipar, de algún modo, el milagro que un segundo más tarde me encontraría en el interior. Entramos a un vestíbulo, de mayor tamaño que mi apartamento entero, del que partían varios pasillos y unas amplias escaleras de madera, situadas frente a la puerta, por las que no llegamos a ascender. Mi anfitrión dejó su abrigo en un perchero situado junto a una estantería lacada

en blanco en la que, en lugar de libros, se apelotonaban diversas figuras de loza y porcelana. Una vez hubo comprobado que no había ninguna prenda sobre mí que pudiese invitarme a colgar si no quería dejarme desnudo, me guio a través de uno de los pasillos. Me sorprendió que tras una puerta corriente, de madera y vidrio traslúcido, parecida —aunque de un material sin duda más noble— a las de nuestra vivienda de la calle Goiri, se pudiera esconder un salón de semejantes proporciones. Era tan grande que tenía al menos tres ambientes diferenciados: al fondo, un sofá de cuatro plazas, tipo *chaise longue*, con un sillón orejero a cada lado, miraba hacia una gran pantalla con dos bafles que cubrían sendos altavoces de alta fidelidad; en la esquina opuesta, una biblioteca medio vacía de baldas deslizantes ocupaba gran parte de la pared más larga, y frente a ella, una butaca y un reposapiés de cuero rojo esperaban a un lector que nunca terminaba de llegar; por último, más cerca de mí, separada del resto de la estancia por un mueble bajo, una mesa de comedor de diseño, de vidrio y metal, hacía juego con ocho sillas tapizadas con piel sintética de color gris. Todo estaba cubierto por motivos navideños poco homogéneos, pero que tenían en común la calidez cándida de las celebraciones familiares. La decoración, con las imperfecciones propias de lo hecho a mano, resultaba de lo más hogareña, y las llamas de la hoguera controlada que crepitaba en la chimenea acrecentaban esa falsa sensación de comodidad.

—Le he pagado a la señora que viene a limpiar para que adornase todo esto —Joaquín se frotó la cabeza con la mano, avergonzado, y pese a toda su fortuna, en ese momento me compadecí de él—. Es que ha estado aquí mi chica. Bueno, chica no es, quiero decir, que no es como las otras. Pero no voy a decir que es mi señora, porque eso suena a que estamos casados, o comprometidos, o algo así.

—¿Y qué tal con ella?

—Joder, macho, no veas cómo... En fin, que me tiene loco. Quien diga que el sexo no enamora miente, tío, eso o no ha follado en su puta vida. Pero bueno, que no te he invitado para contarte estas cosas. Toma. —Joaquín me tendió las cuatro bolsas.

—¿Y esto?

—No te lo tomes a mal, Fede, chaval, pero es que me da cosa verte así siempre, con ropa medio rota y de hace veinte años. Y fea, y hortera, macho, que eres muy hortera. Así nunca vas a encontrar curro, tío. Total, casi no te he comprado nada. La mayoría era de mi hijo, y él ya no lo necesita. —Creí advertir en esta última frase un cierto tono de reproche—. No te enfades,

anda. Él era bastante más fuerte que tú, así que se la llevé a mi sastre para que te la arreglase un poco. Creo que más o menos habrá acertado con la hechura, pero mejor pruébatelo todo y me dices. También le metí algunos complementos, para que te echase una mano con las combinaciones.

Hacía tiempo que había dejado de escuchar, y mis manos buceaban entre las texturas suaves de unos tejidos desconocidos para mí. En las bolsas había siete camisas, tres chaquetas, cuatro pantalones, ocho corbatas, cinco polos, dos vaqueros, una pajarita y tres fulares de seda. En el fondo de la última me encontré, aún sin comprender del todo lo que estaba sucediendo, con un paquete envuelto en papel celofán rojo.

—Es lo único que te he comprado. Cuando la vi, pensé que te gustaría.

Al abrirlo, una cazadora negra, de piel, talla M, cayó sobre mi regazo. Un desproporcionado caballo color plata, con un jugador de polo a sus espaldas, reposaba orgulloso sobre la pechera.

XVIII

Mi agobio no tuvo tanto que ver con las prisas que conllevó la improvisada cena de fin de año que preparé junto a mi madre como con el hecho de que solo faltasen cinco minutos para las doce. No es que yo fuese una persona especialmente supersticiosa —hasta esa noche siempre me había considerado, de hecho, bastante descreído—, pero los recientes cambios que había experimentado mi vida me llevaron a pensármelo dos veces antes de terminar de descartar, como poco, la existencia de las casualidades sospechosas. Por si acaso, me había puesto bajo el traje unos calzoncillos color carmesí que mi madre le había comprado en el Rastro, hacía tiempo, a una gitana de Linares, además de una corbata de un rojo más oscuro, elegante y de una suavidad sorprendente, de las que me había regalado Joaquín la semana anterior; había tomado prestado el anillo de casada que mi madre, desde que mi padre nos abandonó, guardaba en un cajón de su mesilla de noche, y lo había depositado con mimo en el fondo de mi copa de cava; había dejado una maleta vieja en la puerta de casa y me había introducido un par de monedas en el bolsillo interior de la americana —estos dos rituales, para propiciar los viajes el primero y para atraer la prosperidad económica el segundo, me los enseñó un compañero mexicano de la facultad a quien, tras aquellos años de vino, rosas y reivindicaciones políticas, no volví a ver en mi vida—; y, por último y por primera vez en más de una década de desencanto y escepticismo forzosos, tenía las doce uvas de rigor preparadas frente a mí.

La tradición —al menos la que siempre se había seguido en mi casa en tiempos de mayor dicha— insta a pedir un deseo al morder la última uva. Y yo, que puedo haber sido un incrédulo pero nunca un inconsecuente, creo que las tradiciones que uno decide cumplir, por mucho que desafíen a la fría y exacta lógica, deben ejecutarse de un modo perfecto, al pie de la letra, sin permitir que ningún cabo suelto pueda llevarle a uno a culpar de sus desgracias futuras a su desidia o a su torpeza presentes. Mi problema en aquella ocasión, sin embargo, no fue tanto la dejadez como la indecisión: cuando me quise dar cuenta, restaba menos de un minuto para medianoche y yo todavía no tenía claro qué deseo quería formular.

El carillón comenzó a descender con su particular cadencia, casi magnética, y yo empecé a repasar, una por una —tampoco es que fuesen tantas—, todas las cosas que pensaba entonces que merecería la pena

conservar en una hipotética existencia futura no muy lejana. Algo en aquella madeja de pensamientos deshilachados me llevó a recordar, entonces, la ley de Lavoisier. Pareciera que hubiese permanecido latente hasta encontrar el momento preciso para manifestarse, enterrada bajo las toneladas de conocimientos vacuos adquiridos con posterioridad a mis años de bachiller. *La materia ni se crea ni se destruye, solo se transforma.* Razoné entonces que, de manera análoga a lo que sucedía con los cuerpos, cabía la posibilidad de que tampoco los momentos vitales tendiesen a la conservación sino a una permanente situación de cambio, como ya venían anticipando, desde tiempos lejanos a los míos, personalidades tan notables como Heráclito o Mercedes Sosa. Así fue como decidí cambiar mi deseo de conservar las pocas cosas favorables que jalonaban mi vida por otro, más ambicioso pero quizás incluso más realizable debido a la inercia y la estabilidad implícitas en toda metamorfosis, que tratase de transformar algún aspecto de mi realidad en algo más soportable.

El primer cuarto me pilló a pie cambiado, cavilando sobre cómo podría corresponder a Joaquín por todo lo que había hecho y seguía haciendo por mí.

El segundo retumbó en una cabeza llena de miedos que portaban el rostro de mi madre, y me tentó la idea de poder frenar el curso natural de la evolución de sus rarezas antes de que se convirtiesen en algo más que simples manías de vieja.

Cuando oí el tercero pensé, sin embargo, que quizás debería escuchar con más atención sus consejos, sabios y oportunos, como aquel que me dio, sin habérselo pedido, durante la cena de Nochebuena; y me prometí a mí mismo que al día siguiente le enviaría un ramo de rosas a Natalia.

El sonido del último me llevó de viaje por el tiempo y el espacio, y me proyecté a mí mismo acomodado en una ciudad desconocida, sin responsabilidades ni problemas y en la más completa soledad.

Primera campanada. Un padre.

Segunda. Calamares a la romana.

Tercera. La juventud.

Cuarta. Susana desnuda.

Quinta. El otoño en Madrid.

Sexta. Mi madre sana.

Séptima. Mi madre muerta.

Octava. Joaquín.

Novena. La Tercera República.

Décima. Dinero.

Undécima. Mucho dinero.

Duodécima. Nada.

Aún tenía los párpados cerrados. Lo último que vi, antes de despertar de aquella suerte de letargo, en cierto modo litúrgico, fue una media sonrisa esculpida a golpe de cincel sobre los rasgos agudos de Natalia. Al abrir los ojos y percatarme de que las uvas seguían intactas sobre mi plato, proferí un grito de pura impotencia, y me maldije a mí mismo una y otra vez por haber salido tan capullo.

09.07 A. M.

Me cago en sus muertos. De verdad, me cago en todos sus muertos. Pero ¿quién se ha creído este que es para despertarte a estas horas de la mañana? Que sí, niña, que ya sé que por lo menos te ha mandado un ramo de flores y no una factura. Solo jodería, también te digo. Vale que ha sido un detalle, chica, pero tampoco me parece normal que el *pringao* este, que no te conoce de nada, Nati, de nada, te haya mandado un mensajero el primer día del año a las nueve de la mañana. ¿No es un poco rarito? Y además, qué quieres que te diga, rica, pero a mí un tipo que no es capaz de discurrir él solito que el 1 de enero todo dios está fuera de juego... En fin, qué coñazo esto de tener el sueño ligero, mona, ahora a ver quién es la guapa que se duerme con esta resaca.

Y por si fuera poco, te despiertas después de un pedal de campeonato, porque, nena, tú es que eres muy bruta, ayer te pasaste con la ginebra y hoy es que no te acuerdas de nada, monada, pero bueno, a lo que íbamos, que abres los ojos y la Loli no está. Y qué le voy a hacer, querida, yo no me fío, pero vamos, ni un pelo me fío de esa. ¡Que es muy puta, Natalia, niña, que parece que ni siquiera te enteras de lo pelandrusca que es la pieza que duerme contigo! Fijo, pero fijo, que se ha enrollado con otra. O lo que ya sería el colmo, reina, porque sería el colmo, con otro. ¿Te imaginas? Ah, no, eso sí que no. Por ahí no pases, ¿eh, Nati? Eso no se lo perdones, que si no esa se te sube a las barbas que ya no tienes, y a ti nadie tiene por qué tomarte por tonta, ¿me entiendes? Pues eso.

El puto mensajero ese, joder, que parecía que venía de resaca él también, el pobre, seguro que le han puesto a currar de reenganche y que no ha dormido. ¿No has visto la carita que traía cuando le abriste la puerta? Eso sí, chica, en cuanto te vio se le abrieron los ojos como platos. Vamos, es que está claro, guapa, un pibón como tú no se ve todos los días... En fin, niña, tampoco seas cruel con el pobre chaval, él solo estaba haciendo su trabajo, y bastante tenía con lo suyo. La culpa es del imbécil de Federico, de verdad, mona, es que a quien se lo cuentas... Vamos, para mear y no echar gota, vaya.

Aunque, chica, qué quieres que te diga, yo como te digo una cosa te digo la otra: el muchacho ha sido un poco inoportuno, sí, es verdad, pero se ha marcado un detallazo. ¡Qué rosas, hija mía, qué grandes que son! Y el olor que dan, rica, que te digo yo que esas flores tan hermosas las ha tenido que

encargar por lo menos en Alfabia, la floristería esa tan cara que hay en Chamberí. ¿Y la nota? ¿Qué me dices de la nota, mona? Sin versitos ni mariconadas. *Todo marcha según lo acordado. Sin novedades. F.* Sí, señor. Un verdadero profesional. Ay, niña, tienes razón, puede que te hayas equivocado siendo tan dura con él. Pero es que me vas a reconocer, querida, que al principio parecía un poco justito. Y puede que lo sea, pero al César lo que es del César: el hombre se esfuerza, eso es evidente, y hoy en día esa virtud ya no es tan fácil de encontrar, chica, qué quieres que te diga. Además, Natalia, reina mía, le tienes comiendo de tu mano, y eso se ve en lo leal y eficiente que es, churri, eso es así: cada semana te llama para informarte, aunque también es verdad que nunca tiene nada que contar, el muy patán. Bueno, nena, qué le vamos a hacer, mejor que el chico vaya lento pero seguro y que tu padre no lo descubra... Por ahora no la ha cagado, bonita, no como tú, que lo has estropeado todo un millón y medio de veces a lo largo de tu vida. Así que, si me haces el favor, trata de concederle al menos el beneficio de la duda, coño, que te pones muy borde y el chico se lo está currando un montón. Y, por si fuera poco, barato. ¡Vamos, que casi gratis! Cualquier fisgón profesional te hubiera levantado un riñón por este trabajito, y este pobre diablo se conforma con una propina, tía, porque ese talón que le diste en el garito aquel no era más que un aguinaldo en comparación con lo que se suele cobrar por estas cosas.

En fin, Nati, rica, ya sé que te da pena el muchacho, pero si fueras lista, si no tuvieras averiado el sentido de la compasión como lo tienes, de quien de verdad deberías apiadarte es de su madre. Sí, ya sé que desde el día que la conociste en su casa la has visto unas cuantas veces más, y madre mía, mona, menuda vida de mierda que ha llevado la pobre mujer. Y además de todas sus desgracias, y con lo buena persona que es, porque esa señora otra cosa no, pero es muy buena gente, le sale un hijo medio tonto. Que sí, guapa, ya sé que a lo mejor el Fede no se merece que digas estas cosas tan crueles sobre él, pero es que, hija, es lo que hay, también hay que saber con quién se trata, y Federico listo, lo que se dice listo, nunca ha sido, nena, qué le vamos a hacer. En fin, lo que te decía, bonita, que no puedo evitar que su madre me recuerde un poco a ti. Sí, ya sé que suena cursi, pero piénsalo: dos generaciones unidas, dos mujeres fuertes que afrontan su destino con valor y tesón. Hollywood pagaría pasta por algo así, reina, te lo digo yo, que de dramas sé un rato largo.

Pero ahora que lo pienso, Nati, cariño, ¿me puedes explicar cómo coño ha averiguado el panoli ese la dirección de tu casa? Ya, ya sé que a él no le has traído nunca aquí, solo faltaba que lo hubieras hecho, también te lo digo, pero

ahora que lo pienso, tampoco ha estado en el piso su madre, y por descontado tu padre tampoco, solo jodería. ¿Quién narices se lo habrá dicho entonces? Joder, no hay quien lo entienda. Quizás no es tan idiota como parece, puede que no, puede que tengas razón cuando dices que te has pasado un huevo con él. Y no lo digo por las flores, ¿eh? Que conste en acta. Que tú no necesitas la limosna de nadie para sentirte completa, eso tienes que tenerlo muy clarito, y menos de un tío, y menos aún de un tío tan patético como Fede, coño, nena, un poquito de dignidad, ¿no? Aunque la verdad, Natalia, querida, también tienes que reconocerme que como tengas que esperar a que te las regale la Loli es posible que antes se deshielen el Polo Sur, el Polo Norte y la puta madre que los parió a todos.

XIX

A decir verdad, lo extraño es que no hubiera sucedido antes. Si bien es cierto que mi historial amoroso y sexual nunca fue muy extenso —y mucho menos después de terminar mi etapa universitaria—, tampoco lo había sido hasta entonces mi vida social, así que no era descabellado prever que, al reavivarse esta, aquel tendería también a ampliarse e intensificarse con nuevas conquistas románticas. Sin embargo —y dejando aparte un puñado de experiencias sórdidas en el número 27 de la calle San Bernardo, con Susana involucrada en la mayor parte de ellas—, esto todavía no había sucedido, y, aunque nunca me habían incomodado las épocas de sequía, habría sido un despropósito por mi parte negar la existencia de tal posibilidad.

El día de Reyes amaneció soleado y, si he de ser honesto, aún hoy no sé si el factor meteorológico fue decisivo. El caso es que, sin haberlo previsto, me vi a mí mismo retomando una de las muchas costumbres de tiempos pasados que había ido perdiendo por el camino. De niño, por cuestiones totalmente ajenas a la corrección de mi comportamiento, nunca tuve muchos regalos por Navidad, por lo que en la mañana del 6 de enero acostumbraba a caminar hasta el parque del Retiro para admirar los juguetes, caros y relucientes, de los mocosos que habían tenido la ventura de haber venido al mundo con un pan debajo del brazo. Yo, que además de mísero era rencoroso, me moría de envidia cada año. Algunas veces, cuando se me presentaba la ocasión, trataba de sisar un balón que hubiera salido disparado demasiado lejos de su legítimo dueño, o tomaba prestada alguna bicicleta que hubiese permanecido fuera del alcance visual de las faldas de su propietaria durante un tiempo prudencial, el suficiente para poder presuponer sin remordimientos que había dejado de interesarle. Cuando no veía clara la oportunidad, o en aquellos años —que también los hubo— en los que yo no estaba tan predispuesto hacia el hurto, me limitaba a poner zancadillas a las niñas que llevasen el vestido de los domingos demasiado pulcro y a pegar puñetazos a los niños que ya apuntasen maneras de aristócratas. De adolescente fui, como habrán adivinado, un chaval un tanto problemático, y aunque seguí acudiendo a mi cita anual con la casta noble de la capital, ya no lo hacía por los bienes materiales sino por las vistas: me entregaba al onanismo entre los arbustos mientras trataba de colar la mirada bajo las minifaldas ochenteras que poblaban el parque. A los diecisiete, con las primeras pulsiones carnales ya bajo control, caí de lleno en

las garras de los libros: descubrí el nihilismo, la poesía maldita, el arte contemporáneo y las novelas de Marsé. En el fondo, y por muchas pretensiones intelectuales que tuviera, yo no era más que una suerte de Pijoaparte descafeinado y sin gracia, y fui capaz de encontrar cierto deleite al reconocer lo mejor de mí en palabras ajenas. Tras mi paso por la universidad todo comenzó a ir peor, y aunque el abandono de mis viejos hábitos fue paulatino, este fue uno de los primeros que, por pereza o por resentimiento, fui dejando de lado.

Sin embargo, en los últimos meses la vida parecía haberme conducido por senderos más agradables, y de pronto, sin haberlo planeado, de nuevo me encontraba allí: el estanque seguía tan sucio y verdoso como en mi recuerdo, los patos aprovechaban el poco espacio que las barcas plagadas de enamorados les dejaban para nadar y, al fondo, el monumento dedicado a Alfonso XII continuaba vigilando a la ingente manada de criaturas que se empeñaba en atropellar palomas con sus flamantes vehículos sin motorizar. Mientras observaba cómo los chavales se destrozaban las rodillas, me dio por cuestionarme si algún día tendría la fortuna o la desgracia de ser padre de familia. Para ser completamente sincero, es justo que reconozca que nunca, hasta ese momento, había llegado a plantearme en serio una posible paternidad futura. No es menos cierto que mi situación nunca había invitado a ello —ni la riqueza ni las mujeres se multiplican por mucho que uno las proyecte en sus pensamientos—, pero entonces, y a pesar de que podía parecer que la balanza empezaba a inclinarse a mi favor, la idea de transmitir mi material genético a una nueva generación de chiquillos raquíticos y desgarrados me produjo vértigo. No sé si por falta de práctica o de imaginación, recordar la realidad desestructurada de mi propio núcleo familiar —una madre deprimida por culpa del abandono de un padre alcohólico— me superó, y tardé un rato en borrarle de la boca el sabor de ese trago amargo que me llevó de cabeza, una vez más, a lo más ruin de mi infancia.

Creo que fue la incompreensión de lo horrible que también podía llegar a ser un amor sólido y correspondido lo que me hizo invalidar, sin pretenderlo, aquello que decía Tolstói de que cada familia infeliz lo es a su manera. La inclinación de Natalia por el sexo femenino dificultaba, sin duda, la posibilidad de enamorar a quien entonces me robaba el sueño, pero mis antecedentes tampoco avalaban una especial pericia en el arte de la seducción. Y no era cuestión de que yo hubiera sido, durante mi corta trayectoria en los asuntos del querer, muy sibarita a la hora de escoger pareja: desde muy joven

me acostumbré a que todas las damas me pareciesen hermosas —hoy en día aún conservo esta habilidad—, y de siempre he procurado preferir a aquellas (pocas) que también me prefiriesen a mí.

Estoy bastante seguro de que, si me hubiera lanzado una mínima señal, por ella habría podido abandonar el nido y construir uno para ambos, con mis propias manos de haber sido necesario. Natalia había sacado a la luz facetas de mí que ni yo conocía y que no estaba seguro de que me agradasen —¿dónde se había visto a un hombre decente amenazando a un taxista tres palmos más alto que él, aunque sin duda más cobarde, para conseguir la dirección de una muchacha?—, pero ella ni siquiera se dignaba contestar mis misivas con unas migajas de indulgencia. Aun así, su sola evocación me hizo creer por un instante que, si ella me lo pidiese, sería capaz de prolongar mi periodo de frustración amorosa y frugalidad sexual hasta que, de una vez por todas, tuviese a bien fijarse en mí.

Si mis palabras hubieran poseído una existencia física tangible —tuviese esta el aspecto, el sabor y el olor que cada uno tenga a bien conferirle—, me las habría tenido que tragar una detrás de otra. Ella era mucho más joven que yo, y entre sus rizos podría haberse sostenido, sin caerse ni derramarse, una cuchara llena de café. Me miró desde abajo —porque era minúscula y calzaba unas zapatillas de tela planas—, y pude fijarme en cómo sus ojos azules complementaban el tono pelirrojo oscuro de sus tirabuzones. Iba sola, pero no parecía perdida, y para cuando se plantó frente a mí y me habló con la confianza propia de quien tiene la sartén por el mango, hacía un rato que yo había empezado a creer de nuevo en los milagros.

—Loli.

—Eh... Fede —ella sonrió.

—Tengo novia, pero no es nada serio. No te importa, ¿no?

Antes de que me diera tiempo a contestar, se puso de puntillas y me mordió el labio inferior. De esa mañana, e incluso de esa tarde, no recuerdo nada más.

QUINTA SECUENCIA De cómo algo parecido al amor cambió a Federico, y de lo poco que a Natalia pareció importarle

*Hoy la belleza amaneció impura
como amanece cada mañana
impuro este cuerpo.
Será que las cosas tienen sentido
cuando las miras tú
y las transparentas.*

DIMAS PRYCHYSLYY,
La transparencia de las cosas

*Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir
una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro,
los he visto. Como si se pudiera elegir en el amor,
como si no fuera un rayo que te parte los huesos
y te deja estaqueado en la mitad del patio.
Vos dirás que la eligen porque-la-aman,
yo creo que es al vesre. A Beatriz no se la elige,
a Julieta no se la elige. Vos no elegís la lluvia
que te va a calar hasta los huesos cuando salís
de un concierto.*

JULIO CORTÁZAR,
Rayuela

XX

Loli lo puso todo patas arriba. Cambió mis hábitos, moldeó mi carácter e incluso fue capaz de anular, a ratos, mi tendencia natural hacia el escepticismo. De pronto mi existencia había adquirido un sentido, un propósito, por intrascendental y pueril que este pudiera llegar a ser: ella estaba ahí, y yo debía ingeniármelas para que no se fuera. No negaré que, al principio, me resultó un tanto extraño —por poco frecuente— que una desconocida harto atractiva me hubiera abordado, de un modo tan directo, con fines romántico-sexuales; y lo más sorprendente fue que, además de interesarse por un pobre diablo como yo, tras este hecho no hubiese ningún interés económico oculto. A lo largo de un enero radiante y parte de un febrero lluvioso, Loli y yo pasamos más horas juntos de las que yo había compartido jamás con una mujer —si convenimos en considerar a mi madre como un elemento ajeno a la estadística—, y fue una grata sorpresa descubrirme a mí mismo disfrutando de los paseos, las conversaciones, las caricias y demás complicidades propias de una vida en pareja. Es verdad que nuestra relación se sostenía en base a unos términos un tanto particulares —solo funcionaba a determinadas horas del día, fuera de las cuales no podíamos ser vistos juntos—, pero a mí, que en los últimos años me había acostumbrado a ser un segundo plato poco apetitoso, no me molestó en exceso la idea de que tuviese otro compromiso de afectividad. En el fondo, su romance paralelo con una mujer sin rostro me resultaba provocador, casi excitante; y aportaba a nuestro idilio todo lo que de furtivo y apasionado tienen los amoríos prohibidos. Su novia no creía en el amor libre, pero Loli sí. Para ser honestos, su concepto del mismo era bastante singular, pero yo, por miedo a perderla, me abstuve de verbalizar algo que, por otra parte, habría resultado obvio para cualquiera con cierto sentido de la ética y del decoro: la delgada línea que separa una relación abierta de una infidelidad transcurre sobre el pantanoso riachuelo de la sinceridad, y Loli —que era una sinvergüenza— había decidido vadearlo en lugar de atravesarlo. En nuestras conversaciones cotidianas mostraba una facilidad pasmosa para esquivar el tema, y del mismo modo que ella nunca me acribilló a preguntas indiscretas, yo renuncié a hacer indagaciones sobre la identidad de *la otra*, como empecé a llamarla para mis adentros. A veces, aún hoy, me pregunto qué habría pasado de haber conocido la verdad entonces, qué habría hecho de haber tenido la posibilidad de

asomarme por una rendija y contemplar por un instante la vida que Loli compartía con Natalia. No lo sé. Quiero pensar que habría dejado de quedar con ella, pero lo cierto es que me cuesta imaginarme a mí mismo abandonando el placer de hundir mis dedos entre sus rizos rojos en pos de un deber que, a causa del creciente desinterés que Natalia mostraba hacia mis muestras de afecto y lealtad, cada vez resultaba más difuso, menos tangible.

Loli venía a buscarme cada mañana al portal. Teníamos un acuerdo tácito que, sin embargo, resultaba lo bastante explícito para ambos como para poder considerarse inquebrantable: ni ella quiso entrar nunca en mi casa ni, por descontado, yo fui invitado a la suya. Pasaba con el coche por delante de mi bloque y, casi sin darle tiempo a detenerse, yo me montaba en el asiento de copiloto. Saltaba a la vista que le encantaba conducir. A veces, cuando el tiempo acompañaba y un simple jersey de punto era capaz de garantizar el bienestar en la calle, dejaba el coche en algún aparcamiento del distrito centro y dábamos vueltas a pie por los alrededores. Así fue como las flores de Tirso de Molina, los predicadores de la Puerta del Sol o los perroflautas del Dosde perdieron el estatus de imagen mítica en mi memoria, y la ciudad volvió a adquirir el color que aún le atribuía en mis recuerdos, almacenados durante la época en la que todavía podía afirmar que vivía en Madrid y no recluso en un bajo de cuarenta metros cuadrados. Si la lluvia o el frío hacían que pasear fuera menos agradable, en Antón Martín seguía habiendo tantos bares como para poder sentarse en uno diferente cada día durante varios meses. Loli se tomaba un café solo con sacarina en cada local, y parecía encantada de pagarme tres o cuatro desayunos a lo largo de una mañana. A cambio, no pretendía de mí más que mi compañía y mi ardiente tendencia hacia la crítica culinaria. Luego, los días que había suerte —esto sucedía, a decir verdad, casi siempre—, volvíamos a coger el coche y ella conducía hasta la Casa de Campo, donde enterrábamos la parte trasera del auto entre los matorrales y nos entregábamos a nuestra inevitable condición de seres carnales.

Sin embargo, lo que ella más disfrutaba era recorrer la que, con el tiempo, di en nombrar como ruta de los locutorios. Solía escudarse en una mal simulada pasión por su trabajo para justificar su fascinación por el barrio de Lavapiés —Loli había estudiado arquitectura, y desempeñaba su labor profesional como urbanista en un despacho internacional—, y hablaba sin cesar sobre la vibrante mezcla de usos en sus calles, el carácter multicultural, mestizo y obrero que lo caracteriza y el indudable interés del proceso de revitalización urbana que estaba experimentando a través de la rehabilitación paulatina de sus corralas; pero, en el fondo, todo este discurso no era más que

un pretexto para enmascarar su querencia por los cibercafés, los establecimientos de envío de dinero al extranjero, los bazares de aparatos electrónicos de segunda mano y las tiendas de alimentación, sobre todo aquellas regentadas por ciudadanos chinos y pakistaníes en situación de fraude de ley. La atracción que sentía por aquellos santuarios del estraperlo y la cutrez era tal que, a pesar de sus reticencias morales de partida, apenas hacía ya esfuerzos por no asomarse al *horror vacui* que se destilaba de aquellas acumulaciones insensatas de cachivaches, avíos de tareas diversas, muebles y herramientas. En realidad, y dadas las dudosas cualidades de una de las personas con las que más se relacionaba —yo—, su especial receptividad para todo aquello sospechoso de resultar sórdido, decadente o descuidado no debería haberme asombrado; y a pesar de que aquello militaba en la trinchera de lo enfermizo, no habría sabido determinar si me incomodaba más que me divertía o viceversa. En una ocasión, me dejó plantado en la puerta de una de las paradas fijas de nuestro recorrido, un comercio que reparaba terminales móviles de más de una década de antigüedad.

—Espérame aquí.

Tardó quince minutos en salir y, cuando lo hizo, traía entre las manos un móvil idéntico al único que había tenido en mi vida, con las teclas naranjas retroiluminadas y un cargador tan grande como el propio teléfono, cuyo tamaño ya evidenciaba que, como mínimo, había estado de moda quince años atrás.

—Le he metido una tarjeta de esas de prepago, de las de usar y tirar, con veinte euros. Mientras no los gastes, por lo menos podré llamarte. Estoy hasta el coño de esperarte en la puerta cagada de frío. Bueno, ¿qué? ¿Lo coges o no?

Y lo cogí, porque, pese a todas mis reticencias con respecto a las nuevas tecnologías y a la pérdida de libertad que implica estar comunicado las veinticuatro horas del día, hasta un imbécil como yo sabe que los regalos de una amante no se deben rechazar.

XXI

—Macho, estoy bloqueado, necesito que me eches un cable. ¿Podemos vernos esta tarde?

—Claro, ya sabes que después de comer siempre estoy libre. ¿Ha pasado algo?

—Cojonudo, pues nos vemos a las tres en la puerta del Corte Inglés de Argüelles.

Joaquín me colgó sin contestar a mi pregunta, aunque, para ser del todo honesto, a esas alturas ya había dejado de esperar extensas explicaciones de sus problemas por vía telefónica. Me había llamado al móvil —aparte de Loli, era el único a quien le había dado el número—, por lo que ella, que estaba sentada frente a mí dándole vueltas a un café demasiado cargado, dedujo con éxito, como tantas veces a lo largo de aquellas semanas, quién había estado hasta un segundo antes al otro lado de la línea.

—¿Ya te está llamando otra vez el amigo raro ese que tienes? ¿Qué coño quiere ahora?

—Es una cuestión laboral, Loli, ya te lo he explicado mil veces. Tengo que estar a las tres en Princesa.

—Que sí, pesado, ya sé que la única con una relación homoerótica paralela aquí soy yo. —Desde hacía algunos días, Loli se permitía a sí misma bromear conmigo sobre ese asunto, y yo no sabía si tomármelo como un signo de confianza o como un método innovador para determinar los límites de la comedia—. Va, termínate eso y te acerco con el coche.

Cuando llegamos, el señor Mendoza ya me estaba aguardando, y yo, que en aquellos meses me había acostumbrado a detectar a primera vista los discretos pero existentes signos de su estatus social, enseguida vislumbré un BMW con las lunas oscuras donde, sin duda, un chófer le estaría esperando todo el tiempo que fuese necesario. Entonces no supe a ciencia cierta si Loli lo había reconocido, ni siquiera si se había fijado en él, pero una despedida más fría de lo habitual me dio a entender que, aunque hubiera decidido acatar la consabida ley de la prudencia que guiaba nuestra relación y no hubiera verbalizado ningún comentario, la presencia de Joaquín en la acera no la pilló por sorpresa. Cuando al fin se hubo alejado lo suficiente como para no ser yo capaz de descifrar su matrícula, me dispuse a cruzar la calle Princesa y saludé al señor Mendoza con un ademán desde el paso de cebra.

—¿Qué tal, Fede, chaval? Gracias por venir, chico, de verdad, es que estoy muy perdido.

—Faltaría más, tío. Para eso estamos los amigos. Ya me dirás qué pasa, que me tienes en ascuas.

—En ascuas, en ascuas..., qué raro que hablas, macho. En fin, ¿la que te ha traído era tu gachí?

—Sí, estábamos juntos cuando me llamaste e insistió en acercarme con el coche.

—Pues desde aquí parecía un pibón, chaval, pero que muy guapa, aunque no he podido verla bien. Me recuerda a alguien, chico, pero no caigo.

—Gracias.

—De nada, hombre. Lo que es, es. ¿O no? Es que desde que te vistes como Dios manda pareces otro, joder, así es normal que las chavalas se te acerquen.

—Ya.

—Bueno, en fin, vamos a dejarnos de mariconadas y al lío. Te he llamado porque no tengo ni idea de qué cojones le voy a regalar a mi contraria por San Valentín.

—¿Tu contraria?

—Contraria, parienta, novia, llámala como quieras. Que me tiene descolocado chico, yo es que con esta mujer ya no sé cómo acertar.

—Yo qué sé, Joaquín, será distinta a las demás pero no deja de ser una piba. ¿Por qué no le compras un anillo o unos pendientes y te quitas de problemas?

—Tres reglas: nada de joyas, nada de viajes y nada de excesos. Me ha dicho que suficiente regalo ha sido que haya untado a los *paparazzis* de las revistas y televisiones más importantes del país.

—¿Cómo?

—Sí, es que les he soltado una propina generosa para que no la sacaran ni en la prensa ni en los programas del corazón. Ya sabes cómo es. El caso es que me ha prohibido comprarle algo caro, y yo qué quieres que te diga, chico, pero hay ciertos rangos de precios en los que no me sé manejar. ¿Tú qué le vas a regalar a la tuya?

Ni se me había pasado por la cabeza que el día de los enamorados estaba a la vuelta de la esquina. Pensé en mi amorío con Loli, medio furtivo y medio formal, y me pregunté si algún gurú de la autoayuda, de esos a quienes mi madre lee con devoción, habría diseñado un protocolo social predeterminado que pudiese acatar a pies juntillas en una situación como esta. A mi escasa

soltura para manejarme con dignidad por los entresijos de un romance se le sumaba, en esta ocasión, el hecho de que lo nuestro en ningún caso se podía catalogar como un noviazgo al uso. La primera idea que se me ocurrió para solucionar mi dilema fue preguntarle a Joaquín qué haría él, pero dado que ni yo contaba con sus posibilidades económicas ni él, por lo visto, con una enorme pericia para maniobrar por terrenos embarrados —no había más que fijarse en el pésimo consejero marital que se había buscado—, lo descarté de inmediato. A pesar de todo, si algo había aprendido del señor Mendoza en aquellos meses era que la prodigalidad en los pequeños detalles —en virtud, claro está, de la capacidad pecuniaria de cada quien— siempre suma. Saqué un bolígrafo BIC del bolsillo de mi americana y, tratando de que Joaquín no me viese, me dibujé una X en la mano, un símbolo cualquiera que me recordase más tarde que debía llamar a la floristería y encargarme un ramo como el que le había enviado a Natalia por Navidad. La evocación de aquellas fechas me llevó a pensar de nuevo en ella, en sus facciones de dios griego y en su cuerpo de diosa romana, pero también en su falta de delicadeza y en los malos modos que empleaba cada vez que se dirigía a mí. Me habría engañado a mí mismo si no hubiera reconocido, entonces, lo mucho que me había dolido que ni siquiera se hubiera dignado contestar a mis flores con unas simples palabras de agradecimiento. Cualquier cosa habría sido suficiente. Es verdad que seguía hablando con ella cada semana, por teléfono, para dar parte de mis avances con respecto a su padre, que, por otra parte, nunca eran demasiado relevantes; y, aunque ella nunca hizo ningún comentario sobre aquel ramalazo de sensiblería por mi parte, yo notaba que, desde aquel día de Año Nuevo, su tono se había vuelto más amable, y parecía importarle menos desperdiciar unos minutos de su tiempo en charlar conmigo. Pensé también en lo mucho que hacía que no nos veíamos —desde aquella atropellada cita en el Museo del Prado no nos habíamos vuelto a encontrar en persona— y me dije que antes de que acabase el día, sin excusas que valiesen, la llamaría desde mi recién estrenado móvil personal para invitarla a salir alguna noche.

—No lo sé, Joaquín, aún no lo he pensado. Probablemente, unas flores.

—Joder, chaval, claro. No sé cómo no se me había ocurrido antes. ¡Eres un genio! Ya está. Encargo un ramo de rosas en Alfabia y reservo una mesa en el restaurante de Chicote, el que está cerca del Metrópolis. Es medio japonés, y a ella todo ese rollo le encanta. Además, con eso de que el tipo sale por la tele, voy a quedar como un marqués. Bueno, ya no se nos ha perdido nada por aquí. Déjame que te invite a un copazo, anda, que te lo has ganado.

XXII

La víspera de San Valentín, como cada mañana, Loli pasó a recogerme por mi barrio, y por petición mía, que había quedado en acercarme por la floristería, dejamos el coche en un aparcamiento del distrito de Chamberí. Si se emocionó por el detalle que tuve con ella, desde luego, no lo exteriorizó; y por toda respuesta al delicado ramo que había encargado el día anterior —y que, temiendo lo que sucedería a continuación, le entregué veinticuatro horas antes de lo que la norma social establece— no obtuve más que una negativa poco elegante ante la posibilidad de vernos al día siguiente. Fue tan evidente, en su reacción, que prefería pasar una jornada romántica con *la otra* antes que conmigo, que aunque tenía más que asumido —y ni siquiera me importaba demasiado— quién de los dos era su pareja predilecta, una punzada de vanidad nada propia de mí me hizo desprenderme de los restos de la culpabilidad que sentía por haber llamado a Natalia. Creo estar en lo cierto al pensar que mi invitación la pilló desprevenida. Desde luego, y aunque trató de disimular su sorpresa, resultó manifiesto que no se esperaba una llamada mía desde un número que se correspondía, de un modo indefectible, con el de un teléfono móvil y no con el de una cabina. Sospecho que su desconcierto contribuyó a que accediese a verme, el 15 de febrero a medianoche, en la penumbra de la sala Clamores.

Al final, el día de los enamorados transcurrió, para mí, sin ningún sobresalto que modificase la rutina prevista, esto es: en la soledad de mi casa, en chándal; con una manta sobre los hombros, la calefacción y la luz apagadas y la televisión encendida. Joaquín había quedado, como era de esperar, con su última conquista: irían a cenar a un restaurante caro, beberían champán, una limusina negra los esperaría a la salida y los llevaría a un hotel de cinco estrellas, y todo saldría bien: todo —todo— iría como la seda, con una perfección argumental reservada solo para las carteras más privilegiadas. Mi madre, por su parte, seguía comportándose, cada vez de manera más exagerada, como una adolescente desequilibrada; con el agravante de que, además, presentaba ciertos signos inequívocos de una enajenación mental que ya empezaba a instalarse en ella de modo permanente. Sin ir más lejos, la noche anterior, cuando me contó sus intenciones para San Valentín, la había pillado en un renuncio que evidenciaba las contradicciones propias de quien

se inventa una realidad paralela más confortable y se instala a vivir en su imaginación.

—¿Te apetece que hagamos algo mañana, mamá?

—¿Que hagamos qué?

—No sé, ver una peli, salir al cine, pasear...

—Que tú no tengas un plan decente en San Valentín no significa que a tu madre le pase lo mismo. Aquí donde me ves, aún tengo mucha guerra que dar, hijo, mucha guerra...

—¡Anda ya!

—Para tu información, he quedado con alguien.

—Joder, mamá, ¿de verdad crees que en tu estado lo mejor que puedes hacer es irte por ahí tú sola todo el día? O aún peor, con cualquier degenerado que se te cruce por delante.

—¿Qué degenerado ni qué niño muerto? He quedado con mi novio, para que te enteres, imbécil, así que mira, ¿sabes qué te digo? Que no me esperes despierto.

—Pero, mamá, ¿qué novio? Razona. Que tú no tienes novio desde que papá...

—Mira, no me toques la moral hablándome ahora de tu padre. Tu padre era un cabronazo, hijo mío, un cerdo, y ya es hora, me parece a mí, vamos, ya es hora de que rehaga mi vida.

—Si a mí todo eso me parece muy bien, pero es que ese tipo del que hablas no existe. Tienes que entenderlo, solo está en tu cabeza.

—¿En mi cabeza? ¿Y quién te crees que me trae a casa todos los días?

—Mamá, este fin de semana llegaste a casa con un pedo monumental, a las tantas de la madrugada y el taxista tuvo que ayudarme a meterte en la cama. ¿A ti eso te parece normal? ¿Quién es tu amor secreto, el puto taxista?

—¿Y quién te crees que pagó el taxi?

—Yo, mamá. Lo pagué yo. Y el hombre me dijo que cuando te recogió estabas sola, medio dormida, sentada en una parada de autobuses del barrio de Salamanca.

—Mira, niño, te voy a avisar una vez y no lo voy a hacer más: deja de meterte donde no te llaman, ¿me oyes? Tú atiende a tus asuntos, que bastante tienes con lo tuyo.

Aquella mañana, al despertarme, comprobé que mi madre ya se había marchado. Recordar la conversación que había mantenido con ella la madrugada anterior me sumió en un estado de tristeza, que no tardó más de unas horas en transformarse en aburrimiento. Cuando quise percatarme, la

casa estaba casi a oscuras. Si bien no eran más que las tres y media de la tarde, la tenue luz del invierno y las rejas que cubrían nuestras ventanas se confabularon para que las sombras conquistasen la vivienda. No me importó. La temperatura también estaba por debajo del umbral de la comodidad, pero la manta que mi madre había dejado sobre el sofá evitó que tuviese que encender la calefacción. Si ya de por sí era, por su abultado coste y su abusivo sistema tarifario, un bien casi de lujo para una familia de pocos recursos, el precio de la energía no había cesado de subir a lo largo de los últimos meses, y no me quise ver en la tesitura de tener que pedirle aún más dinero al señor Mendoza para pagar las facturas del hogar. A pesar de todo, aun con las lámparas y los radiadores apagados y aun sin nadie al lado que me ayudase a calentar la habitación, no me sentí desdichado: el televisor emitía un haz de luz fulgurante que me permitió sonreír al releer un fragmento de *Sin noticias de Gurb*, todavía quedaban dos *pizzas* precocinadas en el congelador y a las cuatro y media, como un detalle de San Valentín que la televisión pública había decidido tener con todas las almas solitarias del país, Woody Allen volvió a conquistar a Diane Keaton en *La 2*.

05.11 A. M.

Ay, niña, pues qué quieres que te diga, pero tienes que reconocer que la Loli esta vez se ha portado. ¡Menudo ramo te ha traído por San Valentín, reina! Además, igualito al que te mandó Federico en Navidad, mona, ¡idéntico!, que parece tonta la Loli pero cuando quiere, cuando le interesa, chica, bien que se fija... claro, querida, que los celos son muy difíciles de llevar, y esa, en cuanto se ha sentido amenazada por otro, en cuanto ha visto que había un chulo por ahí suelto regalándote flores... ¡Zas! A marcar territorio, nena, y es que algunas bolleras también son muy alfas cuando se lo proponen, sobre todo si el que les está haciendo la competencia es un pavo. También te digo, tía, que la Loli ha estado un poco rara todo el día, como mustia, como con la cabeza en otra parte, ¿entiendes cómo te digo? Que me parece a mí que, siendo como era el día de los enamorados, o de las enamoradas en este caso, hija mía, pues además de traerte unas flores como te trajo podía haberse comportado con un poco más de alegría, cariño, que a ratos parecía que acababa de salir de un velatorio. Pero bueno, guapa, tampoco vas a pedirle peras al olmo, qué quieres que te diga: la muchacha ha cumplido, ha tenido un detalle, te ha llevado a cenar por ahí, Nati, que hacía siglos que no salíais, y hasta te ha echado un buen par de polvos, uno en el cine y otro al llegar a casa, que, bonita, no sé cómo lo ves, pero vamos, buena falta te hacían. Que no, monada, que en el fondo la Loli no es tan bicha como la quieres pintar, que tú también, perdona que te diga, rica, pero a veces eres muy exagerada. Y muy bruta. Hija, Natalia, se porta bien contigo y te adora, ¿qué más quieres? De verdad, churri, es que eres tremenda, en algunos momentos no hay quien coño te entienda.

Y luego está Fede, el muy patán, ¿no va y te llama ayer? Ay, niña, qué quieres que te diga, pero yo creo que el mamonazo tenía intenciones de pasar contigo San Valentín. ¿Tendrá valor? Pero tú, aunque lo de que te llamara desde un móvil te dejó un poco descolocada, se lo dejaste bien clarito, cariño: mañana tengo planes, si eso, si te corre mucha prisa, podríamos vernos el 15. Y vaya que si tenías planes, reina, que son las tantas de la madrugada y aquí sigues, con los ojos como platos. Total, que mañana por la noche, sin comerlo ni beberlo, tienes una cita con un tipo que no sé cómo todavía no te da miedito. Bueno, sí lo sé, Nati, chica, y es que tú a ese tirillas, si quieres, le pegas un viaje y lo mandas directo a Lima. Aun así, es verdad que es de lo

más turbio el puto Federico, pero qué le vas a hacer, mona, hace bien su trabajo, te sigue llamando puntualmente para informarte de que no tiene nada relevante que contarte, porque como te digo una cosa te digo la otra, y el chaval, rápido, lo que se dice rápido, tampoco es, guapa; pero el caso es que ahora ya sabe demasiado como para no seguir con él hasta el final. Y luego está su madre, que es un sol de mujer, y no tiene la culpa de nada. Además, si ha querido quedar después de tanto tiempo, nena, porque el muy cabrón no te lo había vuelto a proponer desde lo del Prado, quizás sea porque tenga algún tipo de información importante que no quiere darte por teléfono. No te olvides de que si algo te une a ese mentecato es *el plan*, querida, el plan y ninguna cosa más, que a veces pareces tonta y te descentras. Cabe la posibilidad de que te quiera ver por algo importante, quizás incluso grave, Natalia, a lo mejor el viejo se está muriendo y tú no te has enterado. Toca madera, hija, toca madera, pero tampoco seas peliculera, que a ti te gusta más montarte una película que a la Rita Hayworth esa, monada, qué capacidad que tienes para sacar los pies fuera del tiesto. En fin, bonita, que lo mejor que puedes hacer es guardar en la memoria del móvil, antes de que se te olvide o se te pierda por ahí, el número del panoli ese, que tú eres muy espabilada y eres consciente de que una nunca sabe para qué va a necesitar tirar de agenda en un momento determinado, rica, una nunca sabe para qué va a tener que marcar el teléfono de un idiota, no seas ingenua, hija mía, que a estas alturas ya te has enterado de cómo funciona el mundo, y te das cuenta mejor que nadie de lo útil que puede ser, en la vida de toda mujer de bandera, tener cerca a un esbirro bien entrenado.

Es lo que hay, churri, qué le vas a hacer. No te queda otra que presentarte mañana con tu cara de póquer en la sala Clamores esa, que por si fuera poco tiene fama de ser un nido de *hippies*, pero bueno, que lo propuso él, y tampoco ibas a mostrar tanto interés como para pedirle que cambiase el sitio de la cita, tía, eso sí que no: tú con la cabeza bien alta, no seas tonta, tú con ese tienes que comportarte como la pedazo de señora que eres y que él nunca podrá catar. Al menos hay un concierto, niña, que con suerte, si los que van a actuar lo hacen medio bien, te alegra la noche y te ofrece algo mejor a lo que hacer caso que el discurso del payaso de Federico. Los que tocan, por lo visto, son un grupo de tipos, casi todos ellos, hay que decirlo, reina, con nombres artísticos bastante horrorosos, pero que, según parece, están vendiendo discos y libros como roscas. Sí, sí, libros también, no me he vuelto loca, querida, resulta que son medio cantautores y medio poetas, o algo así, vamos, los típicos chavales que aprenden cuatro acordes de guitarra y escriben cuatro

rimas para ligarse a alguna chiquilla despistada y la broma se les acaba yendo de las manos. Pero estos en concreto algo deben de tener, chica, algo deben de hacer bien, porque ya te digo que están teniendo un éxito de campeonato, sobre todo entre las adolescentes, que ya se sabe que van con las hormonas revolucionadas y no saben ni a dónde apuntan, pero vamos, que también los hay que no son tan críos y solo les falta tener un póster a tamaño natural de alguno de ellos en el cabecero de su cama, hija, hay que ver cómo está la juventud y cómo está el país entero, que ya no puede una ni saber lo que es arte, lo que es cultura y lo que es puro *marketing*, nena, que va a tener razón el polaco ese que salió el otro día en el periódico con el cuento de lo líquido, que si el amor líquido, que si la sociedad líquida, que si el arte líquido, pues va a ser verdad lo que dice, Nati, cariño, que vivimos unos tiempos en los que ya no se sabe, que lo que es que sí luego resulta que no y lo que parecía que no al final es que sí, que todo es muy confuso, que la cosa está muy malita, rica, y una, que siempre fue una mujer culta y preparada, a veces ya no sabe muy bien a qué atenerse. Porque claro, luego están los de siempre, la *crema* de la intelectualidad, diciendo que estos chicos jóvenes que van de poetas y de músicos en realidad no son ni una cosa ni la otra, que no son más que un producto, y claro, guapa, resulta que aunque eso era lo que te parecía a ti también al principio, en cuanto te lo cuentan los listillos esos como que ya no te lo crees tanto, porque claro, a ver, ¿quién coño tiene la sartén por el mango, quién es el jodido mesías que dice lo que vale y lo que no? Es que a ti hay cosas que ya te huelen a podrido, churri, y qué quieres que te diga, es normal. Farsantes puede haber muchos, pero de esos, hija mía, hay en un lado y en el otro, y la envidia es muy mala, bonita, y te lo digo yo, que de esos que van de sabios y de intelectuales y que luego no son capaces de venderles un libro ni a sus madres, pues qué quieres que te diga, mona, tampoco creo que tengas que fiarte. Total, tía, tú mañana vete allí con la mejor de tus intenciones a escuchar a los muchachos, que seguro que lo hacen lo mejor que saben y con toda su buena voluntad, y si lo que tocan es o no es una mierda mejor ya lo juzgas por ti misma, que ya eres mayorcita para tener tu propio criterio, monada, sin que te lo tengan que dar masticado ni la moda de masas ni un montón de hombres viejos desde sus poltronas. Eso sí, cariño, vete pensándote lo que te vas a poner, porque tú mañana tienes que ir vestida para matar. Porque vamos, yo no sé cuáles son las armas de los cantamañanas esos que recitan gilipolleces, pero sí que sé cuáles son las tuyas, bonita, y a Federico se le tiene que quedar una cara de tonto al verte, vamos, comparable a la que ponen las pavas esas de quince años que hacen cola delante del

FNAC de Callao cuando un niñato de pelo rizado les firma un disco y les da dos besos bien pegados a la comisura de los labios.

XXIII

Tuve una noche entera y parte del día siguiente para decidirme. Al final, preferí no darle mayor importancia: Natalia había dejado claras sus intenciones para conmigo —es decir, ninguna— aquella mañana en el Prado, y su silencio con respecto al detalle que había tenido con ella en Navidad me enfurecía solo de recordarlo. Resistí como pude la tentación de comprarle un regalo que me embargó al ver un enorme ramo de rosas dispuesto con cuidado en un jarrón sobre la mesa de la sala, me vestí con la misma ropa que me habría puesto de haberme quedado en casa —un pantalón de chándal viejo, una sudadera con el logotipo de una carrera benéfica estampado en el pecho y unas zapatillas de deporte hechas jirones— y me juré que en ningún caso le pagaría su entrada. No negaré que esa retahíla de autoimposiciones surgió, en parte, de una herida sentimental que Natalia me había provocado y cuyo dolor solo mitigaría —o eso creía entonces— dándonos a entender, tanto a ella como a mí mismo, que no le concedía ninguna importancia a su presencia. Por otro lado, quise interpretar mi dejadez como un gesto de lealtad hacia Loli, quien me había rescatado —pensaba yo que sin saberlo— de la indiferencia de Natalia; y a quien le había asegurado, ante su completa impasibilidad, que el encuentro con mi jefa no tenía más razón de ser que la estrictamente laboral.

Mentiría si no reconociese lo nervioso que estaba. Habíamos quedado a las doce en la entrada de la sala Clamores, pero yo, por temor a una posible avería en el sistema de transporte público que colapsara todas las líneas de metro —escenario nada descabellado de combinarse la eficacia habitual de la EMT con la infalibilidad de la ley de Murphy—, tomé el tren en la estación de Alvarado a las diez y media. Por suerte o por desgracia, aquella noche no se produjo percance alguno, y a las once menos cuarto ya había salido por una de las bocas del metro de Bilbao. Con las prisas, no había cenado, y en el tiempo que restaba hasta la hora acordada aún me fue posible acercarme hasta la próxima plaza de Olavide y terminarme una ración de calamares a la romana que un hombre sentado en una terraza, cercano a los sesenta y tan atractivo como distraído, había dejado abandonada en pos de la ilustre tarea de corregir exámenes —según pude deducir de sus papeles, impartía la asignatura Introducción a la Arquitectura en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid—; y, acto seguido, me senté a observar durante un

rato a un bulldog francés blanco que jugaba a destrozar con los dientes una rama caída en el centro de la plaza. A pesar de todo, llegué a la Clamores con quince minutos de antelación, y pude recorrer con la mirada la incipiente fila de seguidores agolpados ante la puerta de madera que daba acceso al local, que en aquel momento todavía permanecía cerrada.

Natalia llegó cuando no quedaba más que un minuto para las doce. Lo primero que pensé al verla fue que la recordaba más guapa, pero esa impresión se fue desvaneciendo a medida que me detuve en la observación de su vestido rojo, ceñido hasta la cintura y con mucho vuelo en las faldas; sus medias oscuras, de rejilla, que le discurrían desde la cadera hasta los pies, pasando por sus piernas interminables; y calzados en aquellos, unos zapatos de tacón de aguja, también rojos, que no solo hacían juego con su ropa, sino también con su barra de labios. Mirarla era un espectáculo tal que, sin pretenderlo, los rasgos de la imagen mental de Loli, que atesoraba como oro en paño para no caer de nuevo en las redes de Natalia, se fueron difuminando hasta dejarla convertida en un rostro anónimo, idéntico al de todas las mujeres del mundo excepto al suyo. Se dirigió hacia la segunda puerta, habilitada de modo temporal como taquilla, sin siquiera saludarme; habló brevemente con alguien, a quien no alcancé a ver, que estaba en el interior de la sala; y pagó dos entradas, según supe más tarde, con derecho a consumición. Solo entonces, una vez hubo terminado de resolver lo importante, comenzó a prestarle un mínimo de atención a lo accesorio. Se acercó a mí con la seguridad de quien se sabe al mando, me tomó del brazo y echó a andar por delante de la ya larga cola que se había formado frente al bar.

—Vamos.

A lo largo de aquella maniobra, tan descarada como políticamente incorrecta, las quejas se fueron multiplicando al tiempo que avanzábamos hacia la puerta principal. Una vez en la entrada, el muchacho a quien luego pude identificar como el técnico de luces y sonido, sin duda influido por una generosa propina de Natalia, nos abrió el portón de madera, nos hizo pasar al local y cerró la puerta tras de sí, dejando fuera la indignación de aquellos que todavía aguardaban su turno. La sala esperaba con paciencia, en penumbra, a que su escenario se llenase de acordes de guitarra y voces masculinas. La única iluminación del lugar era, además de una luz ambiental casi imperceptible, la emitida por un cartel de neón rojo situado al fondo, sobre el escenario, en el que se podía leer el nombre completo del local: Clamores Jazz. Nos sentamos en una de las mesas de mármol blanco que jalonaban, formando tres hileras perfectas, el área más cercana al escenario, y, tras cinco

minutos en los que disimulamos un silencio incómodo con un mal fingido interés por la carta de cócteles, un camarero se acercó a atendernos.

—Buenas noches, ¿qué quieren tomar?

—Buenas noches, yo querría una Peineta de la Lola, por favor.

—Muy bien, ¿y para usted?

—Digamos que una Flor de Moscú.

—Estupendo, gracias, ahora mismo vuelvo.

—¿Una Flor de Moscú? Joder, macho, hasta para beber eres un rojo.

En este comentario, que supuse una broma para destensar el ambiente, vi por vez primera a Joaquín en Natalia. Aunque la escuché a ella, le oí a él, y al recordar su timbre de voz me resultó mucho más fácil reconocer a mi amigo en sus rasgos severos. El parecido era innegable y, sin embargo, hasta aquel momento yo no había sido capaz de encontrarlo. De pronto ella se volvió humana ante mis ojos, y su resplandor, aunque seguía siendo suficiente como para ponerme las cosas difíciles, dejó de cegarme como hasta entonces me había cegado: hasta el punto de no ver nada más allá de su mirada, de no oír nada más allá de sus palabras. Cuando me quise dar cuenta tenía una copa de un líquido azulado frente a mí y Natalia me miraba, sin duda a la espera de algún tipo de respuesta. Un chaval algo más joven que yo, a quien habría podido confundir con mi reflejo de no haber sido por su poblado cabello rizado, se arrancó a cantar una canción dedicada a su padre, y de pronto sentí la necesidad de salir cuanto antes de aquel antro en el que todo me recordaba lo que de inestable y frágil tenía mi situación.

—Mira, Natalia, no sé por qué te he llamado.

—¿Perdona?

—Necesitaba verte, pero ya no. Es decir, no me encuentro bien.

—¿En serio?

—No te enfades, por favor. No tenía que haberte hecho perder el tiempo. Solo quería que supieras que me estoy viendo con alguien. Ya me voy.

—¿Que te estás viendo con alguien? ¿Y tú te crees que eso me importa, pedazo de gilipollas?

—Lo siento, Natalia.

—¿Me haces venir hasta aquí para nada y ahora te quieres largar así, por las buenas?

Dejé un billete de diez sobre la mesa y me levanté. Ya entonces me percaté de que no le sentaría bien que la dejase con la palabra en la boca, pero en aquella ocasión fui yo quien precisó marcharse sin dar ninguna explicación de más.

XXIV

Aquella noche, Susana me recibió como se recibe a un náufrago: con sorpresa y sin un atisbo de acritud por el tiempo transcurrido. Una vez en la habitación, se desvistió sin prisa. Ella aún no sabía que mi naufragio tenía más que ver con una suerte de quiebro emocional que con la necesidad de aplacar mis instintos sexuales, y yo no pude apartar la mirada de los diminutos encajes que cubrían su piel hasta que un reflejo anaranjado sobre la colcha de satén me hizo recordar el color de los rizos de Loli.

—Espera, Susana.

—Y dale con lo de llamarme Susana.

—Vístete, por favor. Tengo novia.

—¿Y a mí qué me cuentas?

Era la segunda vez, en un lapso de tiempo de un par de horas, que una mujer mostraba indiferencia hacia mi situación sentimental. Lejos de molestarme, aquello me alivió: en realidad, no estaba acostumbrado a hacerme responsable de los sentimientos ajenos; y si en algún momento llegué a advertir en mí una cierta culpabilidad por haber sido poco claro con Loli, o por haberle ocultado a Natalia la existencia de la que entonces era mi pareja durante tanto tiempo, esta se dispó cuando, con aquel comentario, Susana me recordó que en toda mi vida —con excepción hecha, claro está, de mi madre— ninguna fémina había experimentado la necesidad de conocer los entresijos de mis pasiones ni de mis pesares.

—Llevabas tiempo sin pasarte por aquí. —Susana se había echado sobre los hombros una enorme chaqueta con cremallera que, supuse, algún cliente habría dejado olvidada en el cuarto, sumido todavía en un estado de conmoción.

—Ya te he dicho que ahora tengo pareja.

—Ya veo. ¿Y tu amigo? Él sí que se ha dejado ver alguna que otra vez. ¿Ya no sales con él?

—Sí, sí. Pero...

—¿Pero qué?

—Por otros sitios.

—Entiendo. Entonces has venido para que te eche las cartas.

—No seas cruel conmigo, Susana. He venido porque necesito hablar con alguien y, si te digo la verdad, no tengo a quién recurrir.

—¿Vas a pagarme?

—Claro.

—Entonces puedes aprovechar tu tiempo como te plazca. Desembucha.

Susana dio en el clavo: gracias a esa afirmación, que de algún modo vinculaba lo que sucediese entre aquellas cuatro paredes con una especie de secreto de confesión contemporáneo, me relajé y pude contarle, con la libertad de quien se siente a salvo, todos y cada uno de mis problemas con las mujeres. Cuando terminé de hablar, la cara de Susana era la de quien termina de tragarse, por enésimo domingo consecutivo, la misma historia cutre de amor recalentado por la televisión.

—Vamos, que sales con una chiquilla estupenda pero te pone otra, que por si fuera poco es la hija de tu amigo.

—No se trata de...

—Mira, Federico, hazme caso. Bueno, hazme caso si quieres, claro. Yo te digo lo que pienso, y luego ya tú sabrás. El caso es que en el tiempo que llevo aquí he visto casi de todo y, la verdad, chico, es que no eres nada original. A ver, ¿a cuántas chicas transexuales conoces?

—A una.

—Pues eso. No estás enamorado de Natalia, ¿se llama Natalia, no? Ni siquiera te gusta de verdad. Solo te has dejado seducir por lo desconocido. Aquí hay muchas chicas que odian a las compañeras trans, porque ejercen una fascinación sobre los hombres que vienen con ganas de experimentar cosas nuevas con la que, por lo general, el resto de las mortales no podemos competir.

—Pero Natalia es diferente.

—Ni Natalia ni Natalio, nunca mejor dicho. Mira, Fede, no la cagues. Tú tienes novia y ella, por lo que me cuentas, también. Por si fuera poco es la hija de tu mejor amigo. Ya vale con la tontería, ¿no? Si lo que quieres es probar cómo es eso de montártelo con una trans, te vienes al piso y te presento a mi amiga Rosario. En el fondo, esa es la función social de nuestro trabajo, ¿no? Conseguir que las parejas y las familias no se rompan por culpa de imbéciles como tú.

—Susana, joder. Las cosas no funcionan así.

—Ya, ya. Bueno, todavía te queda media hora. ¿Quieres que te lleve al cuarto en el que trabaja Rosario y ya luego ella y yo hacemos cuentas?

A pesar de que mi convencimiento sobre la sinceridad de lo que sentía — y, en la oscuridad profunda de mi presente, todavía siento a veces por Natalia

— era firme, es de justicia reconocer que no estoy especialmente orgulloso de lo que sucedió tras la maliciosa pregunta de Susana.

SEXTA SECUENCIA De cómo Joaquín se sinceró con Federico, y de cómo Federico hizo lo propio con Natalia

*En un mundo descomunal
siento mi fragilidad.
Vaya pesadilla,
corriendo con una bestia detrás.
Dime que es mentira todo,
un sueño tonto y no más.
Me da miedo la enormidad,
donde nadie oye mi voz.*

ANTONIO VEGA,
Lucha de gigantes

- 1. Se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia.*
- 2. La función social de estos derechos delimitará su contenido, de acuerdo con las leyes.*
- 3. Nadie podrá ser privado de sus bienes y derechos sino por causa justificada de utilidad pública o interés social, mediante la correspondiente indemnización y de conformidad con lo dispuesto por las leyes.*

CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA DE 1978,
Artículo 33

XXV

—Bueno, macho, entonces, ¿cómo lo ves?

Desde la noche en la Clamores no había vuelto a encontrarme con Natalia y, sin embargo, las últimas semanas de conversaciones con Joaquín, que se habían ido tornando cada vez más trascendentales, me obligaban a tenerla más presente que nunca. En realidad, sobre la historia de su hijo —que yo, por otra parte, ya conocía— no me contó apenas nada. Aun así, yo sabía que tras el primer nombre de Natalia, Eduardo —apelativo que el señor Mendoza repetía con más frecuencia de la que en condiciones normales habría sido necesaria, como si al empeñarse en verbalizar una realidad pretérita pudiera concederle una prórroga de durabilidad—, se escondía una situación que, pese a su naturaleza irreversible, Joaquín no parecía dispuesto a aceptar, ni mucho menos a reconocer.

Al principio, el señor Mendoza se limitaba a fantasear con la mera posibilidad, pero esta se fue volviendo, de manera progresiva, cada vez más y más tangible. La idea adquiría densidad con cada consulta legislativa que Joaquín planteaba, aunque en un comienzo estas preguntas tuviesen más de curiosidad morbosa que de intención firme. El artículo 33 de la Constitución Española de 1978 —documento que, feliz o infelizmente, regía entonces y rige ahora, o al menos ese es el cometido que se le supone, la deriva del conjunto de los españoles como sociedad organizada— fue el que abrió, para él, la veda de la indignación. A lo largo de diez tediosos días en los que fui capaz de soportar su irritación bañándola con cerveza, Joaquín analizó en la barra del Saiz, de todas las maneras que se le ocurrieron, la pertinencia del citado artículo, que reconoce el derecho a la propiedad privada —«vale, macho, esto tiene sentido»— y a la herencia —«pero aquí, no me jodas, tío, aquí tuvieron un patinazo»—, y estipula que, salvo causa excepcional, nadie podrá ser privado de ellos. Como si hubiera sido yo quien, mano a mano con Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón y Gregorio Peces-Barba, hubiese redactado los puntos clave del anteproyecto del texto constituyente, el señor Mendoza, sin duda alterado por una ingesta de alcohol un tanto superior a la que acostumbraba a consumir, me llegó a sermonear en una ocasión, con cierta violencia verbal implícita, sobre lo malograda que, por culpa del dichoso artículo, quedaba su libertad personal para ceder su legado —

construido a base de sangre, sudor y lágrimas, aunque casi siempre hubieran sido ajenas— a quien él y solo él considerase digno de merecerlo.

Poco más tarde, sin que Joaquín hubiese tenido tiempo de atenuar su disgusto, el Código Civil irrumpió en nuestras charlas, que comenzaban a aproximarse más a las propias de una facultad de Derecho que a las que los contertulios del Saiz solían mantener entre ellos. Cuando, una tarde de principios de marzo, el padre de Natalia apareció en el bar con un par de páginas arrancadas de un manual de derecho civil y nos explicó a Javi y a mí que en ellas se detallaban todas y cada una de las posibles causas de desheredación a un descendiente, empecé a dudar de que sus intenciones se fuesen a quedar en un plano teórico. El señor Mendoza hablaba de atentados contra la vida del testador, de penas de prisión, de amenazas, de fraudes, de faltas de atención alimenticia o de situaciones de maltrato con la misma naturalidad e ilusión que mostraba ante un gol de Cristiano Ronaldo; y fue entonces, al pasar sus palabras por el tamiz de la razón y darme cuenta de que parecían las de un hombre trastornado a quien no le quedaba nada que perder, cuando me hice cargo de lo mucho que le había afectado la transformación de su adorado Eduardo.

Pese a todo, y para hacer honor a la verdad, es justo mencionar que hasta aquella mañana, en la que el sol de mediados de mes ya anticipaba una primavera a punto de llegar, no fui consciente —o no quise serlo— de hasta qué punto Joaquín iba en serio. Se acercó a la barra a una velocidad directamente proporcional a su nivel de emoción, y me tendió su teléfono móvil.

—Mira.

—¿Qué es esto?

—Lee, coño, lee.

Mientras en la pantalla refulgía una sentencia del Tribunal Supremo en la que se sentaba jurisprudencia sobre la posibilidad de desheredar del todo a un descendiente que ejerciese maltrato psicológico contra el testador, el señor Mendoza desarrolló en voz alta un plan para excluir de su testamento a Natalia —a Eduardo— cuyo grado de definición y detalle me hizo conjeturar que había sido elaborado con mimo y tiempo. Su estrategia incluía una denuncia falsa contra su hija, un informe psiquiátrico firmado por un médico amigo y un soborno suculento para solventar la más que probable aparición en escena de un perito judicial, además de una cuidada campaña publicitaria sobre el caso en todos los medios de comunicación del país que ejerciese una extraordinaria dosis de presión sobre el juez. Había previsto hasta los

contratiempos que podrían llegar a surgir con asociaciones izquierdistas y defensoras de los derechos LGTB. Cuando, tras una perorata que duró casi una hora, me preguntó mi opinión sobre el asunto, supe que la única vía que me quedaba abierta para tratar de evitar tomar partido por uno de los dos —lo que implicaría bien una traición manifiesta hacia la amistad del señor Mendoza, bien una ruptura drástica del último vínculo que aún me unía a Natalia— era jugar la difícil baza de la persuasión amistosa y la negación del conflicto.

—Pues qué quieres que te diga, Joaquín, mal, lo veo mal. ¿Cómo vas a desheredar a tu hijo? No sé qué habrá hecho para que seas tan radical. Que no deja de ser tu hijo, coño.

—Joder, Fede, macho, mira que no quería, pero al final te lo voy a tener que soltar.

XXVI

Esta vez, la voz ronca que me contó muchas cosas fue la de Joaquín. Me habló de cuánto había querido a Eduardo, su único hijo, desde el momento mismo en el que el médico de la clínica privada donde había sido traído al mundo se lo colocó en los brazos; de las dificultades que él y su exmujer tuvieron para concebirle, por causa, según le dijeron en el hospital, de la escasa movilidad de sus espermatozoides; y también de cómo los dos progenitores intuían que la llegada a la familia de un nuevo estímulo tan potente como un hijo sería, con toda probabilidad, el único modo en el que su matrimonio —ya erosionado, a pesar de su corta vida, por la infidelidad y la codicia— podría llegar a salvarse.

Los primeros coletazos de la adolescencia de Eduardo coincidieron en el tiempo con los años en los que, de pronto, la ya por entonces exitosa empresa del señor Mendoza se transformó en un imperio económico en constante expansión y con presencia en bolsa. Así las cosas, Joaquín trató de inculcarle a su retoño los mismos valores que le habían impulsado a él hacia el éxito —a saber, y en líneas generales: la bonhomía, la astucia y la capacidad de liderazgo—; las mismas virtudes que, según su percepción, eran entonces y son hoy, por su propia carta de naturaleza, talentos reservados a los varones y directamente relacionados con la reciedumbre y la virilidad.

No me lo confesó de manera explícita, pero tras sus gestos y sus palabras, teñidos de una concepción de la feminidad ya obsoleta, pude adivinar los celos que, sin duda, albergó durante el embarazo de su esposa ante la sola posibilidad de que su primogénito —y, dado el deplorable estado de su matrimonio, quizás único heredero futuro— resultase ser una mujer. Cuando Eduardo nació, pensó que sus plegarias habían sido escuchadas. Para agradecer a los cielos la fortuna que suponía la condición masculina de su hijo, comenzó por ponerle un nombre poderoso, un nombre que hubieran portado antes que él otros grandes hombres de la aristocracia y la realeza. Además, su inevitable ruptura con su mujer, que poco tiempo después del alumbramiento la llevó lejos de sí y de su primogénito, hizo que Joaquín se convirtiese en el único responsable de la calidad de su educación y la forja de su carácter. Y, a pesar de su evidente falta de puntería en las relaciones amorosas —para muestra un botón—, su hombría le llevó a proporcionarle, también, una retahíla de consejos rancios sobre cómo tratar con las mujeres

que, a la vista de las notables facilidades naturales para el arte de la conquista de las que hacía gala Eduardo, era evidente que no necesitaba. Cuando, el mismo día en que el muchacho alcanzó la mayoría de edad, Joaquín se lo llevó al número 27 de la calle San Bernardo, Natalia ya tenía una personalidad propia, todavía oculta tras los cuatro pelos mal disimulados que comenzaban a florecer en su rostro imberbe, y había tomado la decisión de empezar a dejarse ver. Reconozco que, a estas alturas, aún no he sido capaz de olvidar la conversación que el señor Mendoza y yo mantuvimos aquel día; y, para ser del todo franco, diré que sus explicaciones, disculpas, exabruptos y argumentos no me impresionaron tanto como el brillo que se adivinaba en sus ojos y que él, bajando la mirada, trató de esconder a toda costa.

—Joder, Fede, ¿tú me entiendes, verdad?

—Más o menos, pero...

—Es que yo no podía esperarme ese golpe tan bajo, joder, no podía. El chaval tenía una novia que estaba buenísima, había terminado la carrera, nada menos que una ingeniería, y en cuanto acabó... ¡zas!

—Pero Joaquín, tío, tú eres consciente de que para ella —la cara de circunstancias del señor Mendoza me hizo retroceder—, para él, para él, también tuvo que ser una putada salir del armario, ¿no?

—Pues que no hubiera salido, Fede, macho, que aún hoy no sé qué necesidad tenía de montar semejante espectáculo.

—Pero si a ti siempre te ha dado igual lo que piensen los demás. O, al menos, esa es la imagen que intentas dar.

—Pero aquello fue diferente. Siempre me ha dado igual el qué dirán porque yo no me avergüenzo de lo que hago, ¿comprendes? Nunca me ha dado reparo utilizar mi dinero para ligarme a chiquillas guapas, porque soy un hombre de verdad y además soy rico, joder, y me lo puedo permitir; igual que nunca me avergoncé de que Eduardo se hubiese ganado a pulso esa fama de mujeriego, porque eso es justo lo que somos los Mendoza. Así de simple. Pero en mi familia nunca, jamás, había habido un invertido, ni siquiera un triste maricón. Ni uno. ¿Tenía que ser mi hijo el primero, y por si fuera poco, con esa gilipollez de que es una mujer? Pues claro que eso me abochornó, joder, y me sigue abochornando cada vez que lo pienso.

—Coño, Joaquín, entiendo que en ese momento te doliese, de verdad. Pero ha pasado el tiempo y tú aún tienes una hija...

—Yo no tengo ninguna hija.

—... Con la que todavía te puedes reconciliar. Piensa que su vida tampoco ha sido fácil. No me mires así, ya sé que tú le diste todo lo que tenías

y que nunca le faltó de nada, pero no hablo de eso. Cuando su madre se fue...

—¡Acabáramos! Su madre tiene la culpa de todo. Un niño necesita crecer en un entorno normal, coño, normal, necesita tener un padre y una madre. Pero ella se piró y no se volvió a preocupar por su hijo. El resultado: un trastornado. Blanco y en botella.

—Mira, Joaquín, te guste más o te guste menos, tienes una hija. Tienes una heredera, según me cuentas muy formada y muy válida, que podría dirigir tu empresa cuando tú te jubiles. Además, está claro que la echas de menos, joder. Desde que no os habláis, no piensas en otra cosa.

—Yo no echo de menos a ninguna Natalia. Y, por supuesto, tampoco echo de menos a ninguna sabandija mangante.

—¿Cómo?

—Mira, Fede, lo que te he contado no es todo lo que hay.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que, por supuesto, no estoy orgulloso de haber criado a un bujarra, un travestido, un transexual le llaman ahora a esa mariconada, ¿no? Pues eso. Pero mira, ¿sabes qué te digo? Que creo que, con el tiempo, hasta se lo habría podido perdonar. Lo que nunca le perdonaré es que intentase robarme.

—¿De qué coño me estás hablando ahora, Joaquín?

—Cuando llevábamos unas semanas sin hablarnos y yo no era capaz de levantar cabeza, mi gestor del banco, Ginés, que además de ser mi contable es un buen colega, me llamó por teléfono para decirme que mi hijo estaba realizando unos movimientos extraños en mis cuentas. Porque era cotitular, ¿sabes? Podía operar en las cuentas de la empresa e incluso en las mías personales, porque era mi hijo y yo confiaba en él, coño, claro que confiaba en él. Cuando me quise percatar, había tratado de mover casi todo el dinero a una red de cuentas que solo estaban a su nombre. Todo, por supuesto, a mis espaldas. Si no llega a ser por Ginés, me habría dejado sin nada.

—Joder, joder. Joder.

—¿Te parece ahora que tengo suficientes motivos para desheredarlo? Y lo peor de todo es que el hijo de puta es muy listo, en eso ha salido a su madre, y se las ha arreglado para no dejar ni rastro de aquella operación. No lo puedo demostrar.

Javi y yo nos quedamos helados. Natalia se había ocupado de contarme la primera parte de la historia con pelos y señales. Por otra parte, era evidente que la amistad incondicional del camarero ya le había servido antes al señor Mendoza como pañuelo de lágrimas. Sin embargo, el imprevisto giro de la

narración hacia un terreno tan pantanoso nos pilló a ambos con el pie cambiado. Joaquín rompió a llorar y se limpió los mocos en la manga derecha de mi jersey. En realidad, tenía motivos de sobra para la indignación, y aún más para una justificada impotencia preventiva: al fin y al cabo, su palabra tendría que medirse, en un juzgado y sin pruebas, con la de una transexual un poco cabrona, pero versada en las artes de la corrección política.

XXVII

No era la primera vez que Loli me dejaba plantado a última hora. Las terrazas de la plaza de San Ildefonso estaban a rebosar de chavales con barba y chicas con tatuajes que, a sus treinta y tantos, tenían la fortuna de poder pagarse unas cañas, de vez en cuando, con lo poco que les quedaba después de pagar un alquiler abusivo cerca de Tribunal. La luz tenue de las siete de la tarde bañaba de manera uniforme las estrechas calles peatonales de Malasaña, y yo no tenía más plan, tras leer el SMS que cancelaba nuestra cita, que el de arrastrar los pies sobre los adoquines de la Corredera. Mientras echaba a andar calle abajo, recordé lo largas que se me habían hecho las últimas horas, y pensé que ya no podía retrasarlo más si quería dormir de nuevo a pierna suelta. La información que Joaquín me había proporcionado días atrás era, sin duda, más de la que Natalia me había pedido que consiguiera, y poseía un mayor nivel de detalle del que ella misma esperaba de mis servicios: no solo había averiguado que, tal y como sospechaba, a su padre le rondaba por la cabeza la idea de excluirla de su testamento, sino que también sabía el modo en el que pretendía llevar a cabo su plan. Sin embargo, y aunque poco tiempo atrás no me habrían dolido prendas en traicionar la confianza del señor Mendoza a cambio de las migajas de compasión que quisiese darme Natalia, Joaquín me había terminado de abrir los ojos con respecto a ella.

Llamarla y contárselo todo supondría, en cierto modo, claudicar. Les pido de nuevo que no malinterpreten mis palabras: como saben, en mi día a día trato de alejarme lo más posible de los restos de orgullo que aún sobreviven en mí, pero en este caso la decisión no solo modificaría mi situación económica particular, sino que afectaría de manera radical a quien, en los últimos meses, me había proporcionado de forma desinteresada sustento, abrigo y una camaradería en apariencia sincera. En esta reflexión andaba sumido cuando me percaté de que el cartel de la Corredera Baja de San Pablo había sido reemplazado por otro, de aspecto más reciente, que me anunció que acababa de entrar en la diminuta plazuela de Antonio Vega, que no era más que un breve ensanche de la acera provocado por la concurrencia del final de dos calles oblicuas. Frente a mí, un ejército de vehículos en fila india transitaba por la parte de Fuencarral habilitada para el tráfico rodado. El barullo me hizo volver sobre mis pasos y enfilear de nuevo la misma calle por la que había llegado. Sin embargo, la evocación de un concierto de Antonio

en acústico y ya en solitario, muy cerca de allí, casi quince años atrás, me trajo a la memoria un fragmento de una de sus canciones más celebradas, que habla de la dureza que supone enfrentarse a la enormidad del mundo en solitario. Eso me llevó a pensar en Natalia, en la fragilidad que definía su vida, en lo difícil que le debía de haber resultado verse rechazada por quien más la había querido cuando su aspecto todavía era masculino, y llegué a la conclusión de que, por mal que hubiera actuado con su padre, su voz también merecía ser escuchada.

Para cuando me quise dar cuenta, volvía a estar en la plaza de San Ildefonso, las terrazas seguían llenas y, aunque la luz había terminado de apagarse y yo tenía la sensación de que había pasado una eternidad, no había transcurrido ni media hora desde el inicio de mi paseo. Tras un breve y dubitativo deambular tomé la calle San Joaquín —era el camino más corto, desde donde me hallaba, para alcanzar una de las bocas del metro de Tribunal — y, aunque mis tripas habían empezado a quejarse y tenía cierta urgencia por llegar a casa, no pude evitar detenerme frente a la iluminación cálida que bañaba la calle a través de la puerta y los escaparates de una librería moderna, de esas que agradan hoy en día a los doctorandos de la facultad de Ciencias Políticas y que a mí, *a priori*, no me inspiran ninguna confianza. Leí el cartel: TIPOS INFAMES, LIBROS Y VINOS. No sé si fue por el nombre —me describía tan bien a mí mismo que me arrancó una carcajada— o por el embriagador olor a café recién filtrado, pero terminé por entrar. Contra todo pronóstico, resultó ser un lugar de lo más acogedor. Todos los muebles estaban lacados en blanco, lo que dotaba al espacio de un aspecto de neutralidad que parecía tener la capacidad de servir como refugio seguro frente al resto del mundo. Los libros destacaban sobre las mesas, e incluso alineados en las estanterías presentaban una apariencia de novedad impoluta y atemporal que invitaba a recorrer sus lomos uno por uno, siguiendo una línea imaginaria que solo se quebraba al llegar a algún tomo editado a la manera anglosajona: era en estos puntos del recorrido visual cuando se hacía necesario girar la cabeza para leer el rótulo, impreso de arriba hacia abajo. Uno de los libreros, un chico no mucho más joven que yo —con una barba desenfadada y un poblado flequillo pelirrojo, eso sí, que aniñaban notablemente su rostro—, me recomendó un libro de un escritor polaco con un nombre impronunciable que ya no recuerdo —nunca llegué a comprar el ejemplar que me puso entre las manos—, pero cuyo título me pareció delicado y repleto de matices. *En la belleza ajena* se me antojó un canto de cuatro palabras hacia todas las contradicciones que poblaban mi relación con

Natalia: recordé cuánto me satisfacía sentir que alguno de mis actos había cumplido con sus elevadas expectativas, pero también el miedo que me producía rememorar la crueldad que había demostrado en la forma en que nos había tratado tanto a mí como a su padre, y también en las consecuencias que podría llegar a tener, para mí o para alguna de las personas a las que apreciaba, un acto de desobediencia.

Me senté en una de las mesas cercanas al escaparate, al lado de una muchacha que parecía estar siendo abducida por la pantalla de su ordenador portátil, y dejé frente a mí el libro y la copa de morapio que el mismo muchacho me había recomendado. Según sus palabras, aquel vino tinto de autor, de nombre El Pícaro, ofrecía un maridaje redondo con el libro que había escogido, ya que su intenso aroma y las sensaciones afrutadas en boca le otorgaban un cuerpo y una presencia comparables a las de la obra maestra que llevaba bajo el brazo. Yo, de todo eso que me contó, no percibí apenas nada, pero la verdad es que tenía un sabor agradable y resultó muy refrescante, así que no me quejé. Mientras hojeaba el volumen, me bebí casi de un trago la primera copa, a la que en poco más de quince minutos le siguieron otras tres. Solo entonces, no sé si envalentonado por el efecto del alcohol en sangre o por la épica de una juventud en la Cracovia de posguerra, tomé la decisión. Saqué del bolsillo de atrás de mis vaqueros mi teléfono móvil y marqué el número de Natalia, que permanecía fijado en mi memoria desde el día en que mi madre lo rescató de la lavadora.

XXVIII

—¿Diga?

—¿Natalia?

—Federico, si no tienes nada que contarme será mejor que te vayas a tomar por culo.

—Pues mira, sí, esta vez tengo algo.

—Desembucha.

—A ver, Natalia... Lo primero de todo es que no quiero que te enfades ni que pierdas los nervios. ¿Dónde estás?

—En mi casa, ¿dónde coño voy a estar? Me estás poniendo histérica, dime de una vez lo que me tengas que decir.

—Tranquila. Lo primero que tienes que hacer es sentarte.

—Mira, bonito, yo no te he contratado para que me des órdenes de ningún tipo, ¿me entiendes? Así que déjate de gilipolleces y cuéntame qué cojones pasa.

—He hablado con tu padre del tema.

—¿Y?

—Bueno, más bien ha hablado él conmigo. Vamos, que me lo ha contado todo, Natalia. Tenías razón. Está pensando en excluirte del testamento.

—Joder, mierda, ¡mierda! ¿Te ha dicho algo sobre la legítima?

—Legítima incluida, Natalia. Está pensando hasta en meterse en juicios. Yo he intentado disuadirle, te lo juro, pero me ha...

—¡Valiente hijo de puta! No, si esto ya me lo olía yo, ya lo veía venir desde lejos, Federico, desde lejos, que el puto viejo ese es un cabronazo de mil pares de cojones.

—Natalia...

—Pero ese se va a enterar, vamos que si se va a enterar el muy cerdo misógino.

—¡Natalia! Por favor, escúchame. No te precipites. Está muy dolido, pero voy a tratar de hablar con él y quitarle esa idea de la cabeza.

—¿Dolido? ¿Dolido? Ahora resulta que ese imbécil se atreve a hablar de dolor, ¿no?

—Hombre, Natalia, reconocerás que lo de las cuentas corrientes tampoco estuvo bien por tu parte.

—¿Y qué iba a hacer sin un duro, eh? Dímelo tú, si eres tan listo.

—¿Trabajar, quizás?

—¡Claro! ¡Qué valor! Tú, que tienes pinta de no haber dado un palo al agua en tu puta vida, me vienes hablando a mí de trabajar.

—Oye, Natalia, no te pases, que eso no es...

—Mira, guapo, cuando me enfrenté a mi padre acababa de terminar mis estudios. Ingeniería Industrial, especialidad de Fabricación, por la Universidad Politécnica de Madrid. Media de notable, entre los diez mejores de la promoción.

—Entonces, ¿qué problema iba a haber?

—Madre mía, eres más gilipollas de lo que pensaba, ¿eh?

—Mira, Natalia, paso de...

—A ver, piensa un poco. ¿Quién manda en el mundo de la ingeniería?

—¿Que quién manda?

—¡Los hombres! Los hombres, evidentemente, los hombres. Altos, blancos, heterosexuales, de más de cincuenta años y, por supuesto, nacidos desde el principio en el cuerpo correcto. Ese es el perfil de las personas que seleccionaban para trabajar en sus empresas, entre cientos de currículos, a los candidatos más apropiados. Hoy en día todo es bastante diferente, y como aquí no hay nada de nada, todos los jóvenes, hombres y mujeres por igual, hacen las maletas y se plantan en Barajas, y a los pobres no les queda otra que irse a Alemania, o a Inglaterra, o a algún otro país lejano que les haga la vida laboral un poquito más sencilla, ¿entiendes? Pero antes las cosas no funcionaban así ni de coña, vamos. ¡Eran los años noventa! La incorrección política estaba de moda, Aznar estaba en la Moncloa y los chistes de Arévalo aún hacían gracia. ¿De verdad crees que una mujer transexual lesbiana tenía alguna posibilidad, por pequeña que fuese, de encontrar un trabajo que no tuviese nada que ver con el sórdido mundo de la noche y la prostitución? ¿Un trabajo como ingeniera? ¡Por favor! Hay que ser muy ingenuo o muy imbécil para creerse algo así.

—Joder, Natalia, vale, pero eso no justifica que...

—¿Tú qué habrías hecho en mi lugar?

—No lo sé.

—Pues yo no me arrepiento de nada. Solo de que el lameculos del contable me pillase. Tenía que haber estado más avispada en aquella maniobra, joder.

—Bueno, Natalia, pero tú misma has visto que has podido salir adelante.

—Si no hubiera sido por la Loli...

—¿La Loli?

—Sí, la Loli. Mi novia. Pero bueno, que esto no viene al caso ahora mismo. No sé por qué coño tengo que darte explicaciones de nada precisamente a ti.

—Natalia, de verdad, yo voy a tratar de hablar con Joaquín y...

—A ver, Federico, monada, ¿te acuerdas de lo que hablamos en el Prado? Que una cosa te quede bien clarita: tu papel en esta historia ha terminado. Lo demás es cosa mía. Así que, por tu propio bien te lo estoy diciendo, más te vale que te alejes de mi padre. No quiero que vuelvas a verle, ni a llamarle, ni a tener ningún tipo de contacto con él, ¿entendido?

—Pero...

—Has hecho un buen trabajo. Ya haremos cuentas. Cuando todo este lío se haya resuelto os enviaré a ti y a tu madre una buena propina. Por cierto, ¿cómo está?

—Últimamente me tiene bastante preocupado, se comporta de una manera muy rara, pero no me cambies de tema, Natalia, joder, no me hagas esto.

—Adiós, Federico. No me llames más. Ya te llamaré yo, si eso.

—¿Natalia? ¿Natalia?

Me había colgado. Dejé un billete sobre la mesa, junto al libro del polaco y la copa vacía, y me largué, antes de que mis problemas y mi orgullo se quedasen encallados en la concurrida presentación de una exitosa crónica periodística sobre el narcotráfico en Galicia.

08.07 P. M.

No, si esto ya lo sabía yo. Si es que se veía venir, reina, se veía venir desde el principio de toda la movida. Ni que no conocieras a tu padre, joder, bonita, que desde que naciste, o más bien desde que renaciste, porque aquello fue un renacimiento en toda regla, mona, hace lo que sea por amargarte la existencia. ¡Será hijo de la gran puta, el muy cabrón! Por si fuera poco querer desheredarte, quitarte lo que es tuyo por legítimo derecho, rica, porque lo que es pues es, encima va y le cuenta a Federico lo de las cuentas. ¡Y aún tendrá valor el muy mamarracho de pretender hacerle creer a alguien que es por eso y no porque odia en lo que te has convertido! Mira, Nati, no merece la pena alterarse por esto, hija mía. En el fondo ya sabías lo que iba a pasar, ¿o no esperabas desde el principio que Federico acabase por enterarse de algo así? Pues claro que lo esperabas, querida, evidentemente que lo esperabas, que para eso lo contrataste. Que sí, tía, que ya sé que no te pilla de nuevas, y que tienes la siguiente fase del *plan* más que preparada, pero me reconocerás, churri, que lo de Fede te ha tocado los ovarios. Pero hija, qué quieres, no se lo deberías tener en cuenta. Ya sabes que muy espabilado el chaval no es, chica, qué le vamos a hacer, y que tu padre es un mierdas y un manipulador también es indiscutible para cualquiera con dos dedos de frente, y está claro nena, pero cristalino, que ese cerdo va a contar lo que quiere, monada, lo que le interesa para seguir quedando como el mártir que intenta parecer. ¿Que el Fede se lo ha tragado? Pues normal, niña, normal, que se pasan el día juntos y tu padre es un encantador de serpientes, guapa, y reconoce que en eso has salido a él, ¿o ya no te acuerdas, cariño, de cómo le has tenido comiendo de tu mano todo este tiempo? Vamos, que blanco y en botella, Natalia, cuatro palabras bien dichas y el pobre hombre, porque Federico muchos aires de grandeza pero no es más que un pobre diablo, pues ha creído en su versión a pies juntillas. Natural. A ver, rica, y si tienes que decir toda la verdad, mentir, lo que se dice mentir, tu padre tampoco es que haya mentido. Lo que pasa es que, como siempre, reina, como pasa y pasará por los siglos de los siglos con las minorías silenciadas, al final son los vencedores los que escriben la Historia, hija, qué le vamos a hacer, y en esto de la lucha por la igualdad todos los derechos se han ido conquistando por asalto, nada de consenso, guapa, ¿o no escuchas al coletas en la tele? Y tú, Nati, querida, no serás militante feminista o LGTB, tú no irás con asiduidad a manifestaciones y asambleas, pero la

revolución, cariño, empieza por una misma, y a tu manera también estabas luchando por los derechos de todas cuando trataste de desamortizar por la fuerza las cuentas de tu padre, mona, que por si aún no te habías dado cuenta ese señor representa todo aquello que hace que el mundo siga siendo un lugar hostil y peligroso para nosotras. En fin, nena, que no tienes que sentirte pero ni un poco culpable por aquello, vamos, faltaría más, churri, con lo mal que ese malnacido te lo ha hecho pasar en esta vida y aún vas a tener que pedirle perdón. De eso nada, monada.

¿A qué viene esa cara de perro? Ay, tía, que sí, que ya sé que si todo sale según lo previsto es probable que no vuelvas a ver más a Federico, pero hija mía, parece mentira que estés a punto de llorar por ese imbécil. Si yo entiendo que le hayas cogido cariño, niña, es comprensible, a pesar de todo te ha tratado siempre muy bien y chica, qué quieres, a nadie le amarga un dulce, y las cosas como son, no siempre puede una presumir de tener a un hetero estúpido bebiendo los vientos por una día y noche, bonita. Pero mira, Natalia, en la vida nunca se sabe, así que tú guarda en la agenda su número por si las moscas, reina, que quizás en otro momento en el que te vayan mejor las cosas hasta puedas requerir sus servicios para algo más digno y menos desagradable, porque lo que es esta vez, rica, la verdad es que el muchacho no ha tenido un papel fácil en esto. Que sí, es normal que te dé lástima, cariño, tu padre es arrebatador cuando quiere y el chico se ha encariñado, pero hija, qué quieres que te diga, tú ya le habías advertido de que esto iba a pasar, y lo último que te faltaba ya para completar el cuadro que tienes sobre la mesa es tener que sentirte responsable de los sentimientos ajenos. Bonita, tú has tratado de evitar esta situación por todos los medios que has podido, ¿no? Pues ya está. Es lo que hay, chica, cada quien que se pelee con sus demonios, que tú bastante tienes con los tuyos propios. Además, churri, imagínate por un instante la alegría tan grande que se va a llevar la pobre madre de Fede, porque esa mujer es que es una santa de las que ya no quedan, Nati, tienes que reconocerlo, pues bueno, imagínate su emoción cuando vea el talón que les vas a enviar cuando todo esto termine. Bien generoso, nena, que se vea la clase y que se vea también que los aprecias, aunque sea a tu manera. Sobre todo a ella, tía, sobre todo a ella. Menuda mujer, niña, menuda vida tan difícil que ha tenido y la dignidad con la que ha salido adelante, ¿o no? Se le veía el otro día, cuando tomaste café con ella en el centro, ese aplomo, esa seguridad, ese temple de quien ha toreado a la tempestad con dos cojones y ha salido vivita y coleando. ¡Menuda fuerza, hija mía, menudo ejemplo! Una lástima que el chaval no haya salido a ella. Ese se parece al padre, monada, te lo digo

yo, un tipo cobarde y cretino incapaz de ver más allá de sus narices. Un botarate, querida, un botarate, qué le vamos a hacer.

Bueno, Natalia, guapa, deja de pensar en tonterías y céntrate de una vez en lo que te tienes que centrar. Ya lo sé, mona, parecía que este momento no iba a llegar nunca, pero al final ha llegado. Cariño, no te pongas nerviosa. Ya sabías que esto iba a ser difícil, nena, pero estás preparada. Has estado mentalizándote y organizándolo todo durante meses, reina, y por fin sabes que tenías razón, coño, que tu padre es un capullo y que se merece todo lo malo que le pase. Vaya que si se lo merece, rica, menudo fascista de manual está hecho el muy maricón. En fin, churri, que tú a lo tuyo, no te lo pienses dos veces y pon en marcha pero ya la segunda parte del *plan*. Que sí, Natalia, hija mía, que ya sé que una vez des la orden ya no podrás dar marcha atrás, y que la cuestión es delicada, pero precisamente ahora no te puede temblar la mano, tía, no me jodas. La decisión está tomada desde el mismo momento en el que ese misógino cabrón decidió darle puerta a su propia hija, mona, a su propia hija, sangre de su sangre, vamos, no me digas que piensas que el muy asqueroso merece compasión, porque estarías mintiéndote a ti misma y eso está muy feo, guapa. Ya sé que esta es la parte más difícil, querida, pero tú eres una mujer fuerte, vamos, una jabata, como la madre de Federico, de la misma pasta estás hecha, bonita, así que no te queda más remedio que resistir. Piensa, Nati, que cuando todo esto haya terminado, cuando todo haya salido bien, niña, porque todo saldrá bien, ya no quedará nadie que se atreva a despreciar tu verdadera identidad. Vamos, monada, hablando en plata: a ver quién es el guapo que después de esto tiene los huevos de censurarte el coño.

XXIX

La resaca que sufrí al día siguiente, causada por una ingesta demasiado precipitada de una cantidad de vino El Pícaro quizás excesiva, no fue de las que se curan con agua y paracetamol. Eran las once de la mañana cuando miré mi Casio de pulsera, que desde que vestía como un nuevo rico descansaba sobre la mesilla de noche, e hice un primer intento, fallido, de ponerme en pie y mantener el equilibrio. Permanecí sentado durante un rato, oyendo de fondo el ruido de la televisión del salón, hasta que el mareo que había sentido al incorporarme se fue disipando. Salí del dormitorio y, mientras desayunaba — un plátano pasado y dos galletas María remojadas en zumo de piña—, mi madre, hipnotizada por la caja tonta, ni siquiera se volvió para darme los buenos días. Estaba ya vestida y maquillada, como acostumbraba a hacer en los últimos tiempos nada más despertar, y seguía con la vista los movimientos del párroco al que ese domingo le había tocado en gracia sermonear a los telespectadores de La 2. Llevaba unas semanas sin salir tanto como antes y había dejado de interesarse por mi situación laboral y sentimental, lo que yo interpreté como una suerte de castigo por el roce que tuvimos el día que le eché en cara sus recién adquiridas manías y sus embustes de anciana senil. Cuando la vi así, tan indefensa, observando al sacerdote al tiempo que se retocaba un esmalte de uñas que no llegaría a lucir más que en casa, me pregunté si había hecho bien al hacerle ver sus contradicciones, y deseé que nunca me alcanzasen la locura ni la soledad.

La conversación del día anterior había incrementado de manera notable mi lista de asuntos pendientes. Por un lado estaba lo de Loli: cuando Natalia la mencionó en calidad de novia —de novia suya, por supuesto—, de pronto, todas las piezas del puzle que representaba mi vida amorosa encajaron, y sospeché que no podía ser casualidad que mi pareja, quien mantenía una relación homosexual paralela —consentida, por cierto, por mi parte, pero no por *la otra*— se llamase igual que el *affair* lésbico de la hija del señor Mendoza. Por evidente que quizás hubiera sido desde un principio, yo no lo vi venir, y aquella fue la primera vez que me percaté de que la otra, como había dado en llamarla todo aquel tiempo, era Natalia. Mentiría si no reconociese que, tras atar cabos, me quedé hecho polvo. Sin embargo, y a pesar de que la urgencia propia de los asuntos del querer me tentó, supe que debía aplazar la

resolución de este tema en favor de otro más importante: cuanto antes dijese adiós a mi insostenible relación con el señor Mendoza, mejor que mejor.

Cuando le telefoneé y le dije que tenía algo de lo que hablarle, Joaquín me contestó que él también llevaba días con ganas de contarme algo. Aunque me pareció un tanto insólito que insistiese en que nos viésemos en el Embassy de la Castellana —local que nunca había pisado, ni en su compañía ni en la de nadie—, no le otorgué demasiada importancia: a partir de aquella tarde, sus rarezas dejarían de ser algo que me incumbiese. Según sus propias palabras, era una cafetería rancia pero tranquila. Yo sabía por las historias de mi madre, pero también por mi obsoleta costumbre de rastrear la letra pequeña de todos los periódicos que caían en mis manos en busca de curiosidades que pasasen a formar parte de mi anecdotario personal, que el Embassy no era un salón de té cualquiera. Fundado casi al tiempo que se instauró la República, su situación estratégica entre las embajadas de Gran Bretaña y Alemania lo convirtió en un terreno neutral, donde la firma de pactos verbales entre diplomáticos era habitual; fue, además, un escondite para los judíos que, durante la Segunda Guerra Mundial, tuvieron que exiliarse a Portugal; y, por si fuera poco, la fama de sus emparedados y su tarta de limón trascendía, en Madrid, más que cualquiera de los secretos de Estado agazapados entre sus muros. Aunque nunca había estado allí, al ver por vez primera, en vivo y en directo, el verde botella del tapizado de los asientos y de la pintura que cubría la madera, tuve la sensación de estar entrando en casa. El señor Mendoza me esperaba, sentado en la primera de las mesas situadas en uno de los laterales, con una abultada carpeta amarilla frente a sí y una taza de café con leche sobre el mantel.

—¡Hombre, Fede, ya era hora, macho! Pensé que no venías.

—¿Cómo no iba a venir?

—Coño, es que tú siempre eres tan puntual que en cuanto te retrasas un poco me descolocas.

—Pues aquí estoy, Joaquín, como siempre.

—¿Qué quieres tomar?

—Pues...

—No te cortes, aquí tienes a esta gachí tan guapa. ¿Quieres probar la tarta de limón? Está de cojones, la verdad. Y tienes una cara de resaca de la hostia. Creo que te hace falta un café, macho. ¿Tarta y un café entonces?

—Y un emparedado de pollo.

—Ya has oído al chaval, morena. Bueno, Fede, ¿qué, estás preparado?

—¿Preparado?

—Claro, joder, que si estás preparado para la que vamos a liar este fin de semana en San Bernardo. Tengo unas ganas de juerga que para qué te voy a contar.

—En realidad, Joaquín, tengo que hablar contigo.

—Yo primero.

—¿Tú primero?

—Sí, Fede, macho, que no te enteras de nada. Ya te dije que tenía algo que contarte. ¿Ves esta carpeta?

—Sí.

—Pues dentro de ella está todo lo que tengo. No literalmente, claro, tío, que hay que explicártelo todo. Me refiero a que aquí están todos mis documentos de propiedad y los informes de mis cuentas bancarias. Todo.

—Muy bien, Joaquín, ¿y qué me quieres decir con eso?

—¿No tienes curiosidad?

—La verdad es que no mucha, qué quieres que te diga. Ya sé que estás forrado.

—Y tan forrado, macho. Siete casas, ¡siete! Ni una más ni una menos. Dos de ellas en la playa, una en la montaña y cuatro urbanas, en cuatro de las ciudades más importantes del mundo. Dos coches, bueno, más bien dos cochazos, uno descapotable y otro para el invierno. Un yate y un velero atracados en la Costa Azul. Infinidad de obras de arte. Y una cantidad tal de ceros en el banco, chaval, que marea solo de mirar los extractos. ¿Qué te parece, maricón? ¿Cómo lo ves?

—Acojonante, Joaquín, de verdad, pero no sé qué coño tiene que ver todo esto conmigo.

—Si lo quieres, es tuyo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Bueno, no ahora, evidentemente, me refiero a cuando la espiche. Mira, Fede, macho, no me mires con esa cara. Ya te he explicado la situación con mi heredero legítimo. No quiero que ese malnacido se quede nada. Y aunque esto te va a parecer una mariconada, tú eres lo más parecido a un hijo que tengo.

—Hostia, Joaquín, me has dejado de piedra. No sé qué decir.

—No tienes por qué decir nada. Tú tranquilo, que yo me encargo de todo, ¿vale? Va, no seas rancio, coño, ven aquí y dame un abrazo, que la ocasión lo merece.

—¿La ocasión?

—Hombre, aparte de que acabo de hacerte millonario, pedazo de gilipollas desagradecido, resulta que hoy también es 19 de marzo, vamos, el día del padre. Y, por lo que veo, ni un detalle me has traído. Menudo capullo estás hecho.

Joaquín se levantó y yo, aunque no me encontraba bien, hice lo propio. Creo que fue la impresión de saberme rico lo que hizo que me desplomase nada más ponerme en pie. Lo último que visualicé antes de desmayarme fue una imagen, proyectada en mi imaginación, de la cara de mi madre, desencajada a causa del impacto que le produciría el hecho de que tanto su vida como la mía estuviesen ya resueltas hasta el último de nuestros días. Después de eso, no soy capaz de acordarme de nada más.

SÉPTIMA SECUENCIA De cómo Federico trató de ocultarle a Natalia su secreto, y de cómo la Loli se terminó de sincerar

El padre era un ser terrible y magnánimo al que debía amarse después de Dios. Para Marcial era más Dios que Dios, porque sus dones eran cotidianos y tangibles. Pero prefería el Dios del cielo, porque fastidiaba menos.

ALEJO CARPENTIER,
Viaje a la semilla

*Ese tipo que va al club de golf,
si lo hubieras visto ayer,
dando gritos de «Yankie go home»,
coreando slogans de Fidel.
Hoy tiene un adoquín, en su despacho,
del muro de Berlín.*

[...]

*No habrá revolución, es el fin de la utopía,
se suicidó la ideología.
Y uno no sabe si reír o si llorar
viendo a Trotsky en Wall Street fumar
la pipa de la paz.*

JOAQUÍN SABINA,
El muro de Berlín

XXX

No sé si los preparativos del clima para la inminente llegada de la primavera hicieron que mis defensas se debilitasen; si mi alergia a las gramíneas, cuya concentración había alcanzado máximos nunca antes registrados a lo largo de aquellos días, afectó a mi estado de salud más allá de unos cuantos estornudos; si todo se debió, tan solo, al efecto que el anuncio de Joaquín tuvo en mi ánimo; o si —quizás lo más probable— lo que pasó fue el resultado de la fatal combinación de todos los factores antes citados. El caso es que caí enfermo, y no recordaba haberlo estado tanto desde que, siendo un adolescente, contraí un sarampión tardío. Entonces las ronchas se habían extendido por mi cuerpo sin que mi madre fuese capaz de mantenerlas a raya con sus remedios domésticos, y llegó un punto en el que ya resultaba difícil distinguir si su enrojecimiento se debía a su propia naturaleza o a la fricción con la que yo me dediqué a rascar las áreas afectadas de mi piel. Esta vez, sin embargo, los síntomas fueron más ordinarios, y la diarrea, las bajadas de tensión repentinas, la deshidratación y los desmayos tomaron las riendas; pero, en esencia, las consecuencias fueron las mismas: casi una semana sin poder apenas levantarme de la cama y, por descontado, sin salir de casa; seis fatídicos días en los que mi progenitora se movía de un lado al otro de la casa para acercar al lecho de mi convalecencia cuencos llenos de caldo caliente, comprimidos efervescentes de couldina y compresas de agua fría para tratar de rebajar una temperatura corporal que en ocasiones alcanzó los cuarenta grados. Ella, todavía ajena a la revolución que estaba a punto de sacudir cada parcela de nuestras insignificantes vidas, achacaba todos mis males a una supuesta confianza ciega y poco responsable, por mi parte, en una atmósfera impropia del invierno y, por tanto, todavía traicionera.

—Ay, hijo mío, es que desde que te vistes como un pijo vas por ahí todo descamisado, y claro, luego pasa lo que pasa. Con lo bien abrigadito que ibas siempre antes..., ¿por qué ya no te pones los forros polares que te compra tu madre en el Rastro? Ay, Fede, qué disgustos me das.

Durante la tercera noche tuve una fiebre inusitada y, ante mis resistencias innatas a enfrentarme con el infierno —la sala de espera de las urgencias del Hospital Clínico San Carlos— los delirios llegaron solos. Entre el gotelé de las paredes del cuarto y las manchas de humedad del techo comencé a distinguir una serie de rostros conocidos —podría decirse que célebres—,

dotados de movimiento y voz, que se dirigieron a mí, uno tras otro, para ofrecerme una opinión más o menos razonada, según el caso, sobre el dilema que me estaba minando la moral. Así, por estricto orden de nacimiento, Jesucristo reconoció que, quizás, aquello de que al César lo que es del César no fue, después de todo, una idea tan brillante; Engels, que había dejado a Marx en la barbería, me hizo ver, en nombre de ambos, que la riqueza no se iba a redistribuir sola; Bourdieu me dijo que la situación de violencia simbólica que la sociedad ejercía sobre mí terminaría de forma radical en el momento mismo en el que me convirtiese en el heredero de uno de los dominadores; y hasta Javier Krahe, quien *a priori* me habría parecido el portador del sistema deontológico más inquebrantable de todos, me recomendó —eso sí, con gran amabilidad— que me dejase de gilipolleces y que aceptase el legado, y me recordó que no todo en esta vida iba a ser follarse. La única mujer que trató de alzar la voz en la sopa fálica que aquella noche resultaron ser mis alucinaciones fue una Pasionaria ya vieja que, al contrario que todos los demás, trató de persuadirme de lo pernicioso que resultaba, tanto para el patrón como para el paria, la misma idea de la acumulación de capital. Si he de ser sincero, sus razonamientos llegaron a mis oídos de manera tenue y con reverberación. Los problemas en la recepción acústica, sin duda ligados al hecho de que me hablase desde lo alto de una pira en llamas, hicieron que no tuviese la oportunidad de descifrar con nitidez su mensaje y no pude, en consecuencia, tener muy en cuenta su opinión.

Para cuando hube mejorado, en fin, hacía varias jornadas que el dilema se había resuelto en mi cabeza: la decisión, si es que se le puede llamar así al simple respeto hacia la última voluntad de un hombre a las puertas de la senectud, estaba tomada. Al fin y al cabo, las historias de hombres ilustres a quienes el dinero había transformado en una mejor versión de sí mismos eran, al menos, tan numerosas como las que ejemplificaban lo contrario; y por aquel entonces ya hacía muchos años que el mundo se había ocupado de hacerme comprender que las utopías no eran más que un método eficaz para mantener entretenidos a los currantes y vivas las ansias de libertad de un ejército de universitarios rebeldes, quienes, al salir de las aulas, no tendrían más remedio que tratar de colmarlas convirtiéndose en mano de obra sobrecualificada e infrarremunerada. Recordé, por un instante, cómo el carnet de comunista de mi madre nunca le había impedido jugar un décimo de lotería junto a sus compañeros del partido. Aquella anécdota me llevó a discurrir una teoría que, al pensarla dos veces, resultaba obvia: era evidente que la aspiración de olvidarse de las preocupaciones materiales no entendía de

ideologías, aunque sí de niveles socioeconómicos; y he de reconocer que era mayor el temor que me infundía la posibilidad de no saber gestionar una existencia de abundancia que mi miedo a perder una conciencia de clase que sin duda poseía, pero de la que hacía siglos que había dejado de sentirme orgulloso.

Me quedé embobado observando a mi madre mientras celebraba, desde el sofá, la victoria de un joven andaluz que acababa de completar el rosco de Pasapalabra. Decidí entonces que durante la cena se lo contaría todo. Es probable que aquella noche no me creyera —ni siquiera yo había terminado de creérmelo todavía—, pero, si bien era cierto que la historia no resultaba del todo verosímil, al final no le quedaría más remedio que reconocer, aunque fuese desde el mirador de su nuevo chalet en la playa, que de vez en cuando los inadaptados como su hijo, los mediocres como su retoño, también eran capaces de triunfar en algo.

XXXI

Mientras mi madre le daba al potaje las últimas vueltas que aún necesitaba para alcanzar la consistencia adecuada, yo coloqué sobre la única mesa de la que disponíamos un mantel, dos platos hondos, dos vasos y dos cucharas. La casa se inundó enseguida con el olor del mejunje que borboteaba en la olla, dispuesta sobre uno de los dos fuegos de la pequeña vitrocerámica de la cocina. Para cuando mi progenitora hubo terminado de preparar la comida, las palabras de las que precisaba para explicarle lo ocurrido en los últimos días ya se me habían ordenado en el pensamiento. Sabía, por una intuición casi primitiva, lo que debía decirle y lo que no, y, aunque no me vanaglorie de ello, así lo hice: le conté la versión de la historia que reservaba para mí el lugar de mayor dignidad.

Mi madre llenó mi plato hasta rebosar y alegó haber perdido el apetito — por la excitación que le había provocado lo que acababa de presenciar en el televisor del salón— para no servirse a sí misma más que un cucharón a medias. Solo una vez se hubo sentado comencé a hablar. Le resumí entonces, de un modo apresurado y selectivo, los últimos meses: le expliqué con brevedad el encargo para el que Natalia me había contratado en noviembre, obviando las razones que la llevaron a desconfiar de su padre y, por tanto, su condición de transexual repudiada por su familia, pero sin olvidarme de mencionar el hecho de que ella nunca tuvo la más mínima intención de darme de alta en la Seguridad Social; le conté cómo yo, que siempre había sido un alma inocente, acepté el trabajo en aras de mejorar nuestra precaria economía y de verla a ella, mi madre, un poco más feliz, sin llegar a sospechar en momento alguno que las intenciones de partida de Natalia no fuesen del todo honestas; le hablé, también, del señor Mendoza, y de que, aunque nuestra relación se hubiese comenzado a fraguar —para qué negarlo— como un trueque de dinero por compañía, con el paso de los días nuestros intereses particulares cristalizaron en una amistad y un afecto sinceros; reproduje como pude, además, las llamadas telefónicas en las que Natalia, corroída por los celos y por una frenética lógica de la posesión, trató de evitar que los lazos entre su padre y yo se hiciesen más fuertes de lo estrictamente necesario para llevar a cabo su plan; y le relaté cómo, a pesar de las cotas de profundidad que llegó a alcanzar nuestra camaradería, que por aquel entonces ya rozaba lo paternofilial, mi responsabilidad y mi elevado sentido del deber profesional

me llevaron a transmitirle a Natalia la información que andaba buscando y que, llegado el momento, Joaquín me desveló; y no dejé de narrarle que, en esa última conversación durante la que procedí a confirmar sus sospechas, me tomé la libertad de reprenderla por el acto, tan injustificable como ruin, que había desencadenado —al menos en la adaptación del relato que elaboré sobre la marcha para mi madre— las desavenencias entre padre e hija: Natalia, en un pasado no muy lejano, se había aprovechado de la confianza que el señor Mendoza tenía depositada en ella para tratar de desplumarlo. Por último, le referí brevemente cómo la intimidad que había alcanzado mi relación con Joaquín —debida, sin duda, a lo natural de mi don de gentes, a mi apariencia de fiabilidad y a mi honda inteligencia emocional, rasgos que hacían de mi carácter algo de cierto irresistible— le había llevado a tomar la decisión de convertirme a mí en su hijo a efectos legales y económicos, esto es, en su único heredero; y, por consiguiente, también a ella, en tanto que mi progenitora, en legítima usufructuaria de todos los bienes de los que pronto podríamos comenzar a disponer libremente. La boca de mi madre, que hacía rato que se había abierto en una mueca incrédula, tardó aún un par de minutos más en dibujar una media sonrisa con la que, al fin, mostró su satisfacción.

—Con lo escéptico que yo soy, y al final voy a tener que tragarme mis propias palabras, hay que joderse. Pero parece que es verdad eso de que a veces el mundo también es justo, mamá. Lo que está claro es que un hijo que roba, o intenta robar, me da igual, a su padre, no merece quedarse con su dinero, ¿no? Sin embargo yo, que ni siquiera soy de su familia, me he ganado ese derecho.

—¿Has dicho un hijo?

—Bueno, mamá, ya me entiendes, un hijo o una hija, coño, que para el caso que nos ocupa es lo mismo, ¿no? En fin, ahora ya lo sabes. Veo que te has quedado de una pieza. El tema, mamá, es que deberíamos cuidarnos de que no se entere nadie por ahora, ¿entiendes? Ya llegará el momento de hacerlo público, cuando el asunto sea firme y las cosas estén atadas y bien atadas.

—Ay, hijo mío, ya hablas como el Caudillo, que Dios lo tenga en su gloria. Ay, Fede. Desde luego, cariño, me dejas sin palabras. Sin palabras, hijo mío. Y yo que pensaba que a estas alturas ya no tenías remedio, que estabas atolondrado, y resulta que después de todo sí que te pareces a tu padre, al otro, al de verdad, quiero decir. Ay, hijo mío...

Comencé a sentirme mareado cuando la conversación con mi madre ya había mutado en una serie de sollozos ininteligibles por su parte. Me trasladé

al sofá y me tumbé, y, antes de caer en un sueño de una profundidad y una urgencia hasta entonces desconocidas para mí, pude adivinar los ojos vidriosos de mi progenitora, quien, pletórica de orgullo y gratitud hacia Dios sabe qué —pero, desde luego, no hacia mí—, aquella noche no había probado bocado: el cucharón de potaje aún descansaba, intacto, en el fondo de su plato.

XXXII

Tras casi veinte horas de sueño ininterrumpido —según pude deducir de una ojeada rápida al reloj que todavía portaba en la muñeca y que, con la precisión milimétrica que caracteriza a los ingenios digitales, marcaba las 17 horas y 26 minutos—, me levanté del sofá. Para tratar de evitar que se reprodujese también a través de mí el cliché, tan manido como incierto, de que el dinero cambia a las personas, me dispuse a hacer lo mismo que hacía cada día al despertarme: desayunar. Era esta una costumbre que siempre había procurado respetar, con independencia de fruslerías tales como la posición del sol en el cielo; y aunque —desde luego— aquella no fue la primera vez en que comenzaba a almorzar bien entrada la tarde, pude advertir, mientras la leche rompía a hervir en un cazo oxidado sobre el menor de los fuegos de la cocina, un par de diferencias con respecto a mi rutina habitual.

Por un lado, el uso de la fría lógica, unido a la asombrosa facilidad para llenar las camisetas de lamparones que me ha acompañado desde niño, me había llevado a acostumbrarme a desayunar con el mismo atuendo que hubiese utilizado para dormir: a saber, y siguiendo un gradiente térmico ascendente que recorre los meses más fríos del año hasta llegar al tórrido agosto madrileño, un pijama de felpa, un par de prendas deportivas viejas o, directamente, unos calzoncillos raídos. Y, aunque no negaré haberme despertado en alguna ocasión, como aquel día, con la ropa de la jornada anterior todavía puesta, las diferencias con mi indumentaria de diario, al menos para un observador poco entrenado, habrían resultado del todo inapreciables. Sin embargo, esa tarde —al menos para quien fuese capaz de abstraerse del intenso olor que desprendía mi sudor, ya frío, adherido a las telas—, me levanté de punta en blanco: unos pantalones chinos de un tono claro indefinido se combinaban con un polo azul marino, y unos mocasines del mismo color vestían unos pies que, por lo demás, permanecían desnudos, sin calcetín alguno que separase la piel del cuero teñido.

Por otra parte, en mi casa existía una norma no escrita que dictaba que, salvo en contadísimas ocasiones, la primera ingesta del día se realizaba a cuenta de lo que cada uno tuviese la fortuna de encontrar en la nevera: las sobras de la comida o la cena de días anteriores eran los bocados más cotizados, y mi progenitora, sin duda movida por el amor sólido e incondicional que solo puede unir a una madre y a su retoño, solía reservarlas

para mí a pesar de que ella casi siempre se levantaba antes. En los días que, por lo que fuese —bien porque la noche anterior hubiésemos preparado una menor cantidad de comida, bien porque mi madre se hubiera levantado esa mañana con un apetito incontrolable—, no encontraba en el refrigerador más que productos envasados, mis preferidos de entre ellos eran las salchichas Frankfurt crudas y la cerveza. No obstante, el de aquella jornada habría resultado, a los ojos de la mayoría de los ciudadanos de a pie y probablemente también a los suyos, estimado lector, un desayuno perfectamente corriente: mi progenitora había dejado sobre la encimera un brik de leche semidesnatada y un paquete aún precintado de galletas Príncipe. Durante toda mi vida había supuesto reservadas las citadas galletas, en general, para los niños bien de España. Por lo que a mí respectaba, solo había podido catar aquel bocado de los dioses las pocas veces que mi madre había considerado que teníamos algo que celebrar —ya fuese mi cumpleaños, el aniversario de la marcha de mi padre o la boda de Lolita Flores— o que yo me merecía un reconocimiento por haber llevado a cabo alguna tarea con especial pericia o buen tino.

La deriva de mis recuerdos de juventud se frenó cuando dos tercios del paquete de galletas ya habían desaparecido, y solo entonces, con el raciocinio avivado por una generosa ración de azúcar, me extrañé de haber dormido tantas horas y, sobre todo, de que mi madre no estuviese en casa. En estas cuestiones de carácter práctico andaba inmerso cuando mi afilado sentido del oído me alertó de una ligera vibración que parecía provenir de la pata del sofá. Me agaché para recuperar mi teléfono —que sin duda habría terminado en el suelo por una certera combinación de descuido y gravedad— y vi que era Loli quien esperaba mi respuesta. Para no faltar a la verdad, reconoceré que tener ocho llamadas perdidas desde su número me infló el pecho de pura vanidad, y —dispuesto de una vez por todas a aclarar los términos de la relación y cancelar, llegado el caso, nuestro atípico noviazgo— disfruté de un último instante de titubeo, que me cosquilleó el pulgar antes de presionar la tecla verde.

—Coño, Fede, menos mal que me coges. ¿Qué estabas haciendo?

—Dormir.

—Te parecerá bonito.

—Mira, Loli, no estoy yo ahora mismo para gilipolleces. Tenemos que hablar.

—Yo también tengo que hablar contigo, Fede, y cuanto antes. Voy para allá.

—¿Loli, sigues ahí?

El último interrogante de la conversación resultó ser, por descontado, una pregunta retórica; y yo, que desde que Natalia y Loli habían entrado en mi vida empezaba a estar ya más que acostumbrado a quedarme con la palabra en la boca, me apresuré a adecentarme en los escasos diez minutos que sabía, por experiencia, que tardaría Loli en aparcar el coche frente a mi portal. Abrí el armario, donde gran parte de la ropa con la que me había obsequiado el señor Mendoza aún se apelotonaba, como recién lavada y planchada, en los paquetes de la tintorería, y escogí, tras unos segundos de vacilación, un conjunto informal color verde caqui de cuya marca solo sabía que era de las más caras del mercado. El cóctel de sentimientos opuestos que ella me provocaba me hizo caer de bruces en la fácil tentación de la fanfarronería, y en un burdo afán por impresionarla me puse un par de calcetines limpios, me afeité y me embadurné de colonia, y no fue hasta que Loli hubo llamado al timbre, hubo entrado en casa sin pedir permiso y me hubo dado un beso breve en los labios —al que reconozco no haberme negado— que me percaté de que se me había olvidado peinarme, y de que el vaivén de mis remolinos de recién levantado seguían delatando a quien se escondía tras el logrado disfraz de rico. El ramalazo de hospitalidad que aún conservaba de los tiempos en los que había pertenecido a la clase obrera me llevó a ofrecerle un café, pero Loli, con la misma intensidad con la que lo hacía todo, me pidió que me sentase frente a ella y me agarró de las manos con una fuerza impropia de alguien tan pequeño.

—Mira, Fede, yo no sé qué querrás decirme tú, pero...

—No, Loli, déjame que hable yo primero. Esto es demasiado para mí.

—Joder, no. Por favor, Federico, hazme caso por una puta vez en tu vida. Esto es muy serio, pero que muy serio. Escúchame solo unos minutos. Por favor.

—Está bien.

—No sé ni por dónde empezar.

Dada la gravedad que parecía revestir el asunto —por el modo en el que se estaba comportando Loli yo ya sospechaba que debía de tratarse de algo mucho más serio que un simple lío de faldas—, ignoré el sonido metálico del timbre las tres veces que sonó durante la incipiente conversación. No fui capaz de recordar ni una sola ocasión en que mi madre se hubiera olvidado las llaves en nuestros más de cuarenta años de convivencia continuada, y el resto de personas que podrían tener interés en visitar nuestra morada —a saber, y en esencia, el cartero, los timadores profesionales de las empresas eléctricas y los testigos de Jehová—, desde luego, podían esperar. Sin embargo, Loli dejó

de hablar, y su silencio se volvió premonición cuando ambos oímos cómo la llave giraba en la cerradura. La puerta se abrió despacio, y la cara desencajada y blanca de mi madre nos indicó que no venía sola.

—Hijo, tienes visita. Está aquí esa chica..., quiere verte.

Natalia irrumpió, hecha un basilisco, en el diminuto recibidor que conectaba con el espacio, más amplio, del salón.

—Hostia, maricón, no me lo puedo creer.

Loli me soltó las manos, como si las yemas de mis dedos hubiesen comenzado a arder.

06.01 P. M.

Cierra la boca de una vez, monada, que pareces tonta. Cuanto antes lo asumas, mejor: estos dos, rica, estos dos te la han pegado. Hay que joderse con las mosquitas muertas. Aunque bueno, querida, qué quieres que te diga, te compro lo de que Federico parecía inofensivo por eso de que la cabeza no le da para mucho, pero ¿la Loli? Ay, churri, por favor, no seas ingenua. La Loli es zorra de nacimiento, guapa, y por lo que estás pudiendo comprobar resulta que también es una hija de la gran puta. Joder, hija mía, de verdad, ni que tuvieras la negra, es que a quien se lo cuentes, Nati, reina, no se lo cree. Ya, nena, ya lo sé, si yo comprendo a la perfección que si por ti fuera le partirías la cara de una hostia bien dada a esa pedazo de reventada, pero chica, tienes que ser un poco inteligente, ¿me entiendes o no me entiendes? Como sabes, cariño, la venganza es un plato que se sirve frío, vamos, que un triste puñetazo no sería nada en comparación con lo que le tienes reservado, mona. Si es que en el fondo ni siquiera estás decepcionada, bonita, no te engañes, porque tú esto de la Loli ya te lo esperabas. Que sí, hija, que yo comprendo que nunca te hubieras podido imaginar que caería tan bajo como para tirarse a tu empleado, y mucho menos al imbécil ese, con la cara de agilipollao que tiene, pero mira: quien se pica, ajos come, niña, que decía tu abuela, y no te importará tanto esa golfa si lo que de verdad te está comiendo las entrañas, Natalia, que a mí no me la das con queso, es lo de Federico.

Federico, tía, Federico. Céntrate, rica, por favor, y no te olvides de que estamos hablando del panoli de Federico. Es que por lo que más quieras, fíjate por un momento en esas pintas de funcionario dominguero que se trae. Por dios, Nati, no me jodas: lo que haga o deje de hacer ese despojo humano a ti debería darte lo mismo, monada, exactamente igual. Ay, hija mía, que sí, si yo puedo llegar a entender que no te esperabas esto de un tipo como él, y hasta me puedo creer que de verdad habías llegado a confiar en su palabra, reina, porque es que tú de bien pensada a veces eres gilipollas, pero de ahí a que su traición te esté afectando hasta el punto de no ser capaz de controlar tu ira... Joder, nena, que una tiene que mantener su dignidad intacta, bien alta, y tú, churri, y perdona que sea tan honesta, estás a punto de tirarla por los suelos por culpa de un capricho. Si ya sé que es muy grave, tía, y que no te ha traicionado una vez, el muy cabronazo, sino tres. Vamos, mona, que menuda

puntería con el mongol este, es decir, es que ni el Judas negro de *Jesucristo Superstar*.

Para empezar, lo de la ropa. Que sí, bonita, que es patético y rastrero, ahora bien: ¿de verdad te vas a rebotar porque el pobre hombre, que no es por nada, chica, pero casi no tiene ni dónde caerse muerto, se haya quedado esos polos de facha descafeinado? Ay, mira, cariño, es que no merece la pena ni siquiera que se te pase por la cabeza. Considéralo como la última obra de caridad que ese miserable ha sido capaz de sacarte, Natalia, aunque haya sido por medio de tu padre. Ya sé que eso es lo que más te jode: que ese malnacido se haya creído con derecho de regalar tus cosas. Pero mira, niña: mejor. Mejor, porque eso, de alguna manera, indica que el endiosado señor Mendoza ya no reconoce esas prendas como parte de la vida de su hijo, sino como cadáveres de otra época. Y eso es exactamente lo que son, guapa, porque hace mucho que los pantalones con pinzas y los mocasines horteras han dejado de representar a quien eres para simbolizar a quien fuiste, a quien ya no existe ni existirá más. Un muerto. En definitiva, que ese es historia, monada, historia, que cuando te pones filosófica a veces se te sube la pedantería al moño.

Sin duda, querida, lo de la Loli es bastante peor. Y no por ella, que conste, porque tú siempre supiste que esa estaba contigo por interés, sino por Federico. Segunda puñalada trapera, Nati, que aún no sé ni cómo te has dejado engañar, coño. El muy cerdo lleva meses babeando por tu cuerpo serrano —y eso no me extraña nada, querida, porque con esas tetas se conquistan hasta las Américas, te lo digo yo—, y por si fuera poco se atreve a sermonearte por teléfono, nena, que eso ya es el colmo, como si él fuera un adalid de la corrección moral; y resulta, tócate los huevos, que a saber cuánto tiempo lleva trajinándose a tu novia a escondidas. Y lo peor, reina, es que estoy segura de que el muy cabrón lo sabe desde el principio, porque no sé si te acuerdas, pero la Loli es una guarra de campeonato, cariño, y a esa no hay nada que le dé más morbo que unos cuernos bien puestos.

Pero vamos, que todo esto no es nada, pero nada, Natalia, rica, si lo comparamos con lo de la herencia. ¿Qué se creía el muy hijo de la grandísima puta, que no te ibas a enterar? Menudo imbécil. Pero ahora los que se van a enterar son ellos, bonita, se van a enterar los dos, de hecho, los tres, se van a enterar Federico, tu santo padre y la buscona de la Loli de lo que vale un peine. Está claro que la situación ha cambiado, churri, pero tú no te puedes poner nerviosa. Nunca pierdas de vista que, pase lo que pase, siempre vas a tener la sartén por el mango: es lo que pasa, guapa, con las mujeres fuertes, poderosas, con iniciativa. Mujeres como ella, la pobre, que mira qué cara se le

ha quedado al ver en acción al monstruo que ha criado. Pero no la juzgues, tía, a ella no. Ella no tiene la culpa. Aquí estás, ¿no? Pues eso, niña, dice más de ella que cualquier declaración de intenciones. Bueno, a lo que íbamos: que esto, mona, y con esto me refiero a las nuevas condiciones materiales del problema que nos ocupa, como diría el gilipollas de Federico, a ver si te crees que solo él puede hablar como un intelectual de postín, bueno, pues eso, que esto, hija, lo cambia todo. Lo más importante es que te enteres bien y pronto de si la puta de la Loli le ha soplado a Federico *el plan*, porque ahora, nena, ya es demasiado tarde como para echarse atrás, y hasta el más mínimo cambio podría estropear la sorpresa.

En fin, chica, ya sé que te cuesta, pero deja de darle vueltas. Es lo más inteligente y lo más adecuado para conservar la cordura, hija mía, y te puedo garantizar que, con la que se te viene encima, con el rigor y la precisión que vas a necesitar para que la última parte del *plan* salga bien de manera rápida y sin mancharte las manos, te va a hacer falta tener la cabeza en su sitio. Ay, reina, de verdad, menuda vida te ha tocado vivir, qué difícil te lo ponen, Natalia. Pero van a pagar por todo lo que te han hecho, bonita, claro que pagarán, los tres. Y entonces, querida, les pasará lo mismo que a los villanos de los cómics que leías de pequeño: de una vez por todas, cariño, desearán no haber nacido.

XXXIII

—Me largo.

—Joder, Natalia, espera un momento.

—No hay nada que esperar, Federico. Ya sabréis de mí.

La soberbia de quien se sabía vencedora por anticipado seguía latente en el aire del salón varios minutos después de que la hija del señor Mendoza cruzase el umbral de la puerta. Loli, mi madre y yo nos quedamos dentro, sin saber muy bien qué decir; y yo, que siempre he hecho —sin pretenderlo— de la torpeza mi bandera, traté de formalizar una precaria presentación entre dos de las tres mujeres entonces más importantes en mi vida: mi madre y quien, al menos en apariencia, era mi pareja. La tercera, como podrá adivinar cualquier lector atento, acababa de darme un portazo en las narices. Mi progenitora, que siempre había demostrado un interés sincero y natural por los pormenores de la vida sentimental de cualquiera a quien le pusiese cara —y si por algún motivo aún no se la ponía, solía hacer un esfuerzo por ponérsela en lo sucesivo—, en esta ocasión, sin embargo, prefirió desentenderse. En un desplante que quise interpretar como una consecuencia de la conmoción que le podía haber causado la irrupción violenta de una intrusa en su propia casa —sin obviar, por descontado, su desconcertante comportamiento de los últimos meses, que seguía valorando como el primer síntoma inequívoco de que la vejez tampoco la perdonaría a ella—, volvió a abrir la misma puerta por la que Natalia había salido hacía un rato y, ya bajo el marco, pronunció lo que me pareció una suerte de disculpa.

—Mira, hijo, yo prefiero no saber nada.

Dio un leve portazo tras de sí, y la sensación de altivez que había dejado Natalia se vio sustituida por una atmósfera apesadumbrada. No sé si Loli también percibió esta desazón, pero lo que sí es meridiano es que la escueta conversación que mantuvimos después no contribuyó a que la angustia se disipase.

—Bueno, pues ya está. Ya no hay nada que hacer. Estarás contento.

—Mira, Loli, yo no sé de qué vas, pero vamos, ¿pensabas contarme algún día que esa novia bollera tuya era Natalia?

—Claro que no, Fedé. ¿De verdad habrías querido saberlo?

—Hombre, pues decirme que estabas viviendo con mi jefa habría sido un detalle por tu parte.

—Ya da todo igual, Federico.

—¿De qué cojones me estás hablando ahora, Loli?

—Natalia ya no querrá ni verme.

—¡Ni a mí! No te jode, la tía. Loli, mira, Natalia no te conviene. De hecho, no nos conviene a ninguno de los dos. Aún me tienes a mí.

—Hostia, Federico, es que no hay manera de hacerte entender las cosas. Yo le quiero, mierda, le quiero.

—¿Que le quieres? ¿*Le quieres*? Mira, Loli, si estás pensando en Eduardo, siento ser yo quien te diga que ya no existe ni rastro de él. Ahora Natalia es Natalia. Basta ya de tonterías.

—Ay, Federico, déjame en paz de una vez, ¿quieres?

Guardé silencio mientras Loli sollozaba por primera vez, desde que la conocía, en mi presencia. Creía haberla convencido, gracias a la crudeza de la verdad que encerraban mis palabras, de que prefiriese quedarse conmigo antes que seguir persiguiendo una quimera. Estaba a punto de pasarle el brazo derecho por los hombros para reconfortarla con mi manifiesta virilidad cuando, como activada por un resorte mecánico interno, alzó la cabeza —que hasta entonces permanecía enterrada entre sus manos—, se enjugó las lágrimas con una servilleta usada que reposaba sobre la mesa del salón y me miró.

—Tienes que ayudarme.

—Claro, cariño.

Emitió un profundo suspiro, y ya entonces creí descifrar en él una interjección cargada de condescendencia.

—El caso, Federico, es que Natalia tiene un plan para matar a su padre.

ESCENA 2

Imagen 1:

En un plano general del plató, se ve al vidente de pie, delante de su mesa, en un atril, vestido de blanco, con una runa dibujada en la frente, conversando con su ayudante mientras se oye la sintonía del programa, en un *decrecendo* continuo.

(La cámara 1 enfoca al vidente, primer plano de su cara, *zoom* lento, sonrisa prolongada y débil, fórmula habitual de saludo a la audiencia).

La sintonía se desvanece. Silencio de larga duración. Suena el teléfono. El vidente lo deja sonar tres tonos. (Al momento la cámara 3 enfoca al vidente en *close up*, un segundo antes de que este conteste a la llamada).

Diálogo 1:

VIDENTE. —Buenas noches, ¿puedo saber con quién hablo?

TERESA. —Me llamo Teresa.

VIDENTE. —Muy bien, Teresa, cuénteles a nuestra audiencia desde dónde llama usted.

TERESA. —Llamo desde Córdoba. Pero ojo, que no soy de Córdoba, yo nací en un pueblo de Ciudad Real, como lo oye, Ciudad Real, Campo de Criptana se llama el pueblo, ¿sabe usted?

VIDENTE. —¿Y qué edad tiene usted, Teresa?

TERESA. —Hijo mío, quiere usted saberlo todo, como siga así no le va a quedar nada que adivinar ya, como lo oye, no le va a quedar nada. Tengo cuarenta y siete años, exacto, cuarenta y siete.

(Cámara 1, imagen panorámica. Pausa corta, el vidente recupera su cara de póquer, descompuesta por la última intervención de la telespectadora. La cámara 3 retoma, en cuestión de segundos, el primer plano del vidente).

VIDENTE. —Dígame, querida Teresa, ¿qué es lo que le preocupa?

TERESA. —Pues mire usted, es que resulta que tengo perdida una estampita de la Virgen, como lo oye, de la Virgen del Pilar, que me la trajo mi hijo pequeño de cuando fue a Zaragoza, exacto, a Zaragoza, y mire usted, es que a esa estampita le tenía yo mucha fe, como lo oye, mucha fe, mi hija se quedó embarazada porque yo se lo pedí a la Virgen, exacto, a la Virgen del Pilar de Zaragoza, ¿sabe usted?

VIDENTE. —Le tenía usted mucho cariño a esa estampita, ¿sí?

TERESA. —Sí, cariño, exacto, pero sobre todo le tenía ley, ¿sabe usted? Y ahora tengo miedo de que se me enfade la Virgen por haberla perdido, como lo oye, la Virgen del Pilar.

VIDENTE. —Veo a un hombre, ¿sí?

TERESA. —No, la estampita es de una mujer, de la Virgen del Pilar, de Zaragoza.

VIDENTE. —Veo a un hombre muy religioso, ¿sí?

TERESA. —Pues como no sea mi padre... Mi padre es que era muy devoto, ¿sabe usted? Era muy devoto, como lo oye, muy devoto, pero él le rezaba a santa Rita, abogada de los imposibles, exacto, de los imposibles, era su santa favorita, la de mi padre, como lo oye.

VIDENTE. —Ese hombre creyente es un pariente muy cercano a usted, ¿sí?

TERESA. —Ya le digo que es mi padre, ¿sabe usted? Mi padre, que le rezaba a santa Rita, exacto, a santa Rita, abogada de los imposibles.

VIDENTE. —A ese hombre tan cercano a usted no le gusta que usted le tenga fe a la Virgen del Pilar, ¿sí?

TERESA. —Pues ahora que lo dice, sí, puede ser, porque él le tenía mucha ley a santa Rita, abogada de los imposibles, como lo oye, de los imposibles, que es la santa a la que se reza más en su pueblo, en

el suyo, en el mío no, en el mío se le reza a otra, pero yo le tengo ley a la Virgen, a la Virgen del Pilar, de Zaragoza, ¿sabe usted?

VIDENTE. —Veo a ese hombre cercano. Lo estoy viendo. Está escondiendo la estampita para que usted deje de rezarle a la Virgen del Pilar. Debería usted hablar con él y explicarle los motivos de su fe, ¿sí? Dígale usted que yo le he confirmado que es una de las vírgenes más milagrosas de España, ¿sí?

TERESA. —Oiga, pero ¿sabe usted? Mi padre murió hace más de diez años, como lo oye, diez, y lo enterramos con una oración a santa Rita, exacto, a santa Rita de Casia, como lo oye, abogada de los imposibles, él le tenía mucha fe, ¿sabe usted?

VIDENTE. —Bendiciones y buenas noches.

El vidente corta la llamada de manera un tanto brusca. (Silencio prolongado, acercamiento de cámara 1, vista panorámica aérea del plató. Cámara 2, *close up* a los rostros del vidente y de su ayudante, de manera alternativa).

AYUDANTE. —Con este consejo de nuestro querido adivinador les encomiamos a seguir llamando, ya ven que sus predicciones nunca fallan. Anímense, aquí seguimos, recibiendo sus llamadas. Si tienen dudas, preocupaciones o necesitan ser tocados por la bendición de la suerte, marquen ahora el número que aparece en pantalla y podrán probar, en directo y de primera mano, el don divino de nuestro vidente.

Se introduce música de fondo (*Disorder* – Joy Division). 00:00:00-00:00:28.

(Cámara 1, imagen general del plató, *zoom out*, se convierte en panorámica). Vidente y ayudante continúan charlando, micro cerrado.

(Desvanecimiento progresivo del plano, fundido a negro). Salida simultánea de la música de fondo, con *fade out*.

Corte de escena.

TERCERA PARTE

OCTAVA SECUENCIA De cómo Federico trató de buscar apoyo en alguna parte, y de cómo una vieja amiga le ayudó a decidir

Hay que hablar bien y escribir bien, porque es
lo único que nos diferencia de los hijos de puta.
HÉCTOR DE MIGUEL (QUEQUÉ),
La vida moderna

Un polvo rápido es muy frustrante cuando uno
busca un abrazo largo.
SANTIAGO ALBA RICO,
El naufragio del hombre

XXXIV

Me había apeado en la parada del metro de Plaza de España para no levantar sospechas, y la Gran Vía se extendió ante mis ojos como un manto de neón. Al tiempo que ascendía por la arteria de la urbe, la saturación de publicidad estimuló la agudeza de mi pensamiento crítico, y me percaté del notable cambio que había sufrido mi comportamiento como consumidor. No diré que antes de saberme rico la propaganda no tuviera en mí un efecto hipnótico, porque mentiría; pero sí es una cuestión de justicia reconocer que, en las anteriores ocasiones en las que había recorrido el mismo tramo, mi atención se había dirigido de manera instintiva hacia la avalancha de colores del cartel luminoso de Schweppes, algún autobús ataviado de rojo Coca-Cola o el escaparate de estética *chav* del Bershka; mientras que, esta vez, fueron la atractiva sobriedad de Hugo Boss, el minimalismo de Prada y las promesas lujuriosas de Martini quienes provocaron en mí el anhelo de lo que aún está por descubrir. Yo ni siquiera había llegado a probar la ginebra, pero aquella atmósfera, más propia de un anuncio de perfume *pour homme* que de cualquier escenario con alguna traza de verosimilitud, me había seducido, y me resultó imposible no buscar en cada esquina la posible mirada cómplice de una mujer vestida de cóctel. Con todo, fue la propia realidad la que terminó por imponerse, y las únicas personas que encontré en mi inspección de los alrededores fueron algunos chinos que vendían cerveza, tres o cuatro africanos que trenzaban pulseras con el nombre escogido por el cliente y un par de *heavys* borrachos que proclamaban a voz en grito el inminente colapso del sistema capitalista, vaticinio que en otros tiempos, por una cuestión ideológica, hasta podría haber llegado a aliviarme, pero que, en ese momento, de haberse cumplido no me habría venido nada bien. Dice Bourdieu que la distinción no es más que una forma de violencia simbólica, y si algo estaba claro es que yo no pertenecía a la élite cultural que definía los cánones del buen gusto; pero también era evidente que el contagio comenzaba a ser insalvable. Y, para mí —teniendo en cuenta esa máxima popular que reza aquello de *donde fueres, haz lo que vieres*—, la adaptación mimética a las preferencias de mi nuevo grupo socioeconómico resultaba, además de reconfortante, el movimiento más inteligente: pura selección natural.

Un cartel de McDonald's, sin embargo, hizo temblar mis entrañas, y me di cuenta entonces de que los impulsos más básicos no son tan sencillos de

reeducar como aquellas intuiciones estéticas que responden a estímulos menos inmediatos. Solo de la mano de una enorme fotografía de una hamburguesa lustrosa y grasienta pude salir de mi ensimismamiento y, ya casi a la altura de la plaza de Santo Domingo, recordé de golpe por qué me encontraba allí. Y, dado que es un hecho que el desamparo resulta más amargo si uno tiene hambre, traté también de recordar, mientras devoraba un menú Big Mac, por qué me había quedado tan solo. Natalia, por razones obvias, ya no me dirigía la palabra, aunque de poco me habría servido dormir con el enemigo; a mi madre no podía confesarle la verdad por una cuestión de salud cardíaca y psicológica —propia y ajena—; y el señor Mendoza me habría desheredado *ipso facto* de haber descubierto la naturaleza de mi doble juego de los últimos meses, por lo que decidí evitar cualquier tema de conversación que pudiera desembocar, a la postre, en la confesión de su futuro parricidio, y traté de encontrar otras vías para solucionar un problema en el que —desde mi punto de vista— me había visto inmiscuido sin comerlo ni beberlo. Loli, por su parte, se negaba a verme desde que me especificó los pormenores del plan criminal de Natalia.

Una vez echaron una película en La 2 en la que un jovencísimo Gabino Diego interpretaba a un adolescente, lenguaraz, enamorado e inteligente, cuya vida giraba en torno a todas las mujeres que no le prestaban atención. Salvando el diminuto detalle de que yo, en lugar de competir con un hermano de innegable atractivo físico y poca seriedad en sus relaciones, lo hacía contra una cuarentona transexual con visos de psicópata, aquella velada de abril me sentí muy identificado con él: al recordar cómo Loli me relató, entre lloros, que su novia había contratado a un equipo de sicarios rusomexicanos para dar muerte a su progenitor —y, por tanto, al legítimo administrador del destino de su vasto patrimonio una vez difunto— durante la final de la *Champions League*, al tiempo que expresaba con reiteración su amor incondicional por él y sin dejar de referirse en momento alguno a su antigua condición masculina, me dio por preguntarme qué diablos había hecho mal a lo largo de mis cuatro décadas de existencia para no ser capaz de vencer, en el noble arte de la conquista, ni tan siquiera a una rival con semejante mala baba. Y es que al menos, en el filme, la dignidad de Gabino quedaba intacta cuando era un apuesto Jorge Sanz, y no una asesina en potencia, quien acababa por levantarle a la chica. Mientras evocaba la última escena —en la que, en un giro final del guion y en contra de todo pronóstico razonable, Ariadna Gil termina por subirse en un tren con el guaperas y deja al pobre Gabino empantanado en el andén—, advertí que mis pasos ya me habían conducido

hasta el portal de San Bernardo 27. Al pulsar el timbre caí, de pronto, en el título de la dichosa película: *Los peores años de nuestra vida*.

XXXV

Esta vez el portal estaba custodiado por una mujer de piel clara, pelirroja y enjuta, que me invitó a franquear el umbral con un gesto nervioso. Ascendí por el primer tramo de las pintorescas escaleras del edificio, y en el descansillo ya me esperaba la misma mujer voluminosa y madura que nos había abierto la puerta en mi primera visita con el señor Mendoza. Su figura, que apoyaba las caderas y los brazos en uno de los laterales del hinchado marco de madera, resultaba un digno preámbulo para el festival de botones desabrochados y medias traslúcidas que, sin ningún atisbo de duda, se estaría desarrollando en el interior.

—Pasa, guapo. Estás de suerte, hoy no ha venido casi nadie por aquí. ¿Quieres que te presente a alguna de las chicas nuevas?

—En realidad, yo venía para ver a Susana. ¿Sabe si está?

—¿Susana? ¡Ah, ya, la chiquilla de la otra vez! Pues ahora mismo está con un cliente, pero si quieres puedo presentarte a una brasileña, Micaela...

—No, verá, es que necesito hablar con ella, ¿comprende? Si no le importa esperaré por aquí a que termine.

—Ya... En fin. ¿Una copa?

—Eh, vale. Tanqueray, gracias.

El primer *gin-tonic* que probé en mi vida me supo a óxido y a Betadine, y mi pobre intento de evitar que mi acompañante descubriese mi falta de pericia con las bebidas espirituosas de alta graduación terminó por provocarme sudores de una ginebra destilada, de nuevo, a través del filtro de mi piel. Sin embargo —aún no sé si por ternura, por compasión o por un descarado sentido de la oportunidad—, varias de las muchachas que, al igual que yo, esperaban su turno para adentrarse en alguno de aquellos dormitorios que parecían hacerse hueco en las paredes del mismo modo en que las cavernas horadan la tierra, se acercaron a tratar de seducirme, más con escotes que con palabras, para hacernos mutua compañía en la larga senda del aburrimiento o, sin mayor vuelta de tuerca, para que la banalidad de una conversación sobre algo sin importancia sustituyese a la trascendencia que siempre poseen los pensamientos desagradables; y yo, que suelo guardar espacio en el deambular de mis reflexiones para juzgarme a mí mismo, volví a maravillarme de la facilidad con la que, sin previo aviso, comienzan a fluir las relaciones humanas cuando a una de las partes se la supone adinerada.

La mujer con la que estuve intercambiando pareceres durante un lapso de tiempo más prolongado venía, al igual que el tono de su piel, del Caribe. Aunque no soy capaz de recordar sus rasgos con exactitud, podría decirse que ya estaba entrada en años y, felizmente, también en carnes —entre tanta escualidez, de pronto, descubrí a mis ojos persiguiendo su rotundidad de manera involuntaria—. Parecía hastiada mientras chuperreteaba con inapetencia un cigarrillo ya casi consumido del todo, y me cayó en gracia desde el primer momento en que decidió sentarse en el sillón contiguo al que yo ocupaba, porque no parecía tener interés alguno en arrastrarme hasta su alcoba. En realidad, y para ser franco, lo único que parecía agradarle de mi presencia junto a ella era la posibilidad de hablarle a alguien dispuesto a escucharla —es decir, a mí— del proyecto que nutría su vida de sentido: según su relato, estaba escribiendo un libro que, de encontrar cabida entre los vericuetos del mercado editorial, sería un éxito entre los expertos de todos los medios de comunicación cultural, un fenómeno de ventas y, por si fuera poco, sentaría las bases para un nuevo formato de ensayo crítico, basado antes en la experiencia individual que en la estadística o el análisis y escrito en verso. La cosa empezó a torcerse cuando cometí el error de preguntarle qué diferenciaba su obra de aquello que cierto tiempo atrás dio en llamarse «poesía de la experiencia». La mujer entró poco menos que en cólera, me gritó de muy malos modos que si pensaba que su oficio estaba reñido con la cultura, y que ella, por muy puta que fuese, había leído con fruición a Ángel González, a Jaime Gil de Biedma e incluso a miembros de las nuevas hornadas como Luis García Montero; que no había entendido ni media palabra de todo lo que me había estado contando y que su revolución consistía en crear verdadero conocimiento a partir de lo particular. Se fue bastante indignada y, la verdad, en aquel momento a mí me dio bastante igual su enfado, y también su menosprecio por las normas que aportan un mínimo de rigor a las ciencias sociales; ya que, tras la quinta puerta de todas las que se disponían en torno a las esquinas de la estancia, apareció un hombre que, a pesar de su corta estatura, podría haberse calificado como apuesto, con el rictus de la frente brillante de sudor y la bragueta a medio abrochar; y deduje que Susana no tardaría en adecentarse para regresar al salón en busca de una mayor productividad en las horas dedicadas a su segundo desempeño profesional. Mi intuición, que raras veces falla, tardó poco más de un cuarto de hora en materializarse: el contorno perfecto de la atractiva socorrista se dibujó bajo el mismo marco que aquel caballero acababa de atravesar, y en cuanto se acercó unos metros pude apreciar el revoltijo húmedo que aún

formaba su melena y el agradable olor a pasta de dientes que desprendía. Tardó un instante en percatarse de que yo estaba allí, de pie frente a ella, con un *gin- tonic* al que no le había dado más de un sorbo en la mano derecha y dedicándole una intensa mirada que oscilaba entre el ensueño y la ansiedad.

—¿Federico? ¿Qué coño haces tú aquí otra vez?

—Esperarte.

—¿A mí? —Su mirada se desplegó, sin subterfugio alguno, a lo largo y ancho de la estancia—. ¿Y Joaquín Mendoza? ¿No viene contigo?

—¿Y tú por qué sabes su nombre?

—A ver si te crees que las putas tenemos prohibido ver el telediario.

—Esta vez he vuelto a venir solo.

—Hay que ver, ¿eh, Fede? Hay que ver. Anda, pasa, no te quedes ahí como un pasmarote.

XXXVI

Primero fueron los tres botones, situados a la espalda, donde apenas podía llegar con sus dedos delgados y delicadas uñas. Luego, las mangas se llenaron de aire, y las alargadas oquedades que dejó la ausencia de los brazos poco a poco se deshincharon en un alarde de lentitud. La blusa no fue capaz de convencer al torso para que se quedase dentro, y su presencia en el suelo me recordó que mis tiempos y los suyos no eran los mismos. El broche, pese a su aparente complejidad, cedió demasiado pronto ante una certera combinación de índice y pulgar, y antes de que los tirantes rozasen las axilas y las copas el ombligo, el perfil convexo de sus senos abarquillados rompió mi quietud.

—Susana, para.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Es que no he venido para esto.

—¿En serio, Federico? ¿Otra vez? Entonces, ¿qué estás buscando en un piso de alterne, me lo explicas? ¿Encargar una paella para doce?

—Joder, Susana, por favor, no seas así conmigo. Como te podrás imaginar, estoy hecho una mierda y no tengo con quién hablar.

A diferencia de lo que había hecho con mi madre algunas semanas atrás, a Susana sí que se lo conté todo, despacio, desde el principio. Me cuidé de enfatizar los detalles más escabrosos y de narrar con un detenimiento que rozaba lo masoquista los episodios más vergonzantes. Con ella no tuve la necesidad ni el deseo de obviar nada, de pasar de puntillas por las zonas de mayor oscuridad o de ocultar la cara de los hechos que me dejaba en peor lugar. Por primera vez, desde que me vi envuelto en aquel asunto en el que Natalia me había introducido una noche de noviembre, experimenté la libertad de quien habla sin culpa o, lo que es lo mismo, con una confianza plena en la discreción del interlocutor. Como si estuviera acostumbrada a escuchar testimonios de inusitada dureza entre las paredes de aquel improvisado confesionario, Susana me prestó toda su atención, y en la cara llevaba impresa la indiferencia que procura mostrar quien ha sido juzgado con crueldad y sin reservas. Escuchó mis lamentos, mis confidencias y mis anhelos; oyó mis sollozos, mis lloros y mis gritos de impotencia. Cuando me quise dar cuenta había hablado durante hora y media, a los pies de la cama se extendía un charco de pañuelos de papel usados y los pezones de Susana, ovalados y abundantes, se habían endurecido por el frío y la sorpresa.

—Joder, Fede, alucino contigo. Nunca me habría imaginado que pudieras andar metido en historias tan turbias.

—¿Qué hago?

—Mira, chico, yo no soy quién para dar consejos, y mucho menos en un asunto tan delicado como este, ¿me entiendes?

—Ya, Susana, pero...

—Déjame acabar. Lo único que puedo hacer es contarte mi historia, quiero decir, lo que me pasó a mí. Por qué estoy aquí y todo ese rollo. A lo mejor te sirve para aclararte las ideas. Y sobre todo para que no hagas el gilipollas, Fede, que me da la impresión de que en eso somos expertos los dos.

XXXVII

—A ver cómo te cuento yo todo esto. Antes que nada, te advierto: hoy puedes llamarme Susana si quieres, porque las circunstancias son particulares, pero luego voy a tener que cobrarte igual, que si no la jefa se escama. El caso, Federico, es que mi padre hablaba muy mal. Pero que muy mal. No me refiero solo a que dijese muchos tacos (que los decía), sino a que su uso del lenguaje estaba plagado de incorrecciones. No te quiero contar nada de su forma de escribir, si es que a eso que él hacía se le puede llamar así, porque no terminaríamos nunca. Tan solo con obligarlos a escuchar las palabras que pronunciaba en voz alta habría conseguido que algún que otro miembro de la Real Academia tuviese la tentación de llamar a la policía. Su habla estaba llena de vulgarismos, oraciones a medio construir y preposiciones mal empleadas. Por no saber, ni siquiera sabía distinguir cuándo era adecuado utilizar un adverbio y cuándo un adjetivo.

»Lo que quiero decir, Federico, es que mi padre hablaba muy mal, pero eso no era todo: además, mi padre era un hijo de puta. Se apostaba casi todo lo que ganaban entre él y mi madre, que ya de por sí era poco, en timbas ilegales de póquer. Llegaba borracho a casa un día sí y otro también. A mi hermano y a mí el dinero nos desaparecía de las huchas, y tardamos años en percatarnos de que era él quien nos lo robaba, probablemente para pagarse los vicios. Traía mujeres a casa, mujeres que, como te podrás imaginar, no eran mi madre. En fin, pues eso, Fede, qué más te voy a contar, que era un cabrón además de un necio. Yo, ya de niña, me di cuenta de que no era un buen ejemplo para nosotros, y de que lo único que conseguía con su actitud era traernos problemas. Y, aunque te parezca absurdo, esto fue lo que me pasó: asocié la maldad de mi padre con su manera de expresarse, y me obsesioné con el lenguaje.

»Mi voluntad por erradicar de mi habla todo atisbo de inexactitud llegó hasta el punto de que, al terminar mis estudios en el instituto, quise matricularme en la carrera de Filología Hispánica. Como podrás suponer, Federico, mi padre se negó a pagarme los estudios, pero conseguí una beca, me puse a trabajar y mi madre, que había podido esconder de mi padre una pequeña suma de dinero, me ayudó a costearme algunos libros y me regaló una lámpara de pared para que pudiese estudiar tumbada en la cama. Mi

hermano, como era previsible, no quiso estudiar, y para ella era todo un orgullo que al menos uno de sus hijos fuese a la universidad.

»Un año antes de licenciarme, mi madre cayó enferma, y no éramos capaces de averiguar qué le pasaba: cada vez estaba más delgada y demacrada, los dolores por todo el cuerpo no le permitían levantarse de la cama y su voz se volvió ronca y grave; pero los médicos no encontraron ningún mal con el que vincular todos estos síntomas. Las clínicas privadas estaban lejos de nuestro alcance y, por si la enfermedad no fuese desgracia suficiente, a mi padre le embargaron el piso. Lo único que yo deseaba era que mi madre se curase, y fue entonces cuando me metí a puta. Con el dinero que gané pudimos ingresar a mi madre en un centro especializado en cuidados paliativos, donde permaneció, sedada hasta las cejas, hasta el día en que murió. Sin embargo, Fede, tú sabes mejor que nadie lo difícil que es mantener un secreto, y poco después del entierro uno de los amigos de mi padre le fue con el cuento de que había visto a su hija —de lejos— en un piso del centro. Y él, que a pesar de ser un alcohólico y un ludópata seguía siendo un malnacido, me echó de casa.

»La verdad es que no me importó demasiado no poder terminar mis estudios. Hacía tiempo que había cumplido mi objetivo de aprender a manejarme con corrección y solvencia lingüística. La literatura, por otra parte, nunca me interesó demasiado, la verdad. Qué quieres que te diga, Fede, a mí los libros se me caen de las manos, y me aburre profundamente leer milongas sobre pobres gentes que ni siquiera han llegado a tener la fortuna de existir. Por otra parte, te reconozco que mi nueva profesión no me terminaba de incomodar, y, aunque es verdad que al principio me prometí que dejaría el piso en cuanto encontrase otro trabajo, acabé por compaginar la prostitución con el puesto que se me ofreció, por medio de un cliente habitual, en la misma piscina donde hice el cursillo de socorrista. Los alquileres seguían subiendo, la cesta de la compra cada día estaba más cara y no me podría haber permitido seguir viviendo en el barrio sin el sobresueldo que me sacaba, y que me sigo sacando, en San Bernardo.

»Hasta aquí, todo correcto, ¿no? Una vida más o menos normal, con sus vaivenes, que podría ser la de cualquiera de las chicas que trabajamos en este piso. De hecho, yo ni siquiera he tenido que irme de mi país, como es el caso de muchas de ellas. Tampoco me ha ido tan mal. No soy desgraciada, aunque tampoco puedo decir que sea feliz. Bueno, pues agárrate, porque ahora viene lo gordo. Mi padre, con quien no había vuelto a hablar y que unos años después de la muerte de mi madre ya tenía un pie en la tumba, se aficionó,

según me contó el muchacho del estanco, a la Bonoloto. Pocas horas antes de marcharse al otro barrio, le pidió a mi hermano, que seguía viviendo en casa, que fuese al estanco a comprobar si le había tocado. Cuando volvió, el pobre hombre ya estaba muerto, y todos los ceros de aquel boleto —que eran muchos— se sumaron a la cuenta corriente de su único hijo varón, quien tras aquel episodio tardó poco en casarse y comprarse una casa propia.

»Ya ves, Fede, la vida da mil vueltas. Si de pequeña no hubiese aborrecido la manera de hablar de mi padre, si no me hubiese empeñado en ir a la universidad, o si no hubiese tratado de alejarme del caos que reinaba en mi casa, quizás ahora tendría una vida acomodada como la que tiene mi hermano. Por lo que sea, no ha sido así. Ahora, las únicas cosas que sé hacer son dar vueltas alrededor de una piscina, abrirme de piernas y expresarme con corrección, y te aseguro que esto último es, con diferencia, lo que me ha servido de menos.

»Lo que te quiero decir con esto, Federico, es que tú eres como mi hermano: uno de esos imbéciles a los que, sin haber hecho nada en la vida, la suerte les toca de pronto con su varita mágica de hacer millones. Así que espabila, que estás gilipollas, y aprovecha la oportunidad. Cúbrete las espaldas, cállate la boca, salva a ese viejo, coge el dinero y corre. Cuando lo tengas, ven por aquí. Quizás todavía estés a tiempo de salvar a una fulana de sus miserias.

03.19 A. M.

Y, por lo que más quieras, deja de pensar en la Loli de una vez, tía, que pareces imbécil. ¿De verdad te estás planteando perdonarla? No me hagas reír, niña, por favor. Mira, guapa, esa pedazo de zorra te ha engañado porque no es capaz de comprometerse con nada. Vamos, que ni viviendo contigo, nena, ni por esas ha sido capaz la muy cabrona de no pegártela con otro. Que sí, que yo lo comprendo todo, Natalia, y ya sé que te sientes en deuda con ella por haberte acompañado durante todo el proceso. Por no haberte abandonado. Tú contabas con otra cosa, ¿verdad, reina? Te esperabas que tu novia te dejase cuando te mostrases al mundo tal y como eres. Y es verdad que no lo hizo, querida, y que incluso te pudiste refugiar en su casa cuando parecía que todo iba en tu contra. Pero qué quieres que te diga, lo cortés no quita lo valiente, ¿no? Te ha mentado, se ha liado con un pelele y ahora te viene con el cuento de que te quiere. ¿Que te quiere? Que se lo hubiera pensado antes, mona. A ver, que yo no te digo que no le echas un polvo como el de hoy de vez en cuando, churri, que tampoco eres tonta, pero hija, de ahí a perdonarla y dejarle que vuelva a casa como si no hubiera pasado nada... Que no, Nati, coño, que no, que has hecho muy bien en echarla en cuanto se ha puesto pesadita. Yo no te digo que en un futuro no pueda haber algo, pero rica, esto te lo tiene que pagar, tiene que sufrir, tiene que verse a sí misma de rodillas, llorando y suplicando, como esta noche. Te lo digo yo, cariño, que este tipo de personas no aprenden de otra manera. Además, monada, ya no es por ella, es por ti: es una cuestión de dignidad.

Pero ojo con la Loli, ¿eh? No te dejes liar, no te confíes ni un poco, que estará muy buena y te gustará mucho, chica, pero es muy falsa. Lo ha sido siempre, desde que la conoces. Y muy bocazas, hija mía, muy bocazas, que a ti te ha contado la vida en verso de cualquiera que se le haya puesto por delante. A ver, bonita, tampoco te alarmes. No creo que haya sido tan boba como para largarle al panoli de Federico nada sobre *el plan*, más que nada porque si habla la crujen, te digo yo que si le ha contado algo y el tonto ese la denuncia, la enchironan, que ella es una cómplice de las de manual, vamos, de libro, guapa. Acuérdate de que la idea de llamar a Fede, en el fondo, fue suya. Que no, coño, que la Loli es muy cabrona pero también es muy lista, y es imposible que haya soltado nada por esa boquita que haya podido comprometerla ni lo más mínimo, vamos, niña, que me juego las dos manos a

que esa no ha soltado prenda sobre el plan. Que sí, que ya sé que no das crédito ni a uno solo de sus lloros, joder, tía, que tú eres lo suficientemente espabilada como para no dejarte liar por una encantadora de serpientes como la Loli. Ella te jura y te perjura que no ha contado nada, y esta vez, y sin que sirva de precedente, Natalia, deberías creer en su palabra. Ya sé que esa no ha cambiado por mucho que ahora parezca arrepentida, y que si no fuera por su propia implicación en el asunto seguro que lo habría largado todo, reina, pero es una cuestión de sensatez: nadie, repito, nadie, y muchísimo menos alguien como la Loli, va a confesarle al primero que pase, querida, algo que la comprometa. Y si por cualquier cosa lo ha hecho, nena, si ha sido tan mamarracha como para poner en riesgo el plan, entonces, churri, ni siquiera le dará tiempo a pisar la trena de lo rápido que te la vas a cargar.

EL PARTIDO Un desenlace como otro cualquiera

*Hoy será un día de mierda,
y toda la culpa será mía.*

SIDONIE,

Un día de mierda

*Qué manera de aguantar,
qué manera de crecer,
qué manera de sentir.*

*Qué manera de soñar,
qué manera de aprender,
qué manera de sufrir.*

*Qué manera de palmar,
qué manera de vencer,
qué manera de morir.*

*Qué manera de jugarse en el derbi la pelvis,
¡que viva mi Atleti de Madrid!*

JOAQUÍN SABINA,

Himno del centenario del Atlético de Madrid

PRIMERA PARTE

Los ojos enfocan un botellín de Mahou. La mano derecha lo abraza y percibe su gélida promesa de victoria. El pecho retumba. *Atleti, Atleti...* Los ojos se alzan para observar al amigo, hoy rival. Atlético de Madrid... El amigo viste una camiseta blanca con un siete a la espalda. *Atleti, Atleti...* Los nudillos crujen. Los ojos buscan al acompañante, y lo encuentran tembloroso y cubierto de sudor. La cabeza le dedica un gesto árido para avisarle: estás vigilado. Atlético de Madrid... El acompañante mira a todas partes, pero parece no ver nada. El codo, apoyado en la barra, hace caer un cenicero cerámico. Los ojos encuadran el cenicero mientras se parte. Uyyyyyy... Los ojos viran hacia el televisor y la frente se frunce ante un disparo por encima del larguero. Jugando, ganando, peleas como el mejor... Los pies aprovechan un saque de puerta en corto para poner rumbo a la trastienda. La memoria se excita ante las fotografías colgadas a lo largo del breve pasillo. Porque siempre la afición se estremece con pasión... Aragónés. Simeone. Gárate. Adelardo. Futre. Schuster. Forlán. El Niño Torres. La historia del club desfila ante los ojos. Cuando quedas entre todos campeón... La mano izquierda agarra el palo de la escoba, del que cuelga un recogedor de plástico. Los oídos descodifican un grito. ¡Pero qué pitas, hijo de puta! El brazo derecho se alarga para sacar una caja de veinticuatro tercios del fondo de un refrigerador. Piernas, para qué os quiero: ¿qué ha pasado? Y se ve frente al balón a un equipo de verdad... La repetición de una falta dudosa provoca que la mano suelte la escoba y se alce en señal de protesta. Los pulmones toman aire. La garganta vibra. Que esta tarde de ambiente llenará... El torso se destensa. La espalda se inclina para posar las cervezas y recoger la escoba. Mientras los brazos barren los fragmentos del cenicero, los ojos se posan, alternativamente, en el terreno de juego y en los clientes del bar. Yo me voy al Manzanares, al estadio Vicente Calderón... El árbitro pita un córner. Una mujer sujeta a un bebé vestido de rojiblanco sobre la mesa. Donde acuden a millares los que gustan de un fútbol de emoción... El portero despeja el balón con los puños cerrados. Un chiquillo pierde sus gafas en un salto y su padre le pega en la nuca. Porque luchan como hermanos defendiendo sus colores... Saque de banda para el rival. Un muchacho de tez pálida se apoya en la barra y rebusca en su mochila hasta encontrar una bufanda de su equipo. Se la coloca alrededor de los hombros y se acerca al televisor. Con un juego noble y

sano... Los blancos construyen un ataque pausado desde atrás. El acompañante del amigo da vueltas por el bar. Parece asustado. Derrochando coraje y corazón... Los pies rodean la barra y se acercan al acompañante: Federico, ¿te pasa algo? Atleti, Atleti... Está borracho. Todo en orden. Paradón. Ufffff... La boca exhala un momentáneo suspiro de alivio. Minuto 43. Un cliente habitual se tropieza con algo. Javi, macho, a ver si apartas este macuto de aquí, que casi me mato. La mano derecha le quita la chapa a un botellín y la izquierda lo planta frente al cliente. Atlético de Madrid... El colegiado hace sonar el silbato tres veces. Minuto 46. Empate a cero. Me salgo a fumar un piti, que me va a dar un infarto. Fin de la primera parte.

DESCANSO

Aún no me cae el veinte. No puedo creer que ese pinche huevón no haya aparecido. ¡Vas y chingas a tu puta madre, cabrón! *Najuy*^[1], no mames, se fue al carajo todo lo que habíamos planeado, estaba de putísima madre nuestro plan, y ahora voy a tener que improvisar porque al pinche gallego le valió madres venir. No, si está chingón pensar que el güero lo hace todo, que el Ruso acá es suficiente para cargarse al cabrón de las fotos, *blin*^[2]. Sí, tú tranquilito, empolla a gusto, pincho puto, es que vales verga. Se aprovecha porque sabe que soy bien chingón y las puedo todas. *Mat' tvayu*^[3]... Ahora no tengo quien me haga segunda, no puedo quedarme aquí, decirle al pendejo ese del bar «qué pedo, una chela» y dejar caer, así sin tos, la mochila, y que no me echen aguas. *Blyat'*^[4], me lleva la chingada, en serio, no era tan difícil venir a esta pinche cita, estaba en horario. Ya me vale madre, yo he venido aquí a chamber y si no me ayudan a cargarme a este cabrón y a no llevarme a nadie entre las patas... ¡*Pisdets*^[5]! Pos ya yo dejé la bolsa con la bomba donde el pinche ricachón y listo, nos vamos, si chupan faros dos o tres más no es mi culpa, la culpa es de ese puto que no vino. Me limpio las manos. Todo sea por las criaturas. Estoy quebrado, necesito el baro, esa es la neta, y si para llevar a mis hijos a Disneylandia, ¡a mis hijos, que nomás han visto Tetuán y ya!, si para eso tengo que quitarme de en medio a algún teporocho, o al pinche fresita ese amigo del viejo, a mí, la verdad, me vale pito. Que un jarocho es un jarocho, por muy güerito que parezca; y además tengo sangre rusa, así que de rollero nada, *suka, blyat'*^[6], a mí me importa un cacahuete todo, como al pinche Putin, y si no mira el cabrón la que ha organizado en Ucrania.

SEGUNDA PARTE

Los pies vuelven dentro. La mano descorcha otro botellín, el sexto que traspasa la garganta e inunda las entrañas. *Qué manera de aguantar...* El árbitro reanuda el partido. Los ojos se cierran en una plegaria muda. Los dientes muerden el labio inferior. La sangre impregna la lengua. Sácate unas patatas, tío, que estoy atacaó. Los ojos no se despegan del televisor mientras el brazo, de manera automática, se estira para alcanzar la bolsa de aperitivos. El amigo se pavonea. Estáis encerrados atrás, macho, así no se gana ni a las chapas. Los ojos ya no atienden a lo que pasa en el local, porque la experiencia adelanta que nunca pasa nada, y también porque no son capaces ya de ver nada más allá. *Qué manera de crecer...* Las rodillas flaquean ante una ocasión perdida del rival. Hostia puta, cabrón, de puto milagro. Las uñas se deshacen por insistencia de los incisivos. La voz quiere asesinar al amigo, hoy adversario: Joaquín, cállate la puta boca. *Qué manera de sentir...* Los ojos se achinan para descifrar el cronómetro de la parte superior de la pantalla. Veinte minutos, más el descuento, y el partido sin decantarse. Un grupo de colchoneros jóvenes se acerca a la barra. El cerebro descarga adrenalina tirando cañas dobles, que se desbordan y se llenan de espuma. Joder, Javi, tírame todo esto y ponme cerveza de verdad, copón. Quince minutos. La prórroga cada vez más cerca. *Qué manera de soñar...* Los oídos deambulan un poco y escuchan un ronquido suave y continuo. Los ojos localizan al acompañante del amigo, que duerme en un rincón: ¿Federico? Déjalo, macho, ahí no te molesta, está borracho y el partido no le interesa una mierda. Lo que hay que aguantar. Un saque de esquina perdido hace que la palabra se acelere: A ver, quien quiera algo que lo pida ahora, que yo los últimos diez minutos no voy a poner ni un tercio. *Qué manera de aprender...* Muchos de los clientes se apelotonan en la barra. Las manos se mueven rápido y al compás, en una sucesión de corchos retirados, botellines abiertos y grifos accionados. Hay que ver, Saiz, menudo tabernero de mierda estás hecho. El alcohol desfila a través de un enjambre de dedos que se pasan las bebidas unos a otros. *Qué manera de sufrir...* La camaradería asoma. Los pulmones se relajan un instante. Los oídos se escandalizan por culpa de un grito. Ay, joder, me cago en la puta, Javi, menuda hostia me he dado en el pie. Llévate la puta mochila a la trastienda, que el guiri ese se la ha dejado. El puño se cierra con fuerza alrededor del asa. Los pies ponen rumbo a la

trastienda y aceleran el paso. Qué manera de palmar... Un instante de quietud. Los oídos se empapan de estruendo.

Gooooooooooooooooooooooooooooooooooooo... El corazón se para... del Atléticoooooooooo de Madriiiiiiid... El corazón se encabrita. La boca enmudece. Los músculos fallan. Los ojos se nublan. La piel se eriza. El puño se aprieta. Qué manera de vencer... El amigo, que hoy es rival, pero que antes que rival sigue siendo amigo, corre a la trastienda. Hostia, Javi, maricón, date prisa, me cago en la puta, te lo vas a perder. Las piernas no responden. Venga, joder, minuto 91, vais a ganar la Copa de Europa de una puta vez y tú en la trastienda. El amigo agarra el brazo. Tira. Qué manera de morir... El puño se afloja. La mochila cae. La bomba revienta.

Los oídos ya no oyen, pero los ojos aún ven. Los ojos ya no ven, pero la piel aún siente. La piel ya no siente.

Todo es silencio.

ESCENA 3

Imagen 1:

En un plano general del plató, se ve al vidente sentado sobre su mesa, con las piernas colgando del tablero, vestido con una túnica de color morado brillante. Mira con descaro a su ayudante, esperando una señal, mientras se oye la sintonía del programa, en un *decrescendo* continuo.

(La cámara 1 enfoca al vidente, *close up* de su rostro, *zoom* desenfocado de las arrugas de su frente. La cámara 2 recupera el plano de su cara, fórmula habitual de saludo a la audiencia).

La sintonía se desvanece. Breve silencio. Suena el teléfono. El vidente lo coge al primer tono, con una urgencia exagerada. (La cámara 3, antes en plano general del plató, enfoca al vidente en primer plano un segundo antes de que comience la conversación telefónica).

Diálogo 1:

VIDENTE. —Buenas noches, dígame si es tan amable con quién tengo el gusto de hablar.

VIRGO. —Soy una Virgo que ya pasa bien a gusto de los sesenta, ay, qué le vamos a hacer.

VIDENTE. —Querida Virgo, la edad no es lo importante para que el alma sea pura. ¿Desde dónde nos llama?

VIRGO. —Le veo todos los días, sin excepción. Llamo desde mi casa en Tetuán.

VIDENTE. —¿Desde Marruecos está llamando usted?

VIRGO. —No, hijo, no, Tetuán en Madrid. Ay, Dios mío, ¿cómo voy a llamar yo desde Marruecos? Disculpe que le diga pero hoy está usted un poco alelado.

(Cámara 1, imagen panorámica del set de rodaje. Pausa larga, el vidente respira hondo y se traga sus palabras para no contrariar a la persona con la que está hablando. La cámara 3 vuelve a enfocar, en cuestión de treinta segundos, el rostro cetrino del vidente).

VIDENTE. —Dígame, querida Virgo, ¿cuál es el motivo de su llamada?

VIRGO. —Mi hijo.

VIDENTE. —¿Cómo se llama su hijo?

VIRGO. —Federico, hijo mío, se llama Federico. Y es un cabeza loca, ay, qué le voy a hacer, el pobre no es muy vivo y a nada que alguien le dé alas se le llena la cabeza de pájaros, ¿sabe cómo le digo? Ay, qué pena.

VIDENTE. —Su hijo vive con usted, ¿sí?

VIRGO. —Así es, cómo lo sabe usted, cómo se nota que es adivino. Y a este paso va a quedarse en casa toda la vida, ay, toda la vida, eso si no lo meten en la trena, claro.

VIDENTE. —¿En la cárcel, querida Virgo?

VIRGO. —Ay, hijo, es que está metido en un lío de *cuidao*, ha habido una explosión, una bomba, y yo he intentado sacarle de ahí antes de que pasase nada, porque yo lo sabía, porque una madre lo sabe todo. Razonando con él no, porque mi hijo es que es muy burro y no razona, ¿comprende? Ay, una tiene sus trucos, sus métodos, pero ni por esas...

VIDENTE. —Su hijo está enfermo, ¿sí?

VIRGO. —Ay, si yo le contara... ¡Lo que está es tonto! He tenido que tomar cartas en el asunto para que no lo mandase todo al carajo, ¿sabe cómo le digo? Una oportunidad como esta... Usted ya sabe de qué le hablo, hijo, claro.

VIDENTE. —Esto... Claro, claro que lo sé, querida Virgo. Y necesita usted que hagamos hoy aquí una oración por su hijo, ¿sí?

VIRGO. —Pues, ay, mire, una oración no sé, porque yo soy comunista de toda la vida, ¿sabe? Vaya, que lo de los rezos mucho mucho no me lo creo, pero si me diera usted, hijo, que lo adivina todo tan

bien, que yo le veo todos los días, un consejo para resolver el lío de mi hijo, ay... Lo de la explosión, quiero decir, lo de la bomba, y sobre todo no perder lo que hemos ganado, ¿comprende? Es que mi hijo es un poco imbécil, ay, qué le vamos a hacer.

VIDENTE. —Usted le ha hecho algo a su hijo, ¿sí?

VIRGO. —¿Algo? Ay, señor, cómo lo sabe usted de bien, pero no ha sido nada importante, lo justo para que no se tenga que arrepentir el día de mañana, ¿sabe? Que una madre es una madre.

VIDENTE. —En eso tiene usted toda la razón, querida Virgo. Una madre es una madre, y las madres tienen una intuición cuasi mágica, ancestral, en lo que respecta a los asuntos de sus hijos. Usted le quiere, ¿sí?

VIRGO. —¡Claro que le quiero! Ay, pero es tan borrico...

VIDENTE. —Siga su instinto maternal y todo saldrá según lo espera, ¿sí? Bendiciones y buenas noches.

La llamada se corta entre balbuceos de la telespectadora. (Silencio forzado, alejamiento de cámara 1, vista panorámica aérea del plató. La cámara 2 encuadra los rostros del vidente y su ayudante, ambos comparten plano).

AYUDANTE. —Con esta ayuda tan sabia y acertada de nuestro admirado vidente les recomendamos que hoy, que la luna está tan llena y los poderes del adivinador se ven potenciados por este hecho, sigan llamando al número que ahora mismo aparece en pantalla. Si a usted, sí, a usted, que nos está viendo en casa, le preocupan el amor, la salud, el trabajo o, como era el caso de nuestra querida amiga Virgo, la familia, no dude en sentir de primera mano los efectos del don y la experiencia del auténtico chamán del presente, del pasado y del futuro.

Se introduce música de fondo, con *fade in* (*Alone in Kyoto – Air*). 00:01:18-00:02:00.

(Cámara 1, imagen general de los dos hombres, *zoom out*, se convierte en panorámica aérea). Vidente y ayudante continúan hablando en voz baja, el micro se cierra.

(Desvanecimiento progresivo del plano aéreo sostenido por la cámara 1, fundido a negro). Salida simultánea de la música de fondo, con *fade out*.

Corte de escena. Entra publicidad.

EPÍLOGO

TRES COSAS HAY EN LA VIDA

SALUD,

—Oye, hace mucho tiempo que no me acuesto con tu padre, con lo putero que es.

—Es que se está muriendo.

—¡Ah! Pues será de eso...

JOSÉ LUIS CUERDA,

Amanece que no es poco

Fede, macho, lo que te estás perdiendo. Estoy en el palco del Bernabéu. Sí, ya sé que he estado mil veces, que no tiene nada de especial, pero es que eso no es todo: está a reventar de gachís desnudas, chaval. Como lo oyes. En cueros. Joder, yo ya sé que estoy en coma, pero no por eso me he vuelto gilipollas, chico, y creo que sé reconocer cuándo un buen par de melones existen o son un producto de mi imaginación. Te lo juro, coño, esto es real. Cuando despierte y te lo cuente no te lo vas a creer, como si te estuviera oyendo, diciendo tonterías con ese tonito de listillo que te gastas. Pues me da igual, macho. Yo estoy aquí y lo estoy viendo con mis propios ojos, colega, y tocando con mis propios dedos, vamos, que la tía de al lado me acaba de pedir que le agarre una teta. A lo mejor me he muerto y esto es el cielo ese del que nos hablaban, tío, a ver si van a tener razón los moros y lo que nos espera en el paraíso es un harén de pibas desnudas. Manda huevos, tal cual, eso debe de ser. Bueno, mira, me da igual, el caso es que he entrado, ¿no? Y si es verdad que al final son los moros los que controlan el derecho de admisión, por lo visto me han perdonado lo del jamón de bellota, porque aquí estoy, macho, y el ambiente no podría ser más acojonante. Ahora se han callado todas de golpe, pero hasta hace un segundo te juro que estaban coreando una de Los Panchos. *Mujeeeeeeeeer, si puedes tú con Dios hablar...* A ver, a ver, Federico, no me líes, que en el campo está pasando algo y todavía me lo voy a

perder por tu culpa. Qué silencio, chaval. Acojona, ¿eh? Espera, espera. No me lo puedo creer. Joder, Fede, me cago en la madre del cordero. Más me vale seguir en coma y no haberme muerto, coño, porque como esto sea de verdad el más allá yo no me quedo, eh, chaval, te juro que me largo como sea. Es mi mujer. Esa loca que está en el centro del campo, desnuda y con un megáfono en la mano, es mi mujer, macho, como lo oyes, y ella está muerta, yo te había dicho lo de que se había ido a Chile pero en realidad está muerta, ya te lo explicaré cuando me despierte, ahora no está el horno para bollos, coño, Federico. Y va a hablar. La muy puta va a hablar, ya la estoy viendo venir, joder, mierda, ya tiene el megáfono en la boca. *De aquí no te puedes escapar, ¿eh, viejo?* Fede, hijo, haz lo que sea pero sácame de aquí, por lo que más quieras: si ya da puto miedo que tu mujer muerta te hable, imagínate si lo hace con voz de tío.

DINERO

Dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre,
esa cosa es lo que somos.

JOSÉ SARAMAGO, *Ensayo sobre la ceguera*

Eso es. Desnúdame con esos dedos grasientos, blandos, desagradables; y deja que el ansia impregne la habitación con tu hedor. Me da igual. Tal vez a Susana le habría importado. A mí no. Así, manoséame, me traen sin cuidado las marcas que dejes en mi tripa, en mis senos, en mi costado. Quizás ayer habría impuesto algún límite, habría gritado y tú habrías acabado en la calle, medio desnudo y sin cartera, por haberte pasado de listo. Desde luego, si decidiese hacerlo, no sería la primera vez que la ley de la sororidad triunfa en este piso. Pero hoy no, hoy puedes horadar surcos en mi cuello, ya enrojecido por el paso rudo de tu barba, y humedecerlos luego con esa saliva nauseabunda que huele a sudor y a fruta podrida. Hoy me lo merezco. Por favor, insúltame: llámame de todo, porque todo será verdad. Susana estaría de acuerdo contigo. Al fin y al cabo, le he destrozado la vida a un hombre bueno; y otro, al que ni siquiera conocía, ha muerto por mi culpa: una víctima colateral de un ataque terrorista contra un magnate del sector textil, presumen en las noticias. Si ellos supieran. Más fuerte, abofetéame mientras mi garganta recibe tu falta de delicadeza, no me voy a quejar. Al final, todo es una cuestión de dinero. De lo que estés dispuesto a pagar. De lo que estés dispuesto a hacer para conseguirlo. Susana se habría escandalizado ante esta afirmación, pero ella ya no está aquí. Va, no te rajes ahora, introduce la mano entera, desgárrame y deja que el dolor fluya desde tus uñas hasta mis entrañas. Oferta y demanda, nada más. De eso va la felicidad, ¿no? Por eso Susana nunca la encontró. Arráncame el pelo. Te lo suplico. En el fondo, cuando empecé en esto sabía dónde me metía. Nadie me obligó. Al principio

hasta me gustaba. Dinero fácil, como el que ganó mi hermano, como el que habría ganado Federico de haber sido capaz de evitar la tragedia. Más duro, embísteme contra la pared. Hazme gritar aunque no sea de placer. Solo así consigo dejar de pensar en el dinero, en la felicidad, en la muerte. Si escuece es que estoy viva. Lo demás es una quimera. Azótame. Sin piedad. Federico aguantó por dinero, porque yo le convencí de que así le llegaría la dichosa felicidad. Lo único que llegó fue la muerte, y ahora soy yo la que debe soportar tus embestidas con la escasa dignidad de los vencidos. Eso es, vacíate, que ni una gota de ti les sea ajena a mis arcadas. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Eso nos hacía repetir el cura cada domingo, ¿no? Qué razón tenía. Muy bien, ponte rápido la ropa interior, abróchate los pantalones, deja el dinero en la mesilla y ni me mires. Así debe ser. Si Susana me viera..., pero esa ya no ve nada. Ir tras algo que no existía acabó por cegarla. Adiós, guapo. Vuelve cuando te plazca. Tengo total disponibilidad. Haz conmigo lo que quieras, pero no me llames Susana. Yo no soy Susana. Ya no.

Y AMOR.

*Tienes el consuelo de saberte llena
de cariño limpio y amor sincero,
porque nadie supo robar de tus besos
eso que te sobra y que nadie añora.*
CAFÉ QUIJANO, *La Lola*

FISCAL. —Con la venia de su Señoría, voy a proceder a interrogar a la testigo doña María Dolores Ibáñez Gala, quien ha solicitado aportar su testimonio por voluntad propia.

JUEZA. —Proceda.

FISCAL. —La testigo doña María Dolores Ibáñez Gala será interrogada para clarificar la implicación del acusado don Eduardo Mendoza Llach en el asesinato en grado de tentativa de su padre, don Joaquín Mendoza de Miguel, que se consumó con la muerte de don Javier Saiz Arias. Señora testigo: ¿podría indicarnos su nombre completo?

TESTIGO. —María Dolores Ibáñez Gala, pero si no les importa a sus señorías, prefiero que me llamen Lola.

FISCAL. —¿Qué edad tiene y cuál es su profesión?

ABOGADO. —Protesto, Señoría. La pregunta resulta compleja.

JUEZA. —Ha lugar. Señor fiscal, reformule usted las preguntas.

FISCAL. —¿Cuál es su edad, señora testigo?

TESTIGO. —Treinta y cinco años.

FISCAL. —¿Y a qué se dedica usted?

TESTIGO. —Soy arquitecta.

FISCAL. —¿Podría decirnos dónde estuvo la tarde de los hechos?

TESTIGO. —En casa de mi ex.

FISCAL. —¿Es acaso su expareja el acusado don Eduardo Mendoza Llach?

TESTIGO. —Sí.

FISCAL. —Si el día de los hechos estuvo usted en casa del acusado, lejos del lugar de la explosión, ¿qué le hace pensar que esté implicado en el crimen?

TESTIGO. —Yo lo sabía.

FISCAL. —Disculpe, ¿está usted insinuando que conocía las presuntas intenciones parricidas del señor Eduardo Mendoza Llach?

TESTIGO. —Así es. Natalia, es decir, Eduardo, me contó su plan desde el principio.

FISCAL. —Dígame, señora testigo: si usted estaba al tanto del flagrante delito que estaba a punto de cometerse, ¿por qué no denunció al acusado?

TESTIGO. —Por miedo. Ya ve cómo se las gasta. Estaba aterrada de que pudiera hacerme daño si la delataba. Pero tampoco podía irme y dejar que siguiese adelante, así que me quedé y traté de persuadirla de que abandonase su plan. A la vista está que no lo hice bien.

FISCAL. —Dígame, señora testigo: ¿qué tipo de relación la une con don Federico Ramírez Leal?

ABOGADO. —Protesto, Señoría. La pregunta es irrelevante.

JUEZA. —El señor Federico Ramírez Leal es el principal sospechoso de la ejecución de un ataque terrorista. Claro que es relevante. Conteste, señora testigo.

TESTIGO. —Tuvimos una relación de pareja.

FISCAL. —¿Hasta cuándo se prolongó la citada relación, señora testigo?

TESTIGO. —Hasta abril de este mismo año.

FISCAL. —¿Le confesó a don Federico Ramírez Leal lo que supuestamente sabía sobre las intenciones del señor Eduardo Mendoza Llach?

TESTIGO. —Sí, lo hice. Él era amigo de Joaquín, y yo no sabía a quién acudir.

FISCAL. —¿Cree usted, señora testigo, que el señor Federico Ramírez Leal podría estar vinculado de algún modo con una red de grupos terroristas de extrema izquierda?

ABOGADO. —¡Protesto, Señoría! Alabado sea Dios.

JUEZA. —No tiene por qué contestar, señora testigo. Letrado, compórtese. Continúe, señor fiscal.

TESTIGO. —Es imposible que Federico estuviese metido en ese tipo de historias. Él trabajaba para Natalia, ¿sabe? Es decir, para Eduardo. Utilizaba su confianza con el señor Joaquín Mendoza para obtener información

relevante y transmitírsela a ella. No es más que un pobre hombre. No haría daño ni a una mosca.

FISCAL. —Es evidente, señora testigo, que la ciega una cuestión de índole personal.

ABOGADO. —¡Protesto, Señoría! ¿Qué tipo de caza de brujas es esta?

JUEZA. —Controle sus valoraciones, señor fiscal. Aquí la única que ha venido a juzgar, me parece, soy yo.

FISCAL. —Disculpe, Señoría. Solo tengo una pregunta más, señora testigo: ¿qué la lleva a estar aquí, hoy, sobreponiéndose a su presunto temor y declarando en contra de quien hasta hace poco era su pareja?

TESTIGO. —Un afilado sentido de la justicia, señor fiscal.

FISCAL. —La justicia le importó bien poco cuando, según usted, ocultó una información que podría haber evitado un asesinato. ¿No será más bien un acto de venganza?

ABOGADO. —Señoría, esto es inadmisibile.

JUEZA. —Responda, señora testigo.

TESTIGO. —Lo hago por amor.

FISCAL. —Sea más específica, señora testigo. ¿Por amor a su pareja, el señor Federico Ramírez Leal, en busca y captura desde el día de los hechos y presunto perpetrador del ataque?

TESTIGO. —¿Por amor a Federico? No me haga reír.

FISCAL. —¿Insinúa acaso que lo hace por amor a don Eduardo Mendoza Llach, a quien está intentando acusar de algo tan grave como un intento de asesinato contra su propio padre?

TESTIGO. —Claro que no. Hace mucho que sé que Natalia es una hija de puta sin remedio. Uy, discúlpeme por el término, señor fiscal, Señoría, pero es que ignoro el tecnicismo.

FISCAL. —No se vaya por las ramas, señora testigo. Entonces, ¿por amor a quién? ¿Al arte, quizás?

TESTIGO. —Por amor a la única persona a la que he querido de verdad y que hoy, por culpa de mi cobardía, está postrada en una cama del hospital sin poder abrir los ojos. ¡Sí, soy culpable! Llevo años enamorada de él, aunque entre nosotros nunca llegó a haber nada más que un par de episodios sexuales breves y sórdidos. Cuando Eduardo me confesó que en realidad era Natalia, me dio igual. Eso fue lo que sentí: indiferencia. Habría aceptado cualquier cambio en él, en ella, cualquiera, con tal de seguir viendo a su padre. Pero me equivoqué. Joaquín la rechazó tras su transición y aborreció todo lo que tuviera que ver con su nueva realidad, y yo estuve a punto de dejarla, porque

mi relación con Eduardo solo era un medio para estar cerca de Joaquín. Siendo Natalia, ya no me servía de nada. Pero antes de darme tiempo a reaccionar, me contó que tenía un plan para asesinarle. Y yo, que estaba convencida de que debía irme cuanto antes de aquella casa, ya no pude hacerlo. Me quedé y traté de salvar a mi gran amor, ese que nunca me quiso para nada que no fuese echar algún polvo morboso con la novia de su hijo. Convencí a Natalia para que contratase a un patán. Traté de evitar, así, que el asunto recayese en un par de manos hábiles. Cuando descubrí que tras aquel anuncio en la prensa local estaba Federico, me resultó fácil cruzarme en su camino. Le hice ver que lo quería: follábamos, y hasta le regalé un teléfono móvil. Esto me permitió tener controlada a Natalia a través del tonto de Fede: vigilé sus movimientos, manipulé sus decisiones e incluso, en alguna ocasión, llegué a espiar sus encuentros con Joaquín desde la intimidad que me ofrecía mi coche. Sin embargo, cuando llegó el momento de la verdad, no fui lo suficientemente valiente como para arriesgar mi vida y denunciar a Natalia. ¿Es eso lo que querían oír? Pues ahí lo tienen.

FISCAL. —No tengo más preguntas, Señoría.

TRES MANERAS DE INDUCIR UN COMA

PALABRA,

Porque tengo más fuerza que Chernobyl.

¿Tú te acuerdas de Chernobyl, este que ha *dao* la energía esa que se fue?

Pues más fuerza que Chernobyl tengo.

LOLA FLORES,

Entrevista con Jesús Quintero

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ay, Javier, hijo, perdona que me presente aquí con estas pintas, pero es que desde que mi Joaquín está en el hospital y mi Federico se ha ido a Dios sabe dónde, porque ya me dirás tú dónde se habrá escondido este hijo mío, que no es más bobo porque no entrena, pues qué quieres que te diga, ay, ya no tengo tantas ganas como antes de arreglarme. Tú me entiendes, ¿verdad? Claro que me entiendes, no me vas a entender... Si es que cualquiera que sepa lo que es tener un hijo medio atolondrado habría hecho lo mismito que yo, ay, guapo, menos mal que tú no me juzgas.

»Bien lo sabe Dios, que yo nunca he vivido por otra cosa que no fuese mi hijo, ¿me entiendes o no me entiendes? Ay, chiquillo, yo no sé si tú tenías hijos o si estabas casado, pero si lo estabas sabrás de lo que te hablo. Ay, ay, qué pena verte ahí, tan joven, bueno, verte no porque no se te ve, pero sí que está la lápida, que por cierto, déjame que te diga, niño, que te la han tallado preciosa y esto está llenito de flores, vamos, que tienes una tumba que da gusto verla. Ay, ay, qué lástima, con lo buen chico que parecías, hijo mío. Yo no te vi más que un par de veces y a través del cristal del bar, de lejos, pero vamos, que hay cosas que se ven a la legua, y ya me hubiera gustado a mí que mi hijo me hubiera salido la mitad de trabajador que tú, todos los días detrás de la barra, como Dios manda, claro que sí, como un hombre hecho y derecho.

»Ay, quiero que me comprendas, es que cuando yo me encontré aquellas fotos y aquella dirección mientras ponía la lavadora, en el bolsillo del chándal de mi hijo, enseguida supe que se trataba de algo que Federico no sería capaz de gestionar solo. Tú lo conociste, ¿verdad? Érais amigos, seguro, porque con lo que le quería Joaquín... Ay, mi Joaquín, que Dios lo tenga en su gloria, bueno, aún no en su gloria, gracias al Santísimo, pero que me lo cuide, por favor, que lo ayude a salir de esta... Bueno, pues lo que te decía, que si lo conociste sabes que era un pánfilo, ay, pobrecito mío, si es que de bueno era idiota, seguro que ni siquiera sabía quién era el hombre de las fotos, y yo lo reconocí al instante, ¡faltaría más! Don Joaquín Mendoza, el hombre del momento, tan guapo, tan interesante, con tan buen perfil, hijo mío, porque Joaquín otra cosa no, pero tenía (tiene, por Dios) un perfil que da gloria bendita verlo. En fin, que hablo y hablo y no callo, si me dejas me enrolla más que las persianas, y claro, tú no me cortas, chiquillo, tú que me vas a cortar, pues lo que te decía, que yo cuando intuí que mi Federico se estaba metiendo en camisas de once varas empecé a seguirle para tratar de averiguar lo que se traía entre manos, sin más objetivo, Dios me libre, que el de ayudarle si me llegase a necesitar.

»El caso es que al final, aunque estuve un tiempo vigilando de lejos sus escapadas al bar, y al piso de putas de San Bernardo, que Dios las bendiga, conocí antes a la hija de Joaquín que a él, aquel día que vino a casa a buscar a Federico. Yo me di cuenta de quién era al instante, claro, había visto su cara en las revistas mil veces, y me acordaba del pequeño revuelo que se causó cuando se supo lo de que en realidad era una muchacha. Ay, hijo mío, qué le vamos a hacer, es que la gente es mala, porque para mí, qué quieres que te diga, eso es lo de menos. Bueno, que no quiero tenerte aquí entretenido toda la tarde, ¿por dónde iba? Ah, pues eso, que justo después de conocer a Natalia me decidí a actuar, porque esa chica me cayó bien, ojo, pero me pareció un potencial peligro para mi hijo, pobrecito mío, así que aproveché que Federico había quedado con ella al día siguiente para ponerme lo mejor que tenía en el armario y pasarme por el bar. Nunca llegué a entrar, hijo mío, me daba miedo quedar como una pelandrusca, a mi edad una no puede permitirse ciertos lujos, guapo, así que le esperé fuera y fingí un encuentro fortuito, que me quedó, por cierto, bastante cinematográfico: si no de Hollywood, por lo menos de Almodóvar, te lo digo yo. Desde ese día todo fue muy fácil, y eso que yo no tenía muchas esperanzas, pero te lo juro, chiquillo, que fue así como te lo cuento: surgió el amor, ay, como en las novelas de Corín Tellado.

»Joaquín me hablaba de mi Federico sin saber que era mi hijo, y yo, que antes que amante fiel soy una madre, y una madre es una madre, hijo mío, eso lo sabes tú bien, que no sé si eras padre pero seguro que eras hijo, ay, pobre madre tuya si sigue viva, que a un hijo no debería enterrarlo nadie, claro que no, en fin, que yo, poco a poco, le fui metiendo en la cabeza que ese muchacho tan simpático y tan desgraciado era el candidato ideal para heredar todo lo que no quería dejarle al traidor de su Eduardo. También lo convencí para que les diese una propinilla a los periodistas que lo siguen a todas partes, ya sabes, Javier, hijo mío, para evitar salir en las revistas y en el *Corazón, corazón*, que a mí todo eso me da mucha vergüenza, que una es muy poco de multitudes y famoseo, y no podía arriesgarme a que mi Federico me viese por la tele en un descuido y se enterase de todo, ¿me entiendes o no me entiendes? Claro que me entiendes, cómo no me vas a entender, si es que una madre, ay, es una madre. Alguna que otra vez quedé también con Natalia, no te voy a mentir, qué encanto de mujer y qué injusto todo lo que ha tenido que aguantar la moza, una lástima, pero qué le vamos a hacer, ¿no? Ella se desahogó un poco conmigo, me contó algunas cosas, tú ya me entiendes, pero lo que más le interesaba, y esto sí que era una novedad para mí, compréndeme, porque mi hijo nunca ha sido un gran conversador, en eso, ay, niño, igual que en tantas otras cosas, ha salido a su padre, a su padre biológico, quiero decir, vamos, es que son como dos gotas de agua, pero vaya, lo que te decía es que lo que más parecía interesarle a Natalia era que le hablase de mí. Nunca le conté grandes cosas de mi presente, pero sí muchas de mi pasado, y esto me sirvió para que confiase en mí y así tener el asunto bajo control. Además, la pobre se compadecía de mí, ay, y tú no sabes, guapo, lo que es que alguien te compadezca después de tantos años quejándote sin ser escuchada ni siquiera por tu familia, querido, tú qué vas a saber.

»Hubo un día, Javier, que casi lo estropeo todo. Tú que tienes un bar sabes perfectamente, ay, que la bebida es muy mala consejera para tomar decisiones sensatas. El tema es que, un fin de semana antes de San Valentín, Joaquín y yo bebimos un par de copas de más, y al final una cosa llevó a la otra, estábamos más cerca de Tetuán que del barrio de Salamanca y se empeñó en venir a mi casa. Es evidente, hijo mío, que yo nunca llevé a Joaquín a nuestro horrendo bajo, para empezar porque me daría vergüenza enseñarle a un señor de los pies a la cabeza como él, porque no me negarás que tu amigo es un señor de los que ya no quedan, pues eso, que no se me ocurriría enseñarle al señor Mendoza esa choza, pero vamos, ni de broma, ay, qué apuro, por Dios, no quiero ni pensarlo, y por si fuera poco en mi casa está mi hijo, claro, que

no me lo quito de encima ni con agua caliente, así que tú me dirás, imagínate qué percal si se llegan a encontrar. El caso es que le di esquinazo como pude y me subí a un taxi. Después de eso no me acuerdo de mucho más, chiquillo, qué le voy a hacer yo, pero mi Federico después me contó que tuvo que pagar el taxi y meterme en la cama medio borracha, y, ay, por Dios, un hijo no debe ver a su madre en ese estado y mucho menos sola, y claro, el pobre, que es tonto pero que también es más bueno que el pan, pues se asustó y se mosqueó un poco, pero, como el discurrir no le da para mucho, para mí que pensó que empezaba a estar un poco tarada y lo dejó pasar, eso sí, después de una bronca monumental en la víspera del día de los enamorados, de verdad, qué turra me dio, Javier, tú no lo viste, pero te digo yo que un poco más y me arruina la noche, porque una madre si está mal con sus hijos no está bien con nadie, y es que es lo que yo siempre digo, que una madre es una madre, hijo, una madre es una madre.

»Después de eso, el tiempo fue pasando y Joaquín cada vez tenía las cosas más claras. Ay, yo sabía que el día estaba al caer, pero no podía permitir que nada se torciese, hijo, tú me comprendes, ¿verdad? Claro que me comprendes. Todo lo que hice lo hice siempre pensando en mi Fede, ay, que dónde estará, a dónde habrá ido a esconderse el muy patán, bueno, pues el caso es que la primera vez que quedé con Natalia después de que Joaquín tomase la decisión me di cuenta enseguida de que el imbécil de Federico le había ido antes de tiempo con el cuento de que su padre la quería desheredar. Esto fue, claro, antes de que Joaquín le contase a Federico lo suyo, porque este hijo mío, que es medio tonto, es que no se entera de nada, ay, Señor, Señor, qué cruz, bueno, el caso es que Natalia estaba furiosa y yo traté de calmarla como pude, claro, porque la pobre no tiene una madre propia a quien contarle sus problemas, ay, qué pena más grande, Dios mío.

»Fue entonces, y solo entonces, Javier, niño, tienes que creerme, cuando empecé a controlar a mi hijo por otros métodos. Todo lo hice por su bien, muchacho, te lo juro, no me podía permitir tenerlo dando tumbos por ahí y haciendo que todo se enredase más y más, ay, que mi hijo es muy bueno pero es un bocachancla, qué le vamos a hacer, Dios lo hizo así y así me ha tocado quererle a mí. En fin, que una olla de las grandes de mi caldo especial, tú ya me entiendes, claro que me entiendes, fue suficiente para retenerlo una semana en la cama y evitar que hiciese ninguna tontería. Por lo visto el veneno, ay, *veneno*, qué palabra tan fea, por Dios, ni que hubiera querido matarlo, digamos que los polvitos mágicos, sí, eso está mejor, bueno, pues por lo visto los polvitos mágicos también sirvieron para ayudarle a reflexionar y a

tomar la decisión adecuada. Conozco a mi hijo, guapo, ay, porque una madre es una madre y, vamos, como que lo he parido, ¿comprendes? Sabía que se lo estaba pensando. Mi Fede tiene muchos defectos, pero muchos, ¿eh, Javier?, vaya, muchísimos, pero probablemente el peor de todos ellos sea el moralismo. No lo puede evitar, chico, qué le vamos a hacer, y mira que yo soy comunista de toda la vida, vamos, de las de carné, pero una cosa es serlo porque tu pobreza no te deja más remedio y otra muy diferente tener convicciones políticas. El pobre Federico, ay, dónde estará este hijo mío, siempre fue un tonto lleno de ideología, así que la noche que me lo contó todo me quedé muy aliviada de que hubiese tomado el camino correcto por una vez, Javier, porque este siempre lo hace todo al revés, te lo digo yo, que soy su madre y lo conozco mejor que nadie, ay, que Dios me lo guarde, que buena falta le hará allá donde esté.

»Ay, hijo, tú no me juzgas, ¿verdad? Claro que no me juzgas. Todo lo hice por él. Por el futuro. El caldito aderezado que se tomó para cenar aquella noche me dio un poco de tiempo para contárselo todo a Natalia, lo de la herencia de Federico, digo, y aunque puede parecer otra cosa..., ay, guapo, solo lo hice para beneficiar a mi hijo, a mi Fede, tú me crees, ¿verdad? Pues claro que me crees. Si no se lo hubiera dicho y se hubiera enterado de otra manera, tú ya me entiendes, Natalia se habría puesto furiosa también conmigo por no habérselo contado, y claro, compréndeme, eso no nos convenía si lo que queríamos era tener a las dos partes de nuestro lado, ¿no? Puede que Federico saliese un poco trasquilado de aquello, pero son chiquillos, al final se les pasará el enfado, y a cambio hemos conservado el vínculo, que es lo que de verdad importa, ¿a que sí, niño, a que tú entiendes de qué te hablo? Claro que sí. Además, y aunque esto no es lo más importante, porque yo las cosas las hago ante todo por mi hijo, que para eso soy su madre, ay, y una madre es una madre, pues eso, te decía que, además, al contárselo a Natalia con un poco de teatro, tú ya me entiendes, me aseguraba un buen pellizco, e, hijo mío, qué quieres que te diga, tal y como están las cosas..., menos da una piedra, ¿me entiendes? Lo hice por su bien, por el bien de nuestra familia, ay, que Dios me perdone si algo no le ha parecido del todo adecuado, pero dime tú qué no haría una madre por su retoño.

»Además, yo no pensé que la Nati estuviera tan loca, te lo juro, Javier, no se me ocurrió que fuese a cargarse a nadie, y mucho menos a su padre, que un padre es un padre por mucho enfado que tengas con él, por eso se lo conté todo, Dios mío. Es verdad, ay, pobre de mí, que cuando Natalia me terminó de confesar su plan no me sorprendí mucho, porque a ver, hay que ser

realistas, y ella es tremenda, tú lo sabes, seguro que la conociste, y vamos, es terca como una mula, en eso se parece a su padre, vaya que si se parecen. Aun así, y pensando fríamente en el bienestar de mi hijo, y solo en eso, como siempre, ay, decidí dejar que siguiera adelante con su planteamiento: al fin y al cabo, una no debe meterse a limpiar trapos sucios ajenos, ¿me entiendes? Y quieras que no, este era un asunto entre Joaquín y Natalia, entre padre e hija, nada más, Javier, y nada menos. Además, tal y como estaban las cosas en ese momento para mí y para mi hijo, si el plan de Natalia salía bien, si conseguía quitarse de en medio a su padre, solo podían pasar dos cosas: o bien que a Joaquín le hubiera dado tiempo a cambiar el testamento antes de la explosión, con lo que mi hijo, mi querido hijo, Dios mío, ¿dónde se habrá metido este demonio?, pues eso, heredaría todos sus bienes; o bien que no lo hubiera tocado todavía, y en ese caso sería Natalia la que se quedaría con todo, ¿comprendes?, claro que comprendes, es obvio: al tenerla de mi parte, seguro que me caería una propina suficiente como para solucionarme los años de vida que me restan, ay, hijo mío, que tampoco creo que sean tantos con estos achaques que tengo encima. Es verdad que por el camino yo podría perder un novio, pero mira, guapo, una ya no está para según qué cosas, y aunque yo quería mucho a Joaquín, y lo sigo queriendo, por Dios, y lo querré siempre, tanto si el Señor decide llevárselo como si despierta, Ave María Purísima, que Dios me oiga, lo que te decía, que a pesar de todo, ay, una madre es una madre, Javier, tú lo sabes bien, y yo por mi Federico soy capaz de sacrificar al amor de mi vida y lo que haga falta.

»En cuanto supe, el día del dichoso partido, ay, quién les mandaría a esos ir a ver la final a tu bar, por lo que más quieras, que esas multitudes y esos eventos nunca traen más que problemas, bien lo sabe Dios, pues eso, niño, que en cuanto supe, el día de la final, que Natalia iba a poner su plan en marcha le di a Federico, que estaba muy nervioso el pobrecito mío, el último plato de caldo especial que quedaba en la nevera. Entiéndeme, Javier, hijo mío, yo no quería que mi niño se viese envuelto en problemas, lo último que quiere una madre es que su hijo se meta en líos, ¿comprendes? Y tampoco quería, para qué negarlo, que estuviese por allí como pollo sin cabeza sabiendo la que se iba a armar, porque este hijo mío, que es un botarate, Javier, tú lo sabes, porque tú le conociste, ¿verdad?, claro que le conociste, pues eso, que este era capaz de echarlo todo a perder, todo lo que su madre había hecho por él durante todos estos meses, ay, por una tontería de sabotaje que estoy segura le rondaba la cabeza, porque este hijo mío es así, lo ha sido siempre, un idealista, y además quería mucho al pobre Joaquín, y que Dios

me perdone y la Virgen María, pero todo el mundo sabe, ay, que de las utopías no se come. Y qué quieres, guapo, yo creo que tú me entiendes cuando te digo que yo lo he tenido siempre muy difícil en la vida, todo se me puso en contra desde que mi marido se fue, y creo, ay, que yo también me merezco disfrutar aunque sea de un poquito de felicidad antes de morirme, así que no me podía permitir que todo saliese mal a última hora, ¿comprendes? Pero, ay, hijo mío, tú no estabas en el plan, claro que no, contigo no contábamos, esto ha sido una desgracia enorme, enorme, ay, qué pena más grande, qué lástima, tan joven y tan trabajador como eras.

»Bueno, niño, perdona que te deje así después del rollo que te he soltado, pero es que me tengo que ir pitando al tinte, ¿comprendes? Tengo vez en la peluquería y luego tengo que ir al juicio a declarar, y claro, no puedo ir así, con toda la cabeza llena de raíces, ay, porque el juez podría tomarme por una pordiosera y yo no soy nada de eso. Tú entiendes que si declaro en contra de mi hijo es por su bien, ¿no? Ay, claro que lo entiendes, Javier, porque tú también tenías una familia, y sabes lo difíciles que son estas cosas, a veces no se comprenden los motivos que hay detrás de las decisiones que una madre toma por sus cachorros, y claro, entiende que yo no sé dónde está el cabezahuca de mi hijo, mi Fede, mi niño, Dios quiera que esté bien allá donde se haya ido, pero la policía lo busca, me ha dejado sola y mi vida sigue, por desgracia, porque ya me gustaría a mí intercambiarme por ti, hijo mío, qué injusta es la vida, pero así es, yo no lo he elegido y no lo puedo cambiar. Y ya que me quedo aquí sin remedio, ay, pues creo que tengo derecho a ponerme las cosas al menos un poquito más fáciles, y yo sé que después de este favor Natalia va a corresponder el cariño que siempre le he dado, claro que sí, y entonces, con mi vida ya resuelta, Federico podrá ser libre y hacer con la suya lo que le plazca, ay, si es que lo que no haga una madre por su hijo... En fin, Javier, chiquillo, que muchas gracias por escucharme, porque menuda la chapa que te he dado, pobrecillo mío, pero claro, tú me comprendes, ¿verdad?, claro que me comprendes, porque, a ver, ya me dirás tú a quién le voy a contar yo todo esto si no es a un muerto. En fin, que me voy ya, niño, que tienes el nicho precioso, hijo mío, es que da gloria verlo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

OBRA

A mí las brujas no me dan miedo.

A mí lo que me dan miedo son los hijos de puta.

MARITXU, *Las brujas de Zugarramurdi*

—De aquí no te puedes escapar, ¿eh, viejo? Aquí estamos los dos solos, cabrón, tú y tu hija, tú y yo, y no te va a quedar más remedio que escucharme. Me han dejado marchar, ¿lo sabías? Cargar con el muerto al gilipollas de Federico ha resultado más sencillo de lo que preveía. *Yo declaro al acusado y acusada, don Eduardo Mendoza Llach, doña Natalia Mendoza Llach, absuelto y absuelta de todos sus cargos.* He tenido suerte con la jueza. Era una progre, ¿sabes, papá? De las de Jueces para la Democracia. Pan comido con estos manolos. El fiscal, en cambio, era un rancio de cuidado. De la AF, claro. Si Franco siguiese vivo, me habría llevado a que me diesen de hostias los de la Brigada Político-Social. Un facha hijo de puta. De los tuyos, padre. Os habríais llevado bien. Pero bueno, no le ha servido de nada, ¿eh? Y ya ves, aquí estoy, libre como un estornino. O como una mariquita, si lo prefieres. Pero libre.

»¿Qué querías que hiciera, papá? ¿Que te dejase tiempo para arreglar los papeles con ese juez chanchullero amigo tuyo? ¿O quizás hasta que tu vecino, el psiquiatra, te preparase un informe que acreditara maltrato psicológico? ¿Tal vez hasta que el notario te asesorase sobre el traspaso de propiedades en vida? No, padre, no. Tú no me educaste así, ¿te acuerdas? *Eduardo, en esta vida hay que elegir si se quiere ser tiburón o merluza.* Hasta para eso eres un cerdo misógino. Pero esta merluza al final te ha dado tu merecido, ¿verdad, viejo capullo? Mira, no me voy a rebajar a tu altura. Una es una señora y como tal ha de comportarse, ¿sabes? Con dignidad. Pero tú de eso qué vas a saber. Dímelo tú, papá: ¿qué tiene de digno haber abandonado a una hija cuando más te necesitaba? Siempre has sido un meapilas, reconócelo. Además, de los peores. De esos que son capaces de todo con tal de aparentar

que siguen siendo lo que hay que ser en esta vida. Gente decente. Valiente gilipollas. Vamos, un facha de manual: misa, puro, cara al sol y puticlub, ¿eh, padre? Cómo nos conocemos. Tiraste por la calle de en medio, ¿verdad? Ovejas negras las hay hasta en las mejores familias, macho, qué le vamos a hacer, cuando uno te sale rana lo mejor es cortar por lo sano. Como si te estuviera oyendo.

»Me das pena, papá. Al principio me dabas asco. Cuando terminé de llorar por haberte perdido, por haberme ganado el odio del único padre que creía tener, no podía pensar en ti sin que me entrasen arcadas. Y no es que somatizase de ese modo los nervios, no. Era pura repugnancia. Pero mira, lo he superado, y aquí estoy ahora, cuidándote cuando más falta te hace. Qué suerte haber tenido una hija, ¿verdad? Quizás un hijo no hubiera sido tan servicial. Sin embargo, mírate a ti: buscando refugio en desconocidos como el panoli de Federico, no me jodas, ¿de verdad no encontraste nada mejor para sustituirme?; rodeado de trepas a los que solo les importan tus millones, especialmente ese harén de rubias que se van turnando para chupártela y llevarse una buena propina; lleno de odio por el mundo y, en lo más hondo de tu alma, arrepentimiento. Patético, ¿no? Te miro, inmóvil en esa enorme cama de hospital de lujo, y solo veo a un pobre hombre solo, cansado y digno de lástima.

»Tú siempre me lo decías, papá: *Eduardo, hijo mío, el tiempo pone a cada uno en su sitio*. Qué razón tenías. Míranos ahora. Aquí estás tú, sin poder ni moverte, y yo, con mis tacones y mis labios de rojo ruso, cuidándote, sin rencores, como una hija generosa y considerada con el hombre que un día se comportó con ella como un mamón. De folletín, vamos. De radionovela. Y te tengo en mis manos, ¿te has dado cuenta? Claro que te has dado cuenta, vamos, como si estuviera oyendo tus pensamientos. Estás acojonado, ¿eh? Porque tu hijo, ese al que tanto quieres, ahora mismo podría tirar de un cable y todo se habría acabado para ti, ¿a que sí? Bendito progreso y bendita respiración asistida, que hace que la tortilla, al final, se acabe por dar la vuelta, y que las hijas despreciadas tengamos la oportunidad de ser nosotras quienes les arrebatemos la vida a los cabrones que nos la jodieron. Pero yo no lo voy a hacer, claro que no, ¿o sí? Creo que no. Al menos, por ahora. Aún no me he cansado de verte sufrir, ¿sabes? Ojalá tuvieras voz para poder escuchar tus súplicas, para ver cómo salen de tu boca y van a morir directas a mis oídos. ¿Te acuerdas de quién te suplicaba a ti? Cómo te gustaba humillarla, ¿verdad, hijo de puta? Cómo te gustaba. ¿Ves, Eduardo?, ¡para esto sirven las putas como tu madre! Aún hoy sigo diciendo que mamá nos abandonó, que se

fue a vivir a Chile. Yo no soy como tú, cabronazo: a mí aún me avergüenza llevar un apellido teñido de culpa. ¿Recuerdas cómo se despidió de mí antes de pegarse un tiro con tu escopeta? Cariño, tengo que irme, cuida de tu padre. Y eso estoy haciendo, ¿no lo ves? ¿Cómo narraremos tu muerte, papá? ¿Qué les diremos a los medios de comunicación, a tus vecinos, a tu ejército de rameras?

Nati, cariño, hazme caso, vete ya de aquí, déjalo solo y que se pudra con sus miserias. Que sí, rica, que ya sé que es tu padre, pero a ti cerca de este asqueroso, churri, hace muchos años que no se te ha perdido nada.

Y OMISIÓN.

*Somos versos incompletos
fracasando contra el tiempo.
ÍCARO, Complejo de Electra*

Querido Joaquín:

Te escribo estas líneas desde Barajas, con la esperanza de que el hecho de poder comunicarme contigo una última vez —aunque esta comunicación, por causas ajenas a mi voluntad y deduzco que a la tuya, sea más metafórica que empírica— me ayude a superar el temor a las alturas que, hasta hoy, me había impedido subirme a avión alguno. Hoy lo haré porque unos y otros me están buscando, sin razón pero no sin motivo, y los miedos que dejo en tierra son mayores que los que me aguardan en el aire.

No puedo contarte a dónde me dirijo, aunque nada me agradaría más que saberme localizado por un ojo amigo; y desde el momento en que aterrice me veré en la obligación de cortar, más por una cuestión de prudencia que de voluntad, todo rastro que me una a mi existencia anterior. Sin duda, es harto improbable que mis condiciones materiales cambien tanto como para poder reunirme contigo de nuevo, o para abrazar a mi madre una última vez antes de que la parca la requiera, pero no me marchó apesadumbrado: siempre me acompañará la certeza de que en Madrid todavía quedan, al menos, un par de personas que conceden importancia a la dirección que tomen mis pasos.

Te debo una disculpa, Joaquín. Debí contártelo todo. No trataré de justificarme aquí, porque sería mezquino intentar limpiar mi conciencia por vía epistolar mientras que tú, en cierta medida por causa de mi avaricia y mi posterior torpeza, te encuentras en una situación tan delicada. Sin embargo, sí que voy a tener la osadía de pedirte un último favor. Es probable que este se quede en una petición retórica, pero me reconforta pensar que existe una posibilidad, por pequeña que resulte, de que no todo se tuerza tras mi partida.

Joaquín, has sido para mí ese padre que nunca he tenido, y una vez más voy a apelar a la magnanimidad que tantas veces rige las relaciones paternofiliales para abusar de tu confianza y pedirte que, si llegas a despertarte —estoy seguro de que lo harás, siempre y cuando esa lagarta que tienes por hija biológica no sabotee tu recuperación—, cuides de mi madre. Su cabeza ya no está para muchos trotes, y sospecho que mi repentina marcha y las infundadas acusaciones que se están vertiendo sobre mí terminarán por destrozarla, sobre todo si no cuenta con alguien cerca que se ocupe de ella con el amor y la paciencia propias de un hijo. No hay nada que lamente más que no poder devolverle todos estos años de dedicación incondicional.

Le he mandado, de parte de ambos, unas rosas a Javi. Rojas y blancas. Colchoneras. No te imaginas lo que me dolió su muerte, Joaquín. Esta mañana, cuando vi en el telediario, en una de las enormes pantallas que jalonan el aeropuerto, que el Real Madrid había empatado en el último minuto y había terminado por llevarse el gato al agua en la prórroga, algo se me partió por dentro. Nos queda pensar que su Atleti le dio una última alegría. Desde aquí propongo un brindis final: por Javi, por el Niño Torres y por la Champions del año que viene.

En fin, mi vuelo está a punto de partir, y no me queda ya más remedio que tapar el bolígrafo, cerrar el sobre, sellarlo e introducirlo en el buzón, con la esperanza de que un día leas mis palabras. Eso querrá decir que todo ha salido bien.

Espero que un día puedas perdonarme, macho.

Tu hijo,

Federico



Alba Carballal (Lugo, 1992) es arquitecta por la Universidad Politécnica de Madrid y tiene estudios en Derecho por la UNED. Ha sido redactora en la revista especializada *Arquitectura Viva*, con la que colabora desde el año 2011, y escribe también en otros medios de comunicación y difusión cultural, como la web literaria Zenda. Ha traducido textos periodísticos y libros, entre los que se encuentran el catálogo *Abstracción y luz* de William J. R. Curtis, en colaboración con el traductor Jorge Sainz, o el libro *Asentamientos extractivos en América del Sur*, escrito por el profesor de Harvard Felipe Correa.

En 2016 obtuvo una beca de residencia literaria en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores de Córdoba, durante la que desarrolló su primera novela, *Tres maneras de inducir un coma*.

Notas

[1] (voz rusa). A la mierda. <<

[2] (voz rusa). Joder. <<

[3] (voz rusa). Tu madre. <<

[4] (voz rusa). Joder. <<

[5] (voz rusa). Al carajo. <<

[6] (voz rusa). Puta, joder. <<

Alba Carballal



Tres maneras de inducir
un coma



Lectulandia